

COLECCIÓN *FEBREROS y ABRILES*

**Isaías Rodríguez**

**Abril  
comienza  
en octubre**







# Abril comienza en octubre

COLECCIÓN FEBREROS y ABRILES

24

2.<sup>a</sup> edición impresa Fundación Editorial El perro y la rana, 2022

1.<sup>a</sup> edición digital Fundación Editorial El perro y la rana, 2022

1.<sup>a</sup> edición impresa del autor, 2005

© Isaías Rodríguez

© Fundación Editorial El perro y la rana

Fundación Editorial El perro y la rana  
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,  
Caracas - Venezuela, 1010.  
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

atencionalescritorfep@gmail.com  
comunicacionesperroyrana@gmail.com  
www.elperroylarana.gob.ve  
www.mincultura.gob.ve

Facebook: El perro y la rana  
Twitter: @elperroylarana

Fotografía de portada  
Ensartaos.com. En: [ensartaos.com.ve/este-fue-el-malandro-jose-luis-betancourt-de-fedenagas-quien-rompio-la-ley-de-tierras-y-desarrollo-agrario/](http://ensartaos.com.ve/este-fue-el-malandro-jose-luis-betancourt-de-fedenagas-quien-rompio-la-ley-de-tierras-y-desarrollo-agrario/)

Fotografías:  
Cortesía de Isaías Rodríguez

Hecho el Depósito de Ley  
ISBN:978-980-14-5027-6  
DC 2022000517

  
**EL PERRO  
y LARANA**

Isaías Rodríguez

**Abril  
comienza  
en octubre**

COLECCIÓN FEBREROS y ABRILES

COLECCIÓN FEBREROS y ABRILES

Los febreros y abrils tienen significados más que históricos. Son fechas y hechos que nos hablan, entre otras cosas, de la valentía del pueblo, de la aparición pública del hombre que devolvió los sueños y la esperanza a un país que clamaba por un verdadero y profundo cambio. Han pasado treinta años desde ese momento histórico, de ese 4 de febrero de 1992, cuando pudimos conocer el rostro de ese hombre que había iniciado, años atrás, las circunstancias que determinarían aquel “Por ahora”.

Los eventos que determinaron las acciones del 4F tienen sus antecedentes en el 27 de febrero de 1989. El pueblo —como tantas veces se lo escuché a decir al comandante Chávez— “se les adelantó”, salió a la calle a protestar contra las medidas neoliberales del segundo Gobierno de Carlos Andrés Pérez.

Toda revolución tiene su contrarrevolución. Es por ello que la frase: “Todo once tiene su trece” debemos recordarla, porque siempre tendremos que volver a ella. Hace veinte años vivimos el golpe de Estado contra el comandante Chávez y el pueblo venezolano, auspiciado por sectores empresariales e imperiales.

Nada ha cambiado desde entonces.

Estos febreros y abrils nos recuerdan cuál es nuestro destino revolucionario, nuestra ética como militantes de un camino que dejó sembrado nuestro comandante Hugo Chávez.

Nuestra historia, aunque reciente, ha producido un abundante y prolífico material para su lectura y estudio.

Esta colección es una muestra del trabajo de historiadores, cronistas y escritores para que viejas y nuevas generaciones asistan a la memoria de las luchas del pueblo.

**NICOLÁS MADURO MOROS**

Presidente de la República Bolivariana de Venezuela



# AGRADECIMIENTOS

*A Angiolina, por haberse trasnochado muchas veces  
para oír este libro y decirme con crudeza todo cuanto no le gustaba  
y con amor todo cuanto le conmovía.*

*A mis hijas y a mis hijos por que, cada vez más, me convencen  
de que son, exactamente, lo que quise tener.*

*A Sebastián, Gabriel Armando y Andrés Octavio, los hijos diferidos  
de un sueño y una vida que me trasciende.*

*A Yelitze, por haber soportado casi pacientemente las impertinencias  
de todas las correcciones a este libro.*



# EL COMETA AZUL DE ISAÍAS RODRÍGUEZ

GUSTAVO PEREIRA

Entre los avatares del vivir, ninguno más intrincado para el alma que el político.

Ambrose Bierce, cuya capacidad para la mordacidad llegó a ser tan proverbial como su amargura, acaso había leído sesgadamente a Marx —de quien fuera contemporáneo, aunque veinticuatro años más joven— cuando definió la política como un “conflicto de intereses disfrazado de lucha de principios”, pues por Marx supimos que las sociedades humanas se estructuran, acomodan y transforman no a capricho de soñadores, héroes o protagonistas, sino a voluntad de leyes históricas condicionadas por la lucha de clases y su dramática contienda de intereses.

Al padre del socialismo científico debemos la puesta en evidencia no solo de las contradicciones y antagonismos de un sistema social inicuo y perverso, el capitalista, sino también los fundamentos para transformar radicalmente la ilusión jurídica de su Estado de derecho, máscara secular de su originario sentido de explotación y desigualdad.

A despecho de los sueños, de los héroes y de Marx, y desde mucho antes de Maquiavelo —quien la diseccionara

y estigmatizara— la política siguió siendo la ciencia del poder, y como ciencia del poder ocupó y ocupa espacio omnipresente en las conflagraciones históricas.

Sin embargo, por encima de sus miserias, y gracias a los soñadores, fue posible establecer por entre sus crueles arrecifes la certeza de un destello inquebrantable.

Los soñadores interpretaron la realidad y moldearon las utopías posibles de justicia social. La poesía rehízo sus fuerzas para que la esperanza hallara entre los hombres su raíz sensible, madre de toda dignidad.

Conocí a Isaías Rodríguez en el seno de la Asamblea Constituyente de 1999 a la que ambos, vulnerables escritores e insurrectos irredentos, habíamos sido elegidos representantes populares. Venía él del mundo del derecho y la política y seguramente de otros que yo desconocía. Por amigos comunes me había enterado de sus preocupaciones literarias y supe que en 1982 había publicado en Maracay, en donde vivía, un libro de poemas: *Con las aspas de todos los molinos*, en el que figuraban versos como estos:

Yo no sé si me entienden...  
Yo era un hombre feliz,  
soñaba.

Mi vida tenía una buena causa  
no me importaba morir  
podía  
comer pan y cebolla  
como el hijo de aquel pastor de cabras  
y de sueños  
que España  
asesinó

Tenía las aspas de todos los molinos  
y en la mano  
una honda de cometas azules  
para apedrear la noche

Yo venía del torrente  
y el agua  
hecha pedazos en la piedra  
se me escurrió en la piel  
Yo no sé si me entienden,  
soñaba...

Así, me pareció perfectamente obvio que *alguien* capaz de escribir poemas como ése perteneciera a la subterránea aunque ferviente pandilla de los soñadores. Pero de los soñadores de sueños no virtuales, de sueños posibles, de aquella cuadrilla de cronopios cortazianos para quienes, como quería Martí, dar de sí antes que pensar en si encarnaba la más humana virtud.

En la Constituyente nos esperaban arduas y frenéticas jornadas. Los adversarios y enemigos del proceso recién iniciado, mal se andaban por las ramas: sospechaban o sabían que la nueva normativa constitucional podía representar vallado infranqueable para sus privilegios, apetitos e intereses y por ello, desde los prolegómenos de la instalación de la Asamblea, o más bien desde antes —desde que Hugo Chávez la convocara— emprendieron toda suerte de presiones, coacciones, intimidaciones, chantajes, campañas mediáticas y ataques francos o soterrados.

Elegido primer vicepresidente, pronto habría de demostrar Isaías, tanto o más que sus aptitudes en el ejercicio del cargo, su sencillez, ecuanimidad y generosidad. No poca

intemperancia y cóleras —y hasta fanatismos— pudieron comedirse y convencerse gracias al tamiz de su persuasiva serenidad. Fue a sugerencia suya que escribí para la nueva Constitución el preámbulo que en la plenaria final sena aprobado.

Las páginas que el lector tiene ahora en sus manos pueden dar fe de cuánto aliento debió él nutrir para juntar la prisión del deber con el ejercicio de la tolerancia, las vacilaciones de toda supuesta certeza con el ejercicio de la voluntad por la convicción alcanzada.

Tanto como seguramente ocurrirá a muchos otros lectores, estas (acaso precoces) memorias de Isaías me sorprenden no solo por la índole de algunas de sus revelaciones (“Supe que la soledad de quienes desempeñamos algunos cargos de poder es más terrible y más seria que la de cualquier otro ser humano (...) Lejos de ti estarán siempre los más leales y los más honestos, movidos por un extraño desconcierto donde los escrúpulos, la suspicacia, la aprensión, la discreción y la dignidad los lleva a separarse del gobernante, más por respeto a ellos mismos que por respeto a él”); también por su escritura, más que evocativa, fervorosamente testimonial, alentada por la secreta música de la razón sensible.

Conmueve, desde las primeras páginas, su soledad de prisionero presuntamente poderoso, forzado a abandonar la vivienda familiar, víctima del odio alimentado por sus adversarios en una de las más feroces campañas mediáticas que conozca nuestra historia contra un presidente y un gobierno. Conmueve suponerle inmolado en los equívocos, infamias, falacias y anatemas sembrados en sus vecinos, y hasta en algunos de sus amigos y familiares, por los antiguos dueños

del país, omnipresentes señores del verdadero poder —el del dinero—, amos también de los medios de comunicación que hicieron posible, con el golpe de Estado de abril, el afloramiento de los antivalores de la derecha política, racismo incluido.

Sorprende el grado de intolerancia sembrado en quienes habiéndose proclamado demócratas y progresistas y cristianos—talla jerarquía católica—no dudaron en culpar al otro, ya no adversario sino ahora enconado enemigo, de crímenes horrendos y disparatadas iniquidades, sin más pruebas que las aportadas por la manipulación y la mentira. Conmueve, en fin, el testimonio de los hijos, canas escritas desde el dolor y el asombro y el desconcierto y la firmeza y la templanza, frutos, sin duda, de un amor prodigado más allá del deber filial. Se odia la injusticia, no al individuo, escribe el padre, y halla estas respuestas de alma en quienes ha sembrado lo que un revolucionario verdadero puede y debe sembrar; la verdad, la compasión, la solidaridad, la honestidad, la dignidad.

Tales valores serán ejercidos por Isaías Rodríguez una vez develado por pueblo y Fuerza Armada el golpe de Estado de abril. Los otrora infatuados y ensoberbecidos señores, capturados en el palacio presidencial, aparecían ahora ante él empequeñecidos y patéticos, pensando tal vez en las dente-lladas de una venganza que suponían torva e implacable.

Pero una vez más el otro, el supuesto enemigo, el cargado de culpas y de crímenes, demostraba cuán imperceptible se puede ser ante unos ojos que no miran, cuántos nuevos prejuicios y equívocos nacen en la intolerancia y la soberbia y cuánto equilibrio de espíritu y cuánta fecunda convicción es necesario abrigar para que la justicia encarne, más que en una palabra o un propósito, en humana lección.

Tal es la voluntad esencial que hallamos en estas páginas autobiográficas que su autor me ha conferido el honor de prologar.

El ejercicio de la política, en ocasiones, puede convertirse en cresta del deshonor o la artimaña. En otras, cuando la causa de humillados y ofendidos ha fecundado la esencia del vivir y la del ser, es capaz de alcanzar la estela de un cometa azul para iluminar la pequeña estancia de nuestro mundo.

# LA HISTORIA NECESARIA

EARLE HERRERA

A partir del 6 de diciembre de 1998, pareciera que todo se hubiera acelerado. Ese día, el Comandante Hugo Rafael Chávez Frías resultó electo presidente de la República, para euforia de sus seguidores y estupor de sus adversarios. El modelo político instaurado en el país desde 1958 saltaba en pedazos. Las élites políticas, mediáticas, religiosas y empresariales que usufructuaron del llamado puntofijismo durante 40 años, no se lo podían creer, a pesar de que el punto de quiebre del sistema se había dado nueve años, atrás, el 27 de febrero de 1989, con el estallido popular lacónicamente bautizado como “El Caracazo”. La complejidad de la situación quedaba resumida en la simplicidad del refranero popular: “El que va a morir no ve el hoyo”.

Los amos no solo del valle sino de todo el país salieron de su estado catatónico tres años después, sacudidos por el paquete de leyes habilitantes, sometidas a la consideración del país y aprobadas por el Poder Ejecutivo con la autorización de la Asamblea Nacional, incluyendo el revés que acusaron el 6 de diciembre de 1998, venían de cinco derrotas electorales consecutivas. Se opusieron al referendo para

convocar a la Asamblea Nacional Constituyente y perdieron: fueron arrasados en las elecciones de los constituyentes: no pudieron impedir que el pueblo con sus votos aprobara la nueva Constitución Nacional de la República Bolivariana de Venezuela, y en las elecciones para relegitimar todos los poderes públicos, incluyendo la Presidencia de la República, de nuevo morderían el polvo ante la voluntad popular.

A partir de diciembre de 2001, cambian la agenda, o le agregan a la pública, una agenda oculta. El país entra en la etapa de las conspiraciones y Estados Unidos comienza a jugar fuerte en contra del proceso bolivariano. Los grandes medios de comunicación dejan el medio y se colocan en un extremo, asumiendo el rol de los partidos políticos. Desahuciados por los votos del pueblo, optan por la que creían la vía rápida para salir del presidente Chávez. A saber: paro patronal en diciembre de 2001; golpe militar en abril de 2002; paro y sabotaje petrolero en diciembre 2002-febrero 2003. No logran su objetivo y ensayan acciones terroristas, guarimba e infiltración de paramilitares, con el único resultado de enajenarse el apoyo de las propias masas opositoras.

Todo esto ha ocurrido en forma vertiginosa, sin paz ni descanso, sin tregua ni cuartel. De la parte de guerra psicológica y propagandística se encargaron los grandes medios de comunicación privados. El bombardeo a las conciencias ha sido incesante. Se ha recurrido a la información dirigida, la desinformación, manipulación, distorsión, tergiversación y propaganda abierta. Los acontecimientos se construían mediáticamente y la mentira se revestía de “veracidad”. Siquiatras y sicólogos comenzaron a hablar de dos patologías colectivas e individuales: infofrenia y disociación sicótica. No lograron derrocar a Chávez, pero sí enajenar y fanatizar

a buena parte de la sociedad venezolana, con lamentables consecuencias de rupturas de lazos afectivos, amistosos y familiares. Dejaron herida el alma del país.

Tantas cosas han pasado en poco tiempo. Sobre la marcha, cada quien ha querido contar su historia. Los estudiosos del futuro ya no confiarán en los medios como fuentes documentales de estos días. Se hicieron parte del conflicto y habrá que verlos y leerlos al revés, con lupa y entre líneas. Con un sector poderoso intentando detener y revertir los nuevos tiempos y un pueblo en busca valerosa de su propio destino, Venezuela entró al siglo xxi con el ímpetu de un proceso revolucionario por la vía pacífica y democrática y, por esto mismo, plagado de acosos, agresiones y conspiraciones para abortarlo.

## **EL HURACÁN SEGÚN ISAÍAS**

En medio de este torbellino, al lado de tantos otros, un hombre: Isaías Rodríguez, actor y testigo de excepción de estos tiempos turbulentos. Le ha tocado ocupar posiciones que lo colocaron y colocan en el ojo del huracán. Fue vicepresidente de la Asamblea Nacional Constituyente, vicepresidente ejecutivo de la República Bolivariana de Venezuela y, cuando escribo estas líneas, es fiscal general. Si Dios somete a sus hijos a prueba, el proceso revolucionario bolivariano ha sometido a Isaías a todas las pruebas. Ese personaje sereno que vemos de cuando en cuando por televisión, de voz baja, hablar pausado y preciso, aparentemente inmutable ante el insulto y la agresión, ha vivido estos años no solo bajo y sobre el volcán, sino con el volcán adentro, *in pectore*.

Suya es la frase: “La exigencia de cambio está siendo apurada por un futuro que llega demasiado pronto”. Por eso decía al principio que se viven tiempos acelerados, a fondo. Los mensajes de los medios se vuelven pasado en cuestión de horas, a veces de minutos. Las noticias no mueren al día siguiente, en el “periódico de ayer”, sino al atardecer, o al anochecer, si salen en los vespertinos. Ante una historia que parece escaparse, Isaías Rodríguez decidió escribirla. Su condición de poeta, de escritor, se vio acicateada o punzada por razones muy personales, muy hondas, y por motivos políticos y sociales que reclamaban a quien desde muy joven se comprometió con las luchas de su pueblo. Necesitaba escribir y le reclamaban escribir.

Así se va construyendo y armando este libro que no me atrevo a clasificar en ningún género. Tiene de ensayo, de novela realista, de diario personal, de crónica, de reportaje, de autobiografía, de testimonio, de poesía y es historia. El autor, al final, intenta darnos una pista para salir de la confusión entre géneros posibles: “Hoy, que estoy terminando estos apuntes —escribe Isaías Rodríguez—, esta historia necesaria de estos días. Hoy, que estoy concluyendo este pequeño viaje por mi vida, necesito invocarte”.

En la frase anterior está la clave del libro que tenemos en nuestras manos: es la historia necesaria de la Venezuela de estos tiempos y es, también y a la vez, la historia personal de su autor, lo que él llama “este pequeño viaje por mi vida”. Es “un viaje al amanecer”, para decirlo con don Mario Briceño Iragorry, porque Isaías Rodríguez nos remonta a sus orígenes, a su infancia y a los tiempos de sus padres y abuelos: pero también es un viaje hacia la noche, hacia los días oscuros, los momentos duros, de soledades e insomnios,

cuando el fanatismo y la disociación le hicieron conocer la agresión y el insulto, y vio cómo se quebraban nexos familiares y de amistad, cual una “victoria” cuyo trofeo de odio los medios y las élites desplazadas del poder reclamaban para sí. Con toda razón.

## **LOS SECRETOS DEL VERBO**

Isaías Rodríguez se propuso un proyecto intelectual lleno de riesgos: escribir los recientes acontecimientos históricos del país y, en forma paralela y simultánea, su historia personal. Digo se propuso como lector que tiene un texto ante sus ojos. Pudiera ser también que la escritura se fue dando de esa manera sin que el autor lo hubiese preconcebido. El arte de escribir tiene zonas que resultan insospechadas hasta para los mismos autores, que salen o aparecen como si las palabras cobraran autonomía. En todo caso, lo admirable es que las dos historias, la personal y la del país, fluyen como dos ríos que no se estorban, antes bien, se complementan. El escritor que es Isaías logra un equilibrio para contar una historia hacia afuera y otra hacia adentro, que se cruzan, yuxtaponen e interconectan. Para decirlo con Ortega y Gasset, es el hombre y su circunstancia contados por el hombre. Pero esta historia trasciende la expresión ortegueana porque no se trata de la circunstancia de un hombre, sino de todo un país, de todo un pueblo.

Escribir de los abuelos paternos y maternos es remontarnos a los tiempos de Crespo y Cipriano Castro y echar un vistazo a los albores del siglo xx y a la larga dictadura de Juan Vicente Gómez. Es también hacer la crónica de la Venezuela prep petrolera y de aquella gente que Rómulo Gallegos

inmortalizó en *Doña Bárbara*. Escribir de los padres y de los estudios primarios es asomarnos a la dictadura de Marcos Pérez Jiménez y, en plena adolescencia, de la incorporación desde entonces a la lucha política. ¿Cómo lo hace?

Isaías Rodríguez tuvo una larga militancia política. Esta es una escuela que enseña y marca para toda la vida. Es abogado y le tocó ejercer en tiempo de mafias judiciales y del lado de los débiles jurídicos, los obreros. Es profesor universitario y aquí se aprende a lidiar, conocer y comprender a los jóvenes y es una profesión de estudio permanente. Y es poeta y, por tanto, dueño de una sensibilidad especial y de un don que le permite entenderse, pelearse, angustiarse y amarse con las palabras, con la Palabra. Luego, está dotado con lo necesario para desplazarse en dos historias en forma armónica en un ir y venir del país a su vida y viceversa, sin ruidos en el estilo y el lenguaje. En este libro las historias confluyen, como dos ríos, por el mismo cauce. No son los senderos que se bifurcan en el jardín imaginario de Jorge Luis Borges.

Aquí, desde la pluma —como ya lo dije— de un actor y testigo de excepción, está la historia de los acontecimientos del proceso bolivariano, con todos sus altibajos. El autor contextualiza los hechos y, en este sentido, se detiene en el punto de quiebre del modelo político conocido como puntofijismo, esto es, en el estallido popular del 27 de febrero de 1989, reprimido y sofocado en forma cruenta, con sus miles de muertos y desaparecidos. El análisis enfoca el proceso de transición, la caída de Carlos Andrés Pérez, el gobierno de Caldera con su inmensa crisis financiera y el triunfo electoral de Hugo Chávez Frías. Repasa el proceso constituyente y luego entramos a los días en que se soltaron todos los demonios de la conspiración.

## POESÍA Y COMPROMISO

Quien escribe esta historia y su propia historia siempre estuvo y sigue estando en el centro de los acontecimientos, como vicepresidente de la Asamblea Constituyente, vicepresidente de República y fiscal general. En este último cargo le ha tocado enfrentar los momentos más duros de la vida republicana reciente: el golpe de abril y el sabotaje petrolero. Fue precisamente Isaías Rodríguez quien logró atraer a los medios con la estratagema de su supuesta renuncia y denunciar ante el mundo el golpe de Estado y la verdad de que el presidente Chávez no había renunciado. Así logró romper el silencio informativo en cadena que al país impusieron los medios.

No voy a contar aquí la historia que nos cuenta Isaías. Leerla de su propia pluma es algo que Venezuela estaba esperando. El golpe de abril, el sabotaje petrolero, la violencia desatada, el odio como bandera de un sector, las especulaciones sobre su *affaire* con monseñor Baltazar Porras, la situación del Ministerio Público. Y paralelo al acontecer nacional, su papel y su vida en ese contexto: las agresiones gratuitas, los amigos que se apartan, los traumas familiares, las mudanzas obligadas, la soledad, el insomnio, la paciencia, el coraje, los sueños, la revolución, los amuletos mágicos del pueblo, el amor más allá de la ausencia y la invocación a la compañera de toda la vida para seguir soñando con un país mejor.

Me había preguntado líneas arriba, ¿cómo lo hace? Isaías Rodríguez, de acuerdo con el tema que aborde, le da paso a alguno de sus oficios o profesiones. Y cuando lo cree necesario, abre las puertas a su condición de poeta. El profesor universitario reconstruye los hechos históricos,

los ubica en su contexto, con sus antecedentes y consecuencias. Al hablar de la justicia, el Ministerio Público y los derechos humanos, lo hace con la experticia del abogado. Las pasiones humanas, los egoísmos, las zancadillas, las traiciones y las ambiciones de poder las conoce y las ha vivido el político desde la juventud. Pero no crean, la cosa tampoco es así tan mecánica. A lo largo de toda la escritura de este libro está el escritor, el poeta, incluso cuando toca los temas más ásperos y esto les insufla fluidez y amenidad expositiva, sin que las imágenes y recursos estéticos interfieran la argumentación y el análisis.

En el viaje hacia sí mismo prevalece el poeta. El desandar caminos a través de la memoria, retornar a la infancia y a la adolescencia, recordar a los padres y a los abuelos, siempre lo cubre un halo de nostalgia. En los momentos de la amistad rota por el fanatismo político, de las mudanzas obligadas por la intolerancia vecinal, del amigo y subalterno fiscal asesinado en un acto terrorista, de la soledad y el insomnio, en esos momentos, la frágil e inasible poesía es balsa de naufragio, fortaleza, compañía, milagro y salvación. La poesía que alcanza su más alto grado de lirismo y hondura en el capítulo final, dedicado a Priscila López, compañera, camarada, amiga y amor de esta vida y de la otra. Lo titula “Falta Priscila López” y la invoca, y la palabra, el verbo, se la trae. Y en la militancia común o, mejor dicho, en la comunión que anula toda ausencia, el revolucionario vuelve al camino y retoma su compromiso y, para decirlo con sus palabras, se reafirma en su credo “allí, donde todo se vuelve pueblo y la revolución salta para construir las nuevas maneras de vivir”. Y de soñar.

Es este, de Isaías Rodríguez, uno de los libros más hondos, auténticos y reveladores que he leído sobre el proceso revolucionario que vive el pueblo venezolano. Es el viaje hacia sí mismo de un protagonista de primera línea y es, sin lugar a dudas, la historia necesaria de estos días.



Lo que llamamos realidad es cierta relación  
entre esas sensaciones y estos recuerdos  
que nos rodean simultáneamente.

MARCEL PROUST



## LA CAMPANADA DE LAS SIETE

La que más me aterraba era la de las siete. El sonido era el mismo, pero esa campanada anunciaba la muerte del día. Oía la de las ocho, la de las nueve y la de las once de la mañana. Pero era la de la tarde la que me colmaba de ansiedad. Era como saber que terminaba el día y con ella también yo me terminaba, solo que me iba acabando poco a poco. Lentamente. Como condenado a vivir una vida que no se parecía a la vida. En el mismo sitio, en el mismo lugar, rodeado de las mismas cosas. Durmiendo, despertando, leyendo, trabajando, comiendo y transitando entre las mismas puertas.

Nunca antes se me había ocurrido que un día me habría de encontrar con la desintegración del silencio. Ni, mucho menos, que encontraría esa desintegración en un espacio pequeño, reducido, breve y limitado de apenas ochenta metros cuadrados.

La catedral estaba a seis o siete cuerdas y el latigazo de su reloj era el único sonido que definía el tiempo al que, sin darme cuenta, había renunciado. Aunque, en verdad, no estoy totalmente seguro de que todo ocurriera sin que me diera cuenta. Ni tampoco que aquella campanada fuera lo único que me advirtiera las ausencias del tiempo.

Sabía sí, que yo no era el mundo y, también, que ese mundo no era mío solamente. Sentía que lo amaba intensamente como se ama una idea, un sabor, un color, un olor. Sin ningún egoísmo, sin ánimo de exclusividad, sin sentido de propiedad, sin el propósito de que fuera entera y únicamente mío.

Lo amaba y podía compartirlo.

Es más, tenía una inmensa necesidad de compartirlo, de hacerlo mejor, más justo, más solidario, más humano, más de todos. Menos individualizado, menos de cada quien, menos ruin, menos sórdido, menos mezquino, menos fracturado, menos aislado, menos cicatero, menos solo. Más unido, más colectivo, más desprendido y, sin duda alguna, más comunitario.

Solo que ese mundo estaba lleno de pitazos y de cornetas y en las mañanas vehículos de carga, camionetas de pasajeros y autobuses de todos los colores y tamaños dejaban oír nítidamente esos pitazos en el piso donde dormía. El último piso de un edificio de catorce plantas que alguna vez fue un centro de actividades bancarias y comerciales.

Al oír aquella gallera de bocinas que, sin ánimo de torturarme, me daba un trato cruel e inhumano, no podía sino sentirme un preso. Así me percibía y entonces me volteaba una y otra vez sobre la cama individual donde dormía.

Y no es que estuviera preso.

En realidad estaba como sujeto a algo, a alguien. Como sujeto al dedo de quienes me perseguían y me señalaban. De quienes obsesos, poseídos y absurdos me asediaban con una precisión casi exacta solo para localizarme en el lugar de trabajo, en la habitación donde me recostaba, detrás de las puertas, junto al escritorio, en la cama, en los espacios que entre sí dejaba un mueble y otro mueble.

En los sitios insólitos, como el baño o la mesa donde daba instrucciones, en el sillón donde hablaba por teléfono, en la sala donde recibía las audiencias, en la máquina donde leía los correos, en el aparato de destruir papeles o, simplemente, donde acostumbraba escribir, firmar y repartir la cuenta que las secretarías me hacían llegar todas las mañanas.

Amaba, sin embargo, todo cuanto me rodeaba y, de manera especial, la cama individual donde reposaba. En ella, después de las pastillas y después de lidiar con el insomnio, me tendía. Entre libros y noticias me dormía con la ventana basculante levemente abierta en su parte inferior.

El escandaloso bocineo de la madrugada me hacía ver el reloj y me resistía a salir de la cobija, a quien quería como una amante nueva. Sentía, como todos los presos, que solo faltaba el policía que aflojara la reja del pequeño salón donde me alojaba y casi veía al celador duro e inclemente abriendo los candados y llevándome, a empujones, a realizar ejercicios físicos y, luego, obligándome a bañar debajo de una regadera de agua helada.

Tampoco era totalmente cierto que no tuviera plena conciencia de la crisis que aquella situación me causaba. Interiormente estaba literalmente destrozado.

Desde hacía mucho tiempo ni la comida, ni el sueño, ni el trabajo, ni el amor, ni el sexo, ni la lectura, ni pensar, ni conversar por teléfono o personalmente; ni siquiera los monólogos conmigo mismo, parecían tener sentido alguno.

No había sabores ni sonidos alegres, ni olores, ni tacto, ni interlocutores. Particularmente, los sonidos se parecían a los que dejaban aquellas antiguas agujas que se deslizaban sobre un disco de pastel o de acetato, donde la música había concluido y después de terminada, una cosa, parecida

a un silencio que aturdía, sonaba y sonaba con un ruido seco y neutro que crispaba los nervios.

Apenas existían los gritos metálicos de la catedral y los ruidos que me despertaban en la mañana. La misma luz, los mismos objetos y los mismos colores de siempre. Estaba como atrapado en una trama de vacíos. Sin embargo, amaba la vida y quien ama la vida está siempre dispuesto a morir por ella.

## UN EVANGELIO DESCONOCIDO

**Sin embargo, amaba la vida y quien ama la vida está siempre dispuesto a morir por ella.**

Los parientes y amigos más cercanos me hablaban de... una misión... Algo así como el cometido que debía desempeñar por el designio de algún evangelio por mí desconocido. A veces creo que lo hacían para darme aliento y paliar tanta angustia y tanto desánimo, expresado inconscientemente desde muchas de mis expresiones y gestos.

No sé si estos propósitos eran darme coraje, valor, constancia y voluntad o, simplemente, para hacerse solidarios con aquella locura que, algunos, llegaron superficialmente a ver como una estúpida expresión de fanatismo.

Recuerdo que lo decían con una certeza y con unas convicciones que me dejaban siempre pensando. ¿Será que, como dice la gente, hasta los palos del bosque tienen su separación?, ¿...y unos sirven para leña y otros para hacer carbón? ¿Será que algún apostolado, absolutamente ignorado por mí, me impone un destino que no puedo alterar ni cambiar, ni transformar, ni reformar, ni perturbar, ni revisar, ni modificar?

Siempre me quedaba como pensando y asumía serenamente aquel supuesto karma impuesto por algunas de mis muchas vidas anteriores. Sujeto a una causalidad irremediable, me llenaba de silencio y lentamente, paso a paso, contando cada escalón, mirando hacia abajo y no sé si hacia dentro de mí mismo, ascendía sin apuro, calmoso y tardío, los escalones que existían entre mi habitación y la pista de aterrizar los helicópteros que quedaba, exactamente, encima de la pequeña sala para descansar donde dormía.

Como un cartujo caminaba en redondo, alrededor de aquella pista vacía y sin barandas, con una soledad que daba grima. Parecía una de esas personas que nunca han mirado de lado y que obstinadamente no voltean nunca hacia ninguna parte.

Hubo instantes en que no logré comprender, ni explicarme, cómo es que había llegado hasta aquel asilo, exilio o prisión; hasta aquel exilio forzoso donde todas las opciones me conducían a una vida que, cada vez más, la limitaban las extremas medidas de seguridad a las que nunca me he habituado y a las que jamás podría yo acostumbrarme.

Fueron siete o más meses, preso, exiliado, asilado, encerrado en una jaula de parquet y de vidrios que corrían desde el piso hasta el techo. Muchas veces, dentro de aquel encierro, me sorprendí rezando; “no te turbes, no te espantes, todo pasa”. Otras veces la desesperanza y una angustia anticipada me lapidaban con fuerza y con dureza.

Paradójicamente, sin embargo, sentía la alegría de un mahometano que busca su séptimo cielo. Hubo momentos en los cuales sentí que podría desafiarlo todo: adversarios, enemigos, amigos inconformes, parientes resentidos, compañeros ingratos, militantes intrigantes del propio oficialismo y aspirantes al cargo que para ese momento detentaba.

Lleno de una paciencia inmensa habitaba aquel universo extraño que me estremecía. Aquel mundo por el cual entregaba una fidelidad que no retrocedería ni siquiera ante mi propia destrucción.

Las contradicciones, sin embargo, no dejaron nunca de llegar con el ánimo de devorarme. Después se alejaban en estampida y me servían para entender que las contrariedades y las contradicciones no son necesariamente malas. A veces son fecundas y contribuyen a una visión de conjunto, más amplia y no descontextualizada. Tal vez fueron esas reflexiones las que me llevaron a ser intransigente, a resistir y, sobre todo, a no pensar jamás en regresarme ni a devolverme.

Sabía que había un lugar tranquilo donde ponerme pijamas, comer a la hora y tener el cariño de las personas que amaba y que me amaban. Sabía de la calidez doméstica donde estaría siempre a cubierto. Sin embargo, preferí ser sacerdote de mí mismo. Una firmeza interior que no sé desde cuándo se instaló con voluntad de acero dentro de mí en frente, vestida de guerrero y con una armadura no oxidada, todas esas contradicciones que llegaron y que siempre se fueron de la misma manera como llegaron.

No sabía, ni siquiera, si todos a quienes yo acompañaba en aquella lucha y todos quienes supuestamente compartían conmigo la decisión de dar esta pelea, tenían mi misma certidumbre de que aquel era el camino. No sabía si ellos tenían plena conciencia de adonde nos podrían conducir las convicciones y la definitiva voluntad que, por lo demás, no era solamente nuestra, sino de todo un pueblo.

Me hacía sentir bien, sin embargo, saberme coherente y consecuente. Intuía, y no me preocupaba, que de esta

manera atrajera hacia mí la fatalidad como una especie de destino ineludible.

Entendía los peligros a los que me exponía y de cómo los focos de enemigos y hasta de los amigos que estaban locos por devolverse, intentarían cercarme.

Resucité muchas veces para no retroceder un solo milímetro.

## EL VÉRTIGO DE LAS AGRESIONES

**Resucité muchas veces para no retroceder ni un milímetro.**

Dejé de mirar la televisión. Las confrontaciones y la polarización irracional habían convertido al país en un drama mediático. La lectura de los diarios, pasión constante de mi vida cotidiana, se me fue haciendo absurda, disparatada e insoportable. La mayoría de ellos, incluso los que en algún momento contribuyeron a mi formación personal, se fueron conviniendo en un mundo desatinado, incoherente, ilógico, absurdo e incongruente. Los medios se fueron cerrando a las ideas, a las que no fueran las suyas. Inventaron sus propias realidades y sus titulares daban vértigo.

Reflexioné muchísimo sobre libertad de expresión, de pensamiento, de información y de opinión. Siempre había asociado información con verdad, con objetividad, con transparencia y, ahora, cuando la veía bloqueada por intereses de grupos económicos, políticos y hasta raciales, se me convertía en “una artillería de oficio”, como la llamara una periodista en su columna semanal.

El derecho a la información había pasado a ser un instrumento de guerra, un armamento para el ataque sin compasión y para la destrucción de todo cuanto fuera un supuesto objetivo enemigo.

Las maquinarias empresariales despiadadas habían sustituido la ética en las plantas de televisión y en los rotativos por un plan macabro de desestabilización y de agresiones. En verdad ya no había ninguna libertad de prensa, sino un negocio asqueroso que por un millar de intereses estaba destinado, con exclusividad, a sostener una clase política hegemónica, vinculada servilmente a intereses económico-imperiales, que había perdido el poder por inepta, por incapaz, por insensible, por falsa y por desleal.

Sin ningún proyecto nacional, se habían comprometido con conspiraciones alentadas y financiadas desde afuera. Actuaban no como medios de información masiva, sino como perros de guerra, movidos no solo por el afán de lucro sino, además, por una torpeza desesperada que inútilmente trataba de retener un poder que ya nunca más tendrían.

Me costaba entender aquello. Seguía teniendo un profundo respeto por el periodismo y por los periodistas. Tenía amigos allí, gente de quien había recibido afectos importantes y a quienes les había entregado amor. Estaba consciente de que ellos, especialmente, eran las primeras víctimas de esas enormes redes mediáticas. Solo que los sentía, y me sentía, impotente ante el avasallamiento de quienes estaban totalmente decididos a hacerle ver al país que “mirar y creer” eran la misma cosa.

Me daba repugnancia observar cómo las versiones elaboradas por la mayoría de los medios de comunicación masiva sustituían el mensaje por el mensajero, y me entristecía la

forma como pretendían capturar a Venezuela en una especie de safari informático.

Las imágenes y los textos llegaban. Aparentemente los ciudadanos no se daban cuenta de lo que realmente estaba pasando. La información la deformaban y con ella pretendían desinformar. El propósito era desaparecer la historia, contarla de otro modo, fusilarla, borrarla como memoria popular y dejarla sin hechos trascendentes que no fueran los suyos. La historia sería, si tenían éxito, lo que pensarán los propietarios de los medios privados de comunicación masiva.

Era un proceso para idiotizar la conciencia y aquello me aturdía. Comencé a abrigar esperanzas cuando observé con atención a mucha gente con un control remoto y una psicosis maniática pasarse de un programa a otro, cambiando estaciones de radio y de televisión con una decisión obsesiva y paranoica que, además, no les permitía detenerse en ninguna parte.

Lo cierto es que la televisión dejó de ser para mí una distracción, un entretenimiento, un medio educativo y un contacto con la realidad. Como no tenía a nadie con quien conversar ni tampoco lograba concentrarme en mis lecturas, empecé a dar los buenos días como un zombi y a dar las buenas noches como un sonámbulo.

Mi gente más cercana —y tal vez la que más me quería— me había anunciado, desde mucho antes, con una anticipación que me asustó, que jamás se me ocurriera aceptar cargos públicos, porque ni mi salud —precaria en ese tiempo— ni mi sensibilidad —talón de Aquiles de ese y otros tiempos— serían capaces de resistir el mundo hostil y desalmado de la política. Fueron severos y duros al advertirme que en ese universo yo no iba a sobrevivir ni siquiera seis meses.



## LAS FLORES DE BACH

**Fueron severos y duros al advertirme que en ese universo yo no iba a sobrevivir ni siquiera seis meses.**

Una vida anterior tormentosa, sostenida por fármacos para nervios y medicamentos cardiológicos, presagiaron para mí accidentes cerebro-vasculares, parálisis faciales o parciales en la salud física, agudos conflictos emocionales en mi vida espiritual; infartos, alzas o bajas de tensión y, en algún momento, depresiones graves o locuras súbitas.

Todo ello me fue anunciado por todos y de todas las maneras. Me lo vaticinaron con una certidumbre que no tuve manera de contradecir o de negar.

Después de varios años aún no comprendo cómo logré sortear tantas predicciones y tantos pronósticos. Recursos y fuerzas que no me conocía debieron aparecer y, a pesar de haber andado de tumbo en tumbo, cargo hoy por dentro de mí la alegría de saber que la mejor manera de curarse uno de uno mismo es ser absolutamente consecuente con los valores y los sentimientos con que nos formaron o nos hemos formado.

Cuando las depresiones y el insomnio volvieron por sus viejos fueros, recordé aquel tiempo en que las manos de una señora me curaron con flores de bach y con un péndulo.

Fue ella quien, por primera vez, me anunció cambios sustanciales en mi vida y me remitió a una reconocida profesional de la medicina, especialista, egresada de una de las universidades más importantes del país, que acompañaba sus indicaciones, sus consultas y sus tratamientos con terapias de música, de cristales y de aromas.

En su consultorio me dormía entre piedras, campanas y sonidos; y, al despertarme, ella hacía algo como eso que llaman “imposición de manos” y me blindaba el cuerpo con una fuerza magnética que me amurallaba frente a las adversidades.

Recuerdo que empezó viéndome el aura. El aura o la aureola, no sé bien. Era algo así como una banda coloreada que supuestamente me rodeaba el cuerpo y a través de la cual —decía ella— se podía ver mi personalidad, mis enfermedades, mi futuro, mis actos anteriores y hasta mis vidas pasadas. Me expresó que tenía el aura de color violeta.

Fue ella quien me anunció, sin que yo jamás lo presintiera, el supuesto poder que me llegaría. Me anunció el poder... todo el poder que estaba por venir... Ese presunto poder que tanto problema me ha causado y por el cual una agresiva violencia inusual, donde por lo menos hay cinco de los siete pecados capitales, me ha perseguido implacable y ferozmente sin darme tregua ni descanso.

Su cara fue de susto cuando me lo dijo. Era como si de verdad hubiese presentado, o sentido, o visualizado ese “poder”. ¡Es mucho! ¡Es inmenso! ¡Usted tendrá un poder que nunca se imaginó!

Jamás me pasó por la cabeza cómo esa autoridad anunciada, percibida por mí como absolutamente imaginaria, pudiera haber desencadenado toda esa horrible persecución que he padecido como una suerte de inquisición civil, de santo oficio, de retaliación inimaginable, muy cruel, llena de un terror mucho mayor a todo aquello que emplazó a Galileo y quemó a Juana de Arco.

Recuerdo, por lo pronto a Galileo, compareciendo (que no fue mi caso) arrodillado ante sus inquisidores, abandonando la opinión de que el sol se halla en el centro del mundo, inmóvil, y que la Tierra no es el centro del mundo y, además, se mueve. Lo recuerdo negando sus verdades, las que después se demostraría que eran ciertas.

Lo recuerdo diciendo "... he sido proclamado por el Santo Oficio como fuertemente sospechoso de herejía... con todo mi corazón y fe sincera abjuro, maldigo y detesto los predichos errores y herejías y, en general todo cuanto sea contrario, en modo alguno, a la Santa Iglesia Apostólica Católica y Romana... me someto a todas las penas establecidas y promulgadas en los cánones sagrados... que Dios me ayude, así como estos Santos Evangelios en que apoyo mis manos...".

Me quedaba el consuelo de que a pesar de la persecución feroz, implacable, sin tregua ni descanso, jamás me hicieron abjurar de mis convicciones y de mis ideas. Estuvieron, están y estarán intactas.

Para esa implacable persecución sigo siendo un hereje con presencia activa. Fiel a mi incredulidad y a mis "saberes", discrepando siempre y argumentando con el hilo de una razón que se alimenta de reflexiones y de sueños. Como en la vieja Grecia, creyendo en una doctrina y una escuela.



# EL OPIO DE LA POLÍTICA

## **Como en la vieja Grecia, creyendo en una doctrina y una escuela.**

Estuve totalmente retirado de la actividad partidista durante diecisiete años. Desde 1980 hasta 1997. Me fui, huido y desencantado, de la actividad política. Como la mayoría de los venezolanos, había dejado de creer y de confiar en todas las organizaciones partidistas que hacían vida activa en el país. Había dejado de creer en sus líderes y en sus dirigentes y, durante ese tiempo, renuncié a lo que por casi veinte años fue la causa fundamental de todos mis días. Renuncié a la operatividad pero no a las ideas.

Desde los catorce años, hasta los cuarenta, fui un adicto de la política. Vivía para ella, trabajaba por ella, soñaba con ella, me casé con sus ideas. Mis hijos nacieron con ocasión a la política y sus nombres vinieron de los líderes y de las canciones marciales. Un mundo más justo se metió en mí y se volvió en mis entrañas sangre, pellejo y hueso.

Perdí todo el dominio sobre mis sentidos y la voluntad se me volvió un hábito. Un opio que tenía magia y fuerza me aliviaba los dolores sociales. La calle, el barrio y el sindicato

se convirtieron en mi casa. Abandoné afectos y alegrías para construir una sociedad sin excluidos e igualitaria.

Me leí todos los libros que podían dar las respuestas a quienes me seguían y también a quienes me increpaban.

Autodidacta de una ideología que no estoy seguro de haber alcanzado a definir me llevó a desafiarlo todo para cambiar el mundo. Soñaba con una fuerza que tenía espíritu y carne. Mi energía, para entregarme en cuerpo y alma a la lucha social, fue durante ese y otros tiempos una verdadera masa solar donde yo rotaba como un planeta que no tenía satélites. Anduve en esos años con una soledad que, en lugar de aislarme, me fue total y absolutamente solidaria. Me acompañaba con una silenciosa multitud gratificante. Así fue siempre hasta el día que me desplomé y caí. Me desmayé. No sé quién me recogió del piso. Estaba insentido. En el lugar donde me hallaba se quedaron todos perplejos, los médicos y los teléfonos aparecieron por montones. Había caído al suelo como un saco. Perdida la memoria y la conciencia, en una de esas tantas reuniones de partido a las que asistía de día, de noche y hasta de madrugada, alguien me llevó a mi casa como muerto.

Estuve tres meses sin recordar absolutamente nada. Los hijos se me hicieron una sombra distante y durante ese tiempo nunca supe sus nombres. Los confundía al llamarlos. Se me olvidaba todo. Sufrí una disminución terrible de todo cuanto fuera retener algo en la cabeza. Recordaba parcialmente los acontecimientos anteriores y casi ninguno de los recientes. El cansancio y el agotamiento me habían producido aquella amnesia que me duró unos cuantos meses.

Me aislaron de los teléfonos y de las noticias. Me sacaron de la urbe donde vivía y me prohibieron los diarios, las

conversaciones políticas, los temas que tenían que ver con la vida pública, con el Estado, con el gobierno, con los partidos y la economía, así como todos los contactos con grupos, multitudes y muchedumbres.

El mar y mi madre me trajeron a eso que llamaron mis médicos “la normalidad”. Los galenos me confinaron a un pueblo que tenía un mar hondo, azul y solitario. Allí estuve esos varios meses jugando todos los días en la mañana con la arena. Mirando sin descanso el horizonte. Oteando minuciosa y lentamente el vaivén permanente del oleaje, observando la espuma desgarrada y contándole a mi madre mil historias que hoy no sé si eran ciertas o imaginarias.

Ella, y mi padre luego, me regresaron otra vez a la vida.



## LA CABRA DE CAPRICORNIO

**Ella, y mi padre luego, me regresaron otra vez a la vida.**

La cabra de Capricornio sube montañas por el lugar más escarpado, por sitios donde no hay senderos ni vías, ni veredas, ni caminos. Para esa cabra, la paz ha sido siempre un acto de afirmación con el cual, pacientemente, ha confrontado con constancia la violencia. Ha sido tan tolerante, tan conforme, tan flemática, que esperó con sosiego y con aguante ese exilio forzoso en esta jaula de vidrios y parquet que es mi oficina.

Nunca antes me imaginé que esa cabra fuera tan obstinada.

En efecto, por no pertenecer a ese sector que negó los cambios en el país, me llegó la agresión y la represión, más por instinto que por convicciones ideológicas. Me agredieron mi paz pública. Esa paz que había cuidado tanto y a la que yo le había colocado apellidos: paz interior, paz social, paz económica, paz justa, paz octaviana...

Contrario a cualquier lógica, grupos intransigentes, militantes y no militantes, con y sin partido, pretendieron detener, censurar y vituperar mis decisiones. Marqué con

ellos distancia y sin temor a diferenciarme los confronté con objetividad y sin tomar partido.

La acometida fue implacable. Con desparpajo intentaron vejarme, humillarme, acobardarme, acorralarme porque, soberanamente, el pueblo les estaba quitando una migaja del poder que no solo no habían dejado de tener, sino que aún lo ejercían, lo detentaban, lo mantenían y lo disfrutaban.

Nunca imaginé el odio de esa ni de ninguna otra manera. Conocía el odio indiferente que es duro y de los peores. Lo conocía como ausencia de clemencia, que también es duro. Pero no uno que me individualizase. Mis lecturas sobre lucha de clases no pasaron de observar los conflictos de intereses, sin hígados abiertos, sin ponzoñas, sin bilis, sin veneno.

¡Qué equivocado estaba!

Como una vez dijera el poeta Benedetti, quienes apuntan a pacificar apuntan, a la vez, dos pájaros de un solo tiro. Las agresiones gratuitas me llovían y en algunos momentos, por la fiereza de las arremetidas, tuve que navegar sin brújula y sin norte.

## EL OUDIO ME SACÓ DE MI CASA

**Las agresiones gratuitas me llovían y en algunos momentos, por la fiereza de las arremetidas, tuve que navegar sin brújula y sin norte.**

Vendí casi todos los bienes que tenía para comprar un apartamento en el este de Caracas. Me obligué con la banca para adquirir un departamento de apenas 169 metros cuadrados. Pagué inicialmente 50.000.000 de bolívares y, más después, lo que tenía y lo que no tenía.

El crédito, aun con facilidades, se me otorgó, pero siempre fue un préstamo más allá de mis ingresos y economías. Decidí asumirlo desde un banco y pagarlo en el más breve plazo inmediatamente después de vender dos o tres de las propiedades que había dejado en la provincia. Siempre había adquirido mis cosas de contado. Ahorraba, juntaba, reunía y locha a locha compraba lo que podía cuando podía.

Los enemigos multiplicaron por cuatro el precio del departamento y algunas columnas de opinión llegaron a decir que me lo había robado, sin ni siquiera averiguar que el banco me lo descontaba por nómina y lo debía casi íntegramente.

El odio me sacó de ese apartamento.

Nunca imaginé esa forma de odio. El amor es una condición esencial de toda persona de bien. Me lo enseñaron las lecturas de la lucha de clases. Nunca he olvidado la expresión del Che, con su tabaco, diciendo: “Déjeme decirle, a riesgo de parecer ridículo, que el verdadero revolucionario está guiado por grandes sentimientos de amor”.

Cuando filosofé sobre la lucha de clases, pensé siempre en la solidaridad, en la igualdad, en la fraternidad, en el amor al prójimo, en el respeto al semejante del cual habla la doctrina de Dios. Jamás entendí la lucha de clases como odio. ¡No! ¡No! ¡Nunca he podido comprenderla de esa manera!

Los hombres acumulan riquezas y medios, explotan a otros y por eso la lucha es contra esos hombres; pero sin odio individual, sin odio personal.

Se odia la injusticia social y las agresiones de un sistema inicuo. Se combate ese sistema; el abuso, la explotación, pero no a las personas como tales. Es igual a las luchas que todas las religiones plantean entre el bien y el mal. Es la lucha de unas ideas contra otras ideas, pero no cuerpo a cuerpo.

Es una lucha donde hay adversarios, pero no enemigos. Jamás uno llega a personalizarlos ni, mucho menos, a individualizarlos.

No es esa lucha una respuesta contra el insulto personal, ni una revancha, ni una venganza, ni una retaliación. Es un enfrentamiento contra todo un conjunto de circunstancias y contra unas situaciones muy bien determinadas. No, no es el odio de unos hombres y unas mujeres contra otras. No, no es ese el predicamento de la lucha de clases en la que yo creo.

Tal vez, por eso, no entendí el odio personalizado contra mí, con un “tú” que no alcanzo ni alcanzaré a comprender. Con una mirada que fulminaba. Con una expresión que

estaba destinada a herirte, a agraviarte, a descalificarte, a insultarte y a ofenderte.

Un odio que uno no sabía si era miedo o era odio.

Comencé a descifrarlo y a entender sus códigos, pero nunca a aceptarlo, ni a comprenderlo, ni mucho menos a hacerlo mío. Tal vez por eso quedé como perplejo cuando alguien que me había invitado a su casa, que junto a su esposo había paseado conmigo en una lancha; alguien con quien nunca tuve ni un “sí” ni un “no”, metió por debajo de la puerta de mi apartamento una esquila, mal escrita, donde me insultaba porque no toleraba mis ideas. Decía en su comunicación que ella representaba la comunidad del edificio donde hacíamos vida común como condómines.

Ni ahora ni antes ni después he podido entender ese odio que, de un día para otro, la señora me restregó con aquel y otros papeles. Fue ella quien concertó voluntades desde afuera y desde adentro para agredir mis causas, mis valores, mi fe, mis verdades, mis razones y mis principios.

Junto con ella, otras personas con el mismo odio o con uno mayor arremetieron insolentemente contra mi familia.

Se reunían en los sectores aledaños, por la noche, y con megáfonos y luces que alumbraban mi residencia me descalificaban con las más feroces expresiones de barbarie y de irracionalidad.

Pintaron los muros de las calles que conducían a mi domicilio con grafitis insolentes, con las vulgaridades más atroces. Caceroleaban (golpes sobre ollas de cocina o sobre cualquier instrumento metálico) para acompañar sus insultos. Me esperaban en los ascensores para hacerse la señal de la cruz. Las cámaras de televisión me perseguían en mi propia residencia. Bastaba una llamada para que se

presentara al sitio alguien con un micrófono para sacar al aire el escándalo con que se me vapuleaba.

Rompían por docenas los huevos contra la puerta de mi apartamento. Llenaban de basura los pasillos por donde transitaba. Volteaban hacia los lados para no saludarme. Me dejaban escritos infamantes en los ascensores y en las escaleras. Colocaron alarmas para anunciar mis salidas y mis llegadas. Me provocaron de las maneras más inimaginables para que respondiera a la violencia con la violencia.

# LA SEÑORA TAPADA DE COLLARES

## **Me provocaron de las maneras más inimaginables para que respondiera a la violencia con la violencia.**

Varias veces, una señora bien vestida, con la piel transparente y estirada, peinada siempre de peluquería, tapada de collares y brazaletes, con anillos de perlas y brillantes; con humectante y protector de sol en la cara; bien maquillados los ojos; con no sé cuánta cantidad de crema, pancake, bases, betunes, lociones, afeites y masajes encima, envuelta siempre en seda, me esperaba todos los días en la mañana para lanzarse al piso y santiguarse.

Hincada de rodillas se hacía la señal de la cruz y volteaba los ojos hacia un cielo imaginario. Para ella yo no era un ser humano. Yo era el anticristo, el diablo, el demonio, el infierno, Satanás, Lucifer, el príncipe de los ángeles rebeldes, Belcebú, el arcángel de las tinieblas, Changó y Oshua.

Debía tener, esta señora de la piel estirada, unos muchos, unos cuantos años de privilegios. Tal vez como los de una salamandra, un fénix, un leviatán o una quimera.

Las otras y los otros me veían de manera distinta. Para ellas y ellos yo, simplemente, era una cucaracha.

Una repugnante y horrible cucaracha. Obsoleta. Anterior a los dinosaurios. ¡Claro!, temerosas y temerosos de que, como la propia cucaracha, pudiera resistir un mes o más sin alimentos y sin agua y que, incluso, después de pisada pudiera seguir caminando.

Me veían con antenas que se movían parsimoniosamente de un lado a otro; con el cuerpo acorazado; con una recia capacidad oscura; habitado solo por instintos; formado mi cuerpo por capas compactas y comprimidas como las de una cebolla y tal cual como una extraña muestra prehistórica de un ser asquerosamente vivo, que intimidaba a través de un horror que cuesta morirse o no se muere.

¡Por todo eso me echaron!

Me incitaron para sacarme de los goznes. Para colocarme fuera de quicio. Entendí que querían provocar un escándalo para vender imágenes al mundo televisado y hacerlo circular en el exterior. Respondí siempre con una serenidad que daba pasmo y eso los irritaba más. Nunca caí en sus provocaciones. Hoy, con tranquilidad, pienso que esa pasividad hindú debió exasperarlos y fue, en definitiva, lo que los desesperó.

Desde niño me ha habitado siempre una prudencia que algunos confunden con timidez o con resignación. Mi padre me la inculcó casi como un mandamiento. Es la misma prudencia que me hace contar hasta diez. Junté —como dice el poema gaúcho— “... todo el valor pa’ sé cobarde”... y me dejé echar.

¡Sí, me echaron...!

No sé si la señora de los betunes, del pancake, y de las cremas, peinada de peluquería, envuelta siempre en seda y ahorcada por los collares y los brazaletes, continúa

santiguándose cada vez que entra o sale del ascensor en el lugar donde vivía.

Pagaba, de esa manera, el precio de haber escogido el camino más largo para romper con los grupos dominantes de mi país. Pagaba el cambio pacífico... y democrático... Pagaba la ingenuidad de creer que los derechos terminan donde comienzan los derechos de los demás, en una sociedad donde esos derechos, cuando se tienen, son para aplastar a los otros y se ejercen como privilegios y no como una potestad.

¡Me echaron...!

Supe, de esa forma, que un sector del país, el que siempre se sintió poderoso, estaba dispuesto a no discutir con nadie sus verdades ni a conciliar, ni a transarse, ni a dejar de conspirar.

La gente, como dice la escritora brasilera Clarice Lispector, tiene “una parte neutra de cosa, inhumana, sin sentimientos o con sentimientos utilitarios, que es demasiado fuerte y aniquila”. De esa cosa neutra e inhumana me estaba recuperando cuando me volvieron a echar del otro edificio.

En efecto, seis meses después me volvieron a echar y, de nuevo, sostenido o apoyado en un cayado, atravesé otra vez el desierto.

Esta vez fui echado de otro sitio. De un aparta-hotel que alquilé por meses, porque ya no tenía con qué comprar nada. Debía el anterior, la nómina no resistía muchos descuentos y ya no había más nada que vender.

Utilizaron allí la misma cartilla. El mismo manual y los mismos métodos. Fue así como lograron exiliarme y reducirme a esa jaula de parquet y de vidrios, de ochenta metros cuadrados, donde viví casi diez meses y donde, cada mañana,

las bocinas calientes de los vehículos me despertaban religiosamente cada día con un claxon que parecía una trompeta.

Es en esa pequeña sala de descanso que se encuentra al lado de mi escritorio donde los latigazos de la catedral suenan rítmicamente cada hora.

Allí, mi soledad tiene una ventana basculante, un clóset, un estante con libros, un televisor sin buena imagen, dos litografías y un baño que es un poco más pequeño que la habitación en la cual creo que duermo.

Esa soledad, por cierto, no se parece a la soledad de nadie, es solamente mía. Como si estuviese muerto y hubiera comenzado a dar los primeros pasos en alguna otra vida.

Una soledad cruda y gloriosa, ruda y frágil, primaria y divina.

Desde entonces entiendo lo que es “prueba”, y entiendo que así como la vida me prueba, también yo la pruebo a ella. Estoy consciente de que a veces pretende colocarme sin aire en una mina hundida, pero un vínculo hermoso de ferocidad mutua nos hace caer en cuenta de que todo es extremadamente recíproco.

## EL BISABUELO COLOMBIANO

**Estoy consciente de que a veces pretendo colocarme sin aire en una mina hundida, pero un vínculo hermoso de ferocidad mutua nos hace caer en cuenta de que todo es extremadamente recíproco.**

“No sé hasta cuándo la tolerancia dejará de tener esta estúpida paz que a nadie da sosiego. Que no tiene fin, ni comienzo, ni nada. Que está llena de miedos y temores que aplasta por igual a unos y a otros. Que nadie entiende. Que a nadie satisface, ni acepta ni comprende”.

No supe nunca si el bisabuelo se lo decía a él mismo, o se lo decía al río o a quienes lo venían persiguiendo.

“Esta estúpida paz que anda, todos los días, revolcándose con la vergüenza y la violencia. Esta estúpida paz no imaginable que perturba el derecho de todos a tener un país común y una felicidad que nos respete a todos, debe ser algún día una auténtica paz”.

Así venía, hablando solo, cuando el bongo cogió agua y se fue a pique.

Todo se hundió menos él. Se pegó a uno de los baúles y sobrevivió. El río lo botó junto a las bocas del Manapire. Allí

hacía calor. Un insoportable calor que contrastaba con el frío húmedo de Bogotá. No dijo que era médico, se hizo pasar por maestro de escuela y comenzó a enseñar.

Daba clases de pie y los niños le oían sentados en el suelo. A nadie le dijo que venía de Colombia, ni nadie tampoco se lo preguntó. La gente lo empezó a querer y desde entonces fue un hijo más de Santa Rita de Manapire.

Cuando le preguntaron por el nombre dijo que se llamaba Manuel, se quitó el Antonio y se cambió el apellido. En realidad no se lo cambió, omitió el “Díaz” y, en lugar de Manuel Antonio Díaz Rodríguez, se identificó a secas como Manuel Rodríguez.

No quería dejar ninguna pista. Ya tenía bastante con la persecución política de sus paisanos. Manuel Rodríguez (sin el Antonio y sin el Díaz) se quedó en Santa Rita el tiempo justo para que las persecuciones se olvidaran.

Se fue luego a la capital y allí contrajo matrimonio con la señorita Lorenza Saness Marrero. Para este momento ya había rescatado su apellido colombiano. Consta en el acta de matrimonio que se identificó como Manuel Antonio Díaz. Solo faltó el Rodríguez, que de algo serviría después para sus hijos y hasta para sus nietos.

De Lorenza Saness se divorció. No sé si por los traumas y secuelas que, a veces, dejan estas decisiones, abandonó la capital.

Se vino tanteando los caminos que conducían al Guárico y escogió como vía de tránsito las trochas del estado Aragua para llegar a los llanos. Fue así como se quedó siete años en el estado Guzmán Blanco.

Aquí invocó los lazos parentales con el escritor Alirio Díaz Guerra, su primo hermano, colombiano como él, asesor

para ese tiempo del abogado, político, estadista, jefe de la Guerra Federal y caudillo del Partido Liberal Amarillo, Antonio Guzmán Blanco, varias veces presidente de la República de Venezuela entre 1870 y 1888.

Antonio Guzmán Blanco había pedido al doctor Alirio Díaz Guerra que buscara para Venezuela un médico especialista en enfermedades tropicales y, sin que ninguno de los dos lo tuviera previsto, el médico llegó, abrupta e insólitamente, por los vericuetos del Orinoco.

La capital del estado Guzmán Blanco era Villa de Cura, la Villa de San Luis de Cura, paso obligado para ir hasta las llanuras guariqueñas. En esa ciudad se celebraron, bajo la presidencia del general Francisco Tosía García, autodidacta y gran costumbrista venezolano, las fiestas del Día de San Simón, para honrar la memoria del Libertador. Era el mes de octubre de 1885.

El estado Guzmán Blanco abarcaba toda el área geográfica que hoy corresponde a los estados Miranda, Aragua, Guárico y Nueva Esparta.

Fue allí donde se instaló, el 6 de diciembre de 1891, la legislatura de ese estado Guzmán Blanco. Solo seis años habían transcurrido de su llegada cuando mi bisabuelo fue electo diputado por Aragua, conjuntamente con Joaquín Crespo, Eduardo Power, Alejandro Padrón y Joaquín Piñate Viana.

Fue esta legislatura la que confirió el título de “Ilustre Americano” a Guzmán Blanco y decretó, también, la cabecera del Distrito Marino con la designación de Turmero como su capital. Tenía para ese tiempo ese pueblo, que hoy uno no sabe si es o no parte de lo que algunos llaman “el gran Maracay”, 1.167 casas y 6.441 habitantes. Ya para entonces

había nacido en Turmero quien luego sería presidente de la República, Francisco Linares Alcántara.

La Villa de San Luis de Cura fue y sigue siendo famosa por sus fiestas. Volvamos a 1885 y presenciemos la inauguración del acueducto de Túcutunemo con aguas del mismo río. Tres días de festejos se pautaban en el programa. El 27 de octubre estaba prevista la alocución del jefe civil; luego la iluminación general de la ciudad, la retreta, los fuegos artificiales y los árboles pirotécnicos en la plaza Guzmán Blanco.

El 28 eran las salvas de artillería en la Alameda Crespo y un paseo de música con la banda marcial por las calles de la ciudad. Ese mismo día inauguraron las calles recién empedradas y embanderaron la plaza y el cuartel de milicias. Para las 4 de la tarde se había acordado la procesión cívica y, finalmente, a las 9 de la noche el baile de gala en los salones y corredores del Palacio de Gobierno de la capital del estado Guzmán Blanco.

Estaban invitados, el presidente del estado; la junta directiva de los festejos; las comisiones de los veinte distritos del estado; el jefe civil; la Corte Suprema; la Corte Superior y los Juzgados de Primera Instancia en lo Criminal; el jefe de la estación telegráfica; los empleados municipales, la logia masónica de justicia y los distintos gremios de criadores, ganaderos, industriales, artesanos y, por supuesto, entre otras jóvenes (la historia siempre tiene un puesto para estas cosas), la linda señorita Rosaura Torrealba.

La fiesta de las nueve fue elegante. Un cuadro de especial tono social brilló fulgurantemente. Rumbosa y alegre, la música se apoderó del Palacio de Gobierno. Bailaron la polca con las mismas vueltas vertiginosas que tuvo en Bohemia para 1830; la mazurca polaca, de la provincia de Manzuria,

con sus movimientos rápidos y violentos se remontó al siglo XVI, y la cuadrilla, con ese aire encantador de balanceos que simula un sube y baja de trajes y de cuerpos, armónicamente embellecidos, le daban un corte imperial al baile de San Simón.

Estaban allí, en el Palacio de Gobierno, Amador Briceño, a quien llamaban “la primera flauta de América”, y Borrerito, el flamante cornetín de aquel tiempo. Los vinos, las viandas y los dulces esparcían sus aromas sobre cada una de las mesas.

El médico y diputado Manuel Antonio Díaz invitó a bailar a la distinguida señorita Rosaura Torrealba y no la soltó hasta las tres de la madrugada, cuando terminó la velada. El amor fue de flechazo. Un alfiler los tocó a ambos. Prometieron casarse. Un año después lo hicieron en la población de El Sombrero, en el estado Guárico.

Fue esta segunda esposa de mi bisabuelo quien dio a luz a mi abuelo paterno Manuel Rodríguez Torrealba. No sé cómo desapareció otra vez el Díaz y se metió el Rodríguez. Lo cierto es que mis dos abuelos, siendo hijos legítimos del mismo padre, tenían apellidos distintos. Uno, el mayor, era Díaz y el otro, el menor, era Rodríguez. Este es otro de esos acertijos que aún indago, pero que entre tanta poesía me da miedo descubrir para no arrancar el encanto de ese misterio que me hace ser uno y otro al mismo tiempo.



## EL ABUELO PATERNO

**Este es otro de esos acertijos que aún indago, pero que entre tanta poesía me da miedo descubrir para no arrancar el encanto de ese misterio que me hace ser uno y otro al mismo tiempo.**

Manuel Rodríguez Torrealba tuvo dos hermanos que murieron en el terremoto del año 18. Los Torrealba eran duros y aventureros y los Rodríguez ilusos y políticos. Montó los dos apellidos en una mula y con un vademécum, unas raíces de onoto y unos cogollos de merey comenzó a hacerse médico. Las conchas de palo de arco y un pesado mortero completaron su equipaje.

Después vinieron las noches largas a la vera de los enfermos convalecientes y, finalmente, las pócimas y los jarabes. Aliviaba dolores y pesadumbres.

Sería de tanto curarlas que, a lomo de bestia, se le despertó la aventura y le comenzó esa locura de andar y desandar las trochas y los caminos. Una ansiedad llena de búsquedas lo empujó hacia lo desconocido. Lo invadió la impronta y un día el riesgo inseguro y atrevido lo lanzó hacia Caracas.

Allí llegó vestido de limpio y con zapatos nuevos.

La ciudad estaba clara y despejada, como esperándolo. Había llegado en tren, a caballo y a pie. Se dirigió de inmediato hasta el Panteón Nacional. Allí estaban los restos del Bolívar, a quien su padre admiraba con devoción. Luego fue a la plaza donde El General blandía su espada desde un caballo de bronce. Lo contempló a través de todos los ángulos y lo miró a los ojos como si quisiera decirle algo.

Por ejemplo, nunca entendió cómo los lanudos bogotanos se apropiaron de él para hacerlo efigie y emblema del partido conservador de Colombia. Él mismo había leído muchas veces la frase del Libertador: “No sé de dónde se arrogaron los demagogos colombianos ese derecho a llamarse liberales”. Estaba convencido —al igual que su padre— de que el Libertador no era hombre de partidos. Lo dijo antes de morir: “Cuando cesen los partidos y se consolide la unión yo bajaré tranquilo al sepulcro”.

Entendió, al fin, que lo que más molestaba a Simón de la Santísima Trinidad Bolívar y Palacios era eso de que llamaran liberales a los partidarios de Santander, y conservadores a quienes le eran leales a él.

El doctor Manuel Antonio Díaz Rodríguez, su padre, fue liberal, pero admiraba a Bolívar con respeto y con una convicción casi religiosa. El tiempo, que todo lo descubre, le hizo comprender que aquellos que un día acompañaron y otro día persiguieron a su padre, no eran ni liberales ni conservadores.

La muerte de Jorge Eliécer Gaitán, entre tantos otros hechos, los puso al descubierto. Desde entonces, como dicen los historiadores, a unos y a otros solo los distingue la hora en que asisten a la misa. Y es que los liberales —como afirma Octavio Paz— no tienen una ideología, sino que viven “un

acto de imaginación política, un temple, una disposición de ánimo”, pero nunca una creencia, una idea, un pensamiento, una filosofía. Se volteó ceremoniosamente y, por un rato, se quedó mirando la gloria intacta del Libertador. Cuando se retiró, inclinó la cabeza y se colocó la mano abierta exactamente junto al corazón. Quienes lo observaban se sorprendieron del protocolo reverencial con que aquel hombre extraño se despedía del Padre de la Patria.

Comenzó, después, a pasear la ciudad. Miró la catedral y el cabildo de Emparan. Visitó El Calvario y se quedó mirando el Ávila. La montaña lo sedujo enigmáticamente. Sin embargo, lo que más lo extasió fueron las largas ventanas de aquella ciudad, muy pero muy diferentes a las de la ciudad de su padre.

No eran como las de Bogotá. Tenían una ilusión de altura y una arquitectura de luz y sombra, que escondía picardías aprendidas. Casi como concebidas para el figoneo y la coquetería, pero con un dejo secreto de confidencias ocultas y escondidas. Las romanillas, los canceles y los biombos delataban un misterio taimado. Reparó que algunas eran de madera modesta y otras parecían frontispicios. Le llamó la atención que amarraran las mulas y los caballos de los balaustres o barandillas.

Conoció el Guaire, el Anauco y el Catuche. Se bañó en ellos y los ríos le manotearon en la cara su agua limpia de montaña y valle. Montó el tranvía de caballitos, tirado por mulas, y supo de lo incómodo que eran los asientos de tablas. Don Manuel Rodríguez Torrealba quería sentirlo todo. Contaban sus parientes que comió helados de La India y que probó “popsicles” importados. Aquellos que venían en palitos y sabían a hielo con crema. Pasó por el mercado

y compró cortezas, pócimas, ramas, hierbas y raíces, para preparar sus medicamentos.



Manuel Rodríguez (abuelo).

Al final, después de varios días, emprendió su periplo de regreso.

Se vino recetando por los lados de Santa Lucía, Santa Teresa del Tuy, San Casimiro y Pardillal. En Camatagua y en Taguay colocó durante un tiempo una tablilla que decía “Dispensario”.

Se atrevió, en Carmen de Cura, a realizar pequeñas intervenciones quirúrgicas, pero no se detuvo ni se ancló en ningún lugar. Como buen andariego no se quedó en ninguna parte. Quería hurgar de nuevo sus querencias. Buscaba sus sabanas, las que se volvieron orillas de río para recoger, casi ahogado, a su padre cuando llegó huyendo de Colombia.

## EL REGRESO A LA SABANA

**Buscaba sus sabanas, las que se volvieron orillas de río para recoger, casi ahogado, a su padre cuando venía huyendo de Colombia.**

El 27 de agosto de 1899, año de la Revolución Restauradora, llegó, Guárico adentro, a un vecindario que está en el fin del mundo, llamado Santo Domingo. Allí se hospedó en la casa de don José María Requena. A los meses construyó un caserón llamado “El Médano”, con dos salas de recibo, dos cocinas, dos despensas, ocho dormitorios y cuatro patios inmensos.

Le construyó una escuela en el medio y trajo maestros para enseñar el abecedario. Después le sembró topochales, le hizo una laguna, un corral de palmas y una troje pequeña para derretir manteca de cerdo.

Llegó a ser tan importante en ese vecindario que la gente, en aquel tiempo, conmemoraba el día de su llegada con fiestas donde se comía, se contrapunteaba, se bailaba y se bebía hasta la medianoche.

Se casó con María Isaías Rico, hija de Victoria Navas y Juan Francisco Rico, un isleño de Lanzarote, de fibras

y carnes duras, que personificaba en su curtida estampa de hombre de trabajo la reciedumbre de un llano que no daba ni pedía treguas. El paludismo y la fiebre amarilla lo llevaron a vivir a Mata de Guasdua.

Allí los ojos azules de mi abuela paterna contrastaban con su temple de coronela. Su recia personalidad confrontaba la aparente debilidad de una catira de buen cuerpo, con cara de virgen y de baja estatura. Acompañó a mi abuelo hasta la muerte.

Yo apenas la conocí en una hamaca, tejiendo bolsas para navaja. Nunca la oí decir una sola palabra. Mamá decía que estaba loca y que había quedado así después de la muerte de mi abuelo. Movía la aguja en el estambre con una habilidad que no he vuelto a ver en nadie más. Según decían, “fue un esfuerzo de bondad, decencia y circunspección”. Extraordinariamente generosa, ayudó las necesidades y las penurias de los sufridos. No había dolor ajeno que no lo sintiera en sus entrañas.



María Isaías Rico (abuela).

# ESPINO Y LA CRISIS DEL AÑO QUINCE

## **No había dolor ajeno que no lo sintiera en sus entrañas.**

Espino es un pueblo donde todavía hoy se duerme en chinchorros y donde aún hay casas con techos de palma alrededor de la plaza.

Allí, cien años antes, mis abuelos paternos reunieron un rebaño pequeño de ganado y fundaron un hato. Muy cerca, en Guanipa, construyeron otra casa de veinte varas de largo, con corredores, también, de veinte varas. Las ventanas eran largas y altas como las de Caracas. La cerca era de paloapique; tenía dos corrales, tres chiqueros y un pesebre anexo, para albergar tres caballos de silla: “Dame la Mano”, “El Martinero” y “El Alazán”.

En la crisis económica del año 1915 se alojaron familias enteras en esa casa. Las mujeres y los niños dormían adentro y los hombres colgaban sus chinchorros debajo de los árboles. Uno a uno, los hombres se fueron yendo detrás de las morocotas de la Compañía Inglesa y, cuando empezaron las mujeres a quedarse solas, comenzaron a parir zambos barrigones con los ojos azules.

La gripe española y el paludismo hicieron huir a don Manuel Rodríguez a Tucupido. Allí compró otra casa y se dedicó a ejercer la medicina. Un médico de la región se asoció con él y, entre ambos, montaron un consultorio en la propia Logia Masónica de San José de Guaribe. A los meses, tenían instalada en Zaraza una farmacia.

Acostumbrado a marcharse de todos los lugares, se refugió en Cabruta; luego en Santa María de Ipire; después en El Rastro y, finalmente, en Las Mercedes del Llano.

Por cierto que en Cabruta regentaba un almacén de su propiedad y allí recibió en visita a la Comisión Mixta de Límites Colombo-Venezolanos. Les atendió espléndidamente y, como no disponía de vasos, les dio a beber en bacini-llas nuevas y sin uso. Desde entonces empezaron a inventarle un parentesco que nunca tuvo con don Simón Rodríguez.

Murió en Las Mercedes del Llano y cuando lo sacaron para velarlo, las rumas de periódicos, ocultas debajo de su cama, tenían aún noticias recientes. Sorprendió a todos cómo logró esconderlos por tanto tiempo. Minuciosamente recortaba y resaltaba las informaciones que le interesaban. Cuando no cupo más eternidad en las noticias, cerró pesadamente los ojos y se llevó furtivamente las nuevas aventuras que solo María Isaías, sin dedales, logró enhebrar en la memoria más remota de un contraolvido que tenía estambres ensartados, y en unas agujas largas dobladas en las puntas.

## EL CUERPO ASTRAL DE DON GUILLERMO

**Cuando no cupo más eternidad en las noticias, cerró pesadamente los ojos y se llevó furtivamente las nuevas aventuras que solo María Isaías, sin dedales, logró enhebrar en la memoria más remota de un contra olvido que tenía estambres ensartados, y en unas agujas largas dobladas en las puntas.**

Del matrimonio de Manuel Antonio Díaz Rodríguez con Lorenza Saness nacieron varios hijos: Mercedes. Josefina y don Guillermo.

Del matrimonio con Rosaura Torrealba hubo, también, tres hijos: Manuel Rodríguez Torrealba, mi abuelo paterno y medio hermano de don Guillermo, más dos hijos que fallecieron en 1918.

La ciencia ocultista afirma que el hombre tiene un cuerpo astral y un cuerpo físico. Coexisten en el mismo espacio y pueden separarse.

La conciencia puede a veces andar sola y penetrar objetos sólidos, llegar a otro lugar solo con pensar que está allí. El cuerpo astral es invisible para la gran mayoría y dura

hasta que un cordón de plata se rompe y trunca así la unión con el cuerpo físico.

El cuerpo astral solo es visto por seres especiales con proyección astral. Pepana Escobar se lo contó a La Gorda delante de mí. Pepana vio el traslado espiritual de don Guillermo desde la farmacia de Adolfo Meló, en valle de la Pascua, hasta los campos de Jácome, para curar la fiebre mortal de uno de sus pacientes.

Otros —según cuenta Pepana— vieron levitar a Marthina Perdomo desde unas sillas donde estuvo acostada como muerta. Después le quitaron las sillas y ella se mantuvo en el aire sin caerse. Marthina vivió después de esa experiencia varios años, hasta que una garza le sacó un ojo y a los meses murió de una infección que le inflamó la cara. Fue así como, sin proponérmelo, descubrí algunas de las historias de don Guillermo, mi abuelo materno. Se las oí, sorprendido, a Pepana Escobar.

Ella tenía una casa en La Ciénaga, detrás de la base naval de Turiamo, y por las tardes, en épocas de temporada, llegaba al rancho de La Gorda a relatar su cuota de recuerdos metafísicos. Esa curiosa historia de cuentos increíbles comenzó a llegar hasta mí, pausadamente, en sus palabras sueltas y bien hilvanadas.

Se confesó ahijada de don Guillermo y hablaba de él con naturalidad y soltura. No dejaba lugares para la incertidumbre. Sin dudas, lo conocía bien. Lo describía como si lo estuviese viendo. Jamás le referí, ni nunca lo di a entender, que don Guillermo era mi abuelo materno.

Ni ella ni La Gorda llegaron nunca a saber que todos aquellos cuentos de las “mil y una noches” tenían que ver con el hombre alto y blanco que me sacaba a pasear en las

tardes por unas calles de arena que, por los lados del caño de la Vigía, hasta hace unos treinta años, existían en Valle de la Pascua, bien cerca de la esquina de Retumbo.

Declaro solemnemente que mis ganas de creerle a Pepana eran inmensas. Mi lógica convencional se resistía a aceptar las afirmaciones que con sólida convicción expresaba ella. No tenía razones para rechazarle o darle crédito a sus habladurías. Sin embargo, no lograba ensamblar el carácter científico que ella le atribuía a sus llamados “fenómenos psíquicos”. ¿Eran aquellos, simples y puros cuentos? ¿Mitos, exageraciones, invenciones? ¿Habría alguna pizca de realidad en todo lo que Pepana contaba? ¿Era fraude o solamente una imaginación andaluza desbordada? Mis ganas de creer —insisto— eran inmensas.

En el llano tenemos una inagotable sed de superstición y una facilidad enorme para sugestionarnos. Sobre todo cuando alguien tiene, como decía un peón del hato de mi padre, “más palabras que un diccionario” y con su labia le confiere convicción y realidad a sus razonamientos.

“La nueva física de la relatividad... y la mecánica cuántica confirman todo cuanto cuento” —decía Pepana.

Y hablaba entonces “... de conciencias que atravesaban el tiempo y el espacio”.

Mi afán de creerle, enfrentado cuerpo a cuerpo con mi lógica común, sacudía por dentro de mí cualquier cantidad de controversias. Sobre todo cuando, para reafirmar, Pepana decía:

“Tú sabes, Gorda, que jamás sería capaz de mentirte.

Mis ganas de creer tropezaban torpe y agresivamente, con fuerza, contra todo eso que yo denominaba “chapucerías”.

Pepana me acorralaba la lógica:

“Es que nada de esto puede ser una ilusión total. Y si así fuera, ¿cómo explicaríamos la vida de los santos y los milagros que hicieron? ¿Cómo explicaríamos esos actos de poder divino que no responden al orden natural ni a las fuerzas humanas? Eso, Gorda, no puede ser pura invención”.

Pepana me acorralaba o yo quería sentirme acorralado.

“Eso, Gorda —le decía a Priscila López Villasana—, tiene que ver con una vida espiritual a la que ni tú ni yo estamos acostumbradas, una vida que se expresa con absoluta naturalidad cuando purgamos verdaderamente cada uno de esos ‘yo’ nuestros”.

Pepana, en verdad, no parecía una charlatana o, en verdad, como decía Manuelote, “tenía más palabras que un diccionario y se las sabía toditas de memoria”. La hubiera podido descalificar por cualquier cosa menos por mediocre. Lucía más o menos informada, manejaba con fluidez temas de literatura y se desenvolvía como pez en el agua en los asuntos económicos y políticos.

La Gorda, por su parte, venía de una lucha social arraigada en densos conocimientos históricos y materialistas. De sólida formación marxista-leninista, desafiaba las fábulas y las utopías, y mal podía oír con atención los cuentos de Pepana.

Mi deseo de creer enfrentaba la terquedad de mi racionalidad, pero Pepana me movía el piso.

“Eso es, Gorda —insistía con autoridad aquella mujer increíble—, como la electricidad, como la energía atómica”.

Y yo me quedaba mirándole la cara a ambas tratando de descifrar cualquier asombro que denotara, en cualquiera de ellas, la insólita relatividad de las cosas humanas o la extrañeza que proviene de las certezas que no tienen certezas.

Jamás he sabido armar totalmente este rompecabezas.

# LA HISTORIA MÁS O MENOS REAL DE DON GUILLERMO

## **Jamás he sabido armar totalmente este rompecabezas.**

Con Manuel Antonio Díaz Rodríguez, mi bisabuelo colombiano, entró al país por otro lado un escritor llamado José María Vargas Vila. Las palabras de Vargas Vila, cuando llegó al aeropuerto venezolano, sonaron como un trueno:

“En Venezuela nadie quiere ser conservador, aquí nadie quiere llamarse conservador”.

Y, en verdad, lo que sobraba en el país eran liberales. Los había de todos los colores y señales: amarillos, blancos, nacionalistas, radicales y pare usted de contar.

Ese era otro de mis rompecabezas. En él estaba metido don Guillermo, mi abuelo caraqueño, capitán del Ejército venezolano a quien unos llamaban doctor Díaz Saness y otros coronel Rodríguez (mi abuela fue beneficiaria de una pensión de sobrevivientes con ocasión de su ejercicio de militar efectivo y del grado y rango que tuvo).

De joven fue edecán del general Joaquín Crespo.

Amigo del general Juan Vicente Gómez (presidente de Venezuela desde 1908 hasta 1935), recibía y le enviaba

cartas y telegramas y, ¡vaya paradoja!, también era amigo de Emilio Arévalo Cedeño (jefe guerrillero y opositor de Gómez), telegrafista que el 19 de mayo de 1914, con 40 hombres, gritó en Cazorla: “¡Muera el tirano Gómez!”.

Arévalo fue presidente del estado Guárico en 1937 y un año antes, como diputado de este mismo estado, provocó un escándalo nacional al proponer que Venezuela se retirara de la Liga de Naciones. Se “carteaban” él y mi abuelo.

Perseguido por su adhesión a Joaquín Crespo, don Guillermo, el padrino de Pepana Escobar, fue acosado por la Revolución Restauradora, la que hizo cuanto pudo por capturarlo y detenerlo. Huyendo de Cipriano Castro remontó el Orinoco en un vapor que salió del puerto de La Guaira. Embarcado en ese vapor se dirigió hacia los llanos del Guárico. Lo hizo por la vía más larga. Dio una vuelta enorme. Entró por las bocas del Gran Río y lo remontó hasta la desembocadura del Manapire.

Tal como le ocurrió a su padre —sería el destino mismo, como dicen los llaneros—, zozobró. Su embarcación también se fue a pique y, avisado su medio hermano del naufragio, lo recogió y le dio abrigo en El Médano, la casa que habitaba con mi abuela María Isaías Rico.

Allí permaneció como si hubiera vivido siempre en ella y como si nunca hubiera estado en otra parte. Venezuela, como dice Ramón J. Velásquez, tiene una historia cíclica, que se reitera y se repite: los liberales persiguen a los liberales. Yo agregaría que a los godos no los persigue nadie. Los conservadores son eternos.

La película de la muerte de Crespo la tuvo siempre frente a sí como si todo acabara de suceder: serían las ocho de la mañana cuando la bala reventó en el pecho de Crespo.

Lo vio desmontar de su cabalgadura en la “Mata Carmelera” y prodigarse a la muerte imprudentemente. Don Guillermo siempre recordó al general Joaquín Crespo con su enorme sombrero de panamá, su manta blanca y el caballo peruano que siempre montó elegantemente.



## EL HÉROE DEL DEBER CUMPLIDO

**Don Guillermo siempre recordó al general Joaquín Crespo con su enorme sombrero de panamá, su manta blanca y el caballo peruano que siempre montó elegantemente.**

Joaquín Crespo, “El héroe del deber cumplido”, era como todos los venezolanos, liberal, y había asumido la presidencia de Venezuela el 27 de abril de 1884. A los 24 meses se la entregó a Guzmán Blanco. De allí aquello del “héroe del deber cumplido”.

A Guzmán lo sustituye Raimundo Andueza Palacios, a quien Crespo derrota con la Revolución Legalista. En 1893 el mismo Crespo le pone el ejecútase a una nueva Constitución y con ella gana las elecciones de 1894. Sobrio, abstemio, cojo de la pierna derecha, gobernó a Venezuela hasta 1898. Durante este período don Guillermo fue uno de los edecanes del presidente de la República.

El general Ignacio Andrade no pudo contener la Revolución Restauradora de Cipriano Castro. También esta Revolución fue liberal porque —como bien lo dijera Vargas Vila— en Venezuela nadie quiere ser conservador.

Lo cierto es que el 24 de octubre de 1899, la bandera nacional y la bandera amarilla de los liberales se confundieron en una sola, sobre el Salón Elíptico del Capitolio Venezolano, y el general Cipriano Castro declaró los nuevos protocolos: “Nuevos Hombres. Nuevos Ideales y Nuevos Procedimientos”.

Mi abuelo materno, Guillermo Díaz Saness Marrero, amigo de Ignacio Andrade, fue de inmediato perseguido y por eso su huida hacia los llanos. Buscaba las querencias y, de alguna manera, la solidaridad y la compañía de su medio hermano, don Manuel Rodríguez Torrealba.

La política continuaría siendo destino y misión de los Díaz y, un poco, de los Rodríguez. Es la política la que les quita los nombres y los apellidos, los confunde y los arroja a un mundo donde las persecuciones los cambian de lugares, les alteran las profesiones, les modifican los hábitos, y les trocan, les mudan y les mutan la vida entera.

“Los nuevos hombres, los nuevos ideales y los nuevos procedimientos” serían ahora los signos, y esas señales serán como las migas que Hansel y Gretel dejan en el camino para poder reconocerlo después.

## DON GUILLERMO, EL MÉDICO

**“Los nuevos hombres, los nuevos ideales y los nuevos procedimientos” serían ahora los signos, y esas señales serán como las migas que Hansel y Gretel dejan en el camino para poder reconocerlo después.**

Mi abuelo materno desaparece, así, del escenario político y militar de la Venezuela de finales del siglo XIX. Abandona la vida urbana y la carrera militar.

Don Guillermo, al igual que su hermano, ejerció también la medicina. Durante algún tiempo lo van a conocer como el hermano de don Manuel Rodríguez Torrealba y, en consecuencia, la gente lo llama don Guillermo Rodríguez.

Se le pierde el “Díaz”.

Don Guillermo preparaba, él mismo, sus medicamentos: medio cuarto de manteca de caimán y 5 cucharadas de manteca de iguana puestas a calentar durante media hora, a eso le agregaba un cuarto de aguardiente; luego los batía intensamente hasta que se unieran en un jarabe espeso; y una cucharada pequeña, todos los días después de la comida, paraba el asma crónica.

Para la sarna: 5 gramos de alcanfor y 6 gramos de azufre. Machacaba bien el alcanfor y le agregaba alcohol hasta que todo quedara como agua. Lo untaba con una pluma y desaparecía la sarna.

Para la tos, pisaba dos guásimos y les agregaba medio cuarto de baba del mismo fruto. Los pisaba hasta que todo quedara como si fuera una misma cosa; lo adelgazaba con agua y una cucharada grande, en la noche, antes de acostarse, terminaba con las secreciones que causaban la tos.

Hizo un suero antiofídico con las tripas limpias de las culebras, a las que agregaba la sangre del reptil. Colocado todo aquello en una vasija, las ponía a la candela y, al cuajarse la sangre, le agregaba tres gotas de yodo y lo batía. Era suficiente para contrarrestar el veneno de las culebras. Si la picada era de “coral”, la pócima variaba. Se tomaba la lengua de esta culebra y se picaba la cola del animal, “picadita picadita”; le agregaba una sustancia blanca que la coral tiene dentro del cuero; le añadía sangre de ella misma (6 gotas) y batía. Aquello bloqueaba el veneno mortal de la serpiente.

Don Guillermo llamaba este remedio “contra todo”.

Solo que don Guillermo, a diferencia de mi otro abuelo, investigaba la “psicología experimental”. Según sus contemporáneos, dedicó 14 años al estudio de “una onda” que pudiera curar algunas enfermedades que resisten los efectos de los medicamentos.

En ese sentido, elaboró un proyecto “de aparato” que, sin pilas y dirigido por un médico, desarrollaba una energía a través de “ondas” que el paciente debía oír por un auricular, para curarse las enfermedades “que se le quedaron estacionadas por falta de fe y por desanimación del médico”.

Él llamaba a esto: “terapéutica magnética”.

Para él, “... la confianza del paciente es un motor potente que ayuda a lo que él denominaba terapéutica magnética y que falla solo cuando el enfermo interrumpe sus ideales mentales”.



## DOÑA JUANA Y LA MUERTE DE MI ABUELO MATERNO

**Para ella la confianza del paciente es un motor potente que ayuda a lo que él denominaba terapéutica magnética y que falla solo cuando el enfermo interrumpe sus ideales mentales.**

Don Guillermo venía de haber abandonado a su primera esposa, Mercedes Quevedo.

Llegó a Santo Domingo, un caserío cercano al Orinoco, donde mi abuela materna, Juana Seijas, una india analfabeta, audaz, huesuda e inteligente, que nadaba contra la corriente y era capaz de ensartar una aguja mirando para otra parte; lo encuentra apoyado en un bastón que le había regalado Emilio Arévalo Cedeño.

Nacida en Guanipa, pequeño caserío, hija de Eugenio Seijas y de los Ortega, de Mata de Guasduas, mi abuela es la expresión genuina y auténtica de ese pueblo que, como decía Rómulo Gallegos, ama, sufre y espera.

La recuerdo “extractada” (perfumada) y con los zapatos que le crujían (zapatos nuevos).

La recuerdo trabajando y bailando. Es (no me sale hablar de ella sino llena de vida) el ser más alegre y entusiasta que

yo haya conocido. Tengo por ella una de las admiraciones más intensas que me haya producido ser alguno. Siempre quise encontrarme alguien así para compartir mi vida. Lo tenía todo. Todavía vieja, enteca y arrugada me parecía la mujer más linda del mundo.

Tendría yo ocho años cuando murió don Guillermo. Apenas recuerdo que mis padres me despertaron a media noche y me amarraron una cinta negra en el tobillo izquierdo. Papá y mamá se fueron a Valle de la Pascua en un camión, y mis hermanos, una prima y yo nos quedamos en una casa donde decían que de noche aparecían espantos. Amaneciendo, mi prima y mis hermanos vieron, cerca de la ventana del comedor, la cara de mi abuelo y el grito estremecedor retumbó como un trueno en el patio donde estaban las mandarinas. Todos nos recogimos en un solo nudo y no nos movimos hasta que el sol clareó sobre el patio que daba hacia la calle principal.



Mi abuelo, don Guillermo.

## UN HOMBRE EXTRAÑO Y CEREMONIOSO

**Todos nos recogimos en un solo nudo y no nos movimos hasta que el sol clareó sobre el patio que daba hacia la calle principal.**

No sé si mi abuelo materno llegó a tener conciencia de que era uno y otro al mismo tiempo.

Era, sin duda, un hombre extraño; respetado por una distancia ceremoniosa que la vestía con un sombrero blanco y un fino bastón hecho con astillas pulidas de cuerno de ganado. Hablaba francés, escribía música, tocaba por las tardes el violín y —decía la gente— era “doctor en ciencias ocultas”.

No era metafísica lo que él cultivaba. Así se lo explicó a algunos especialistas que lo visitaron. Se lo explicó al doctor Briceño Jiménez, autor de una fórmula medicinal que fue muy publicitada en la capital de la República con el nombre de “Agua Milagrosa”. El doctor Briceño, médico eminente de Caracas, tenía su consultorio de Tejar a Rosario.

Con él también se “carteaba” y entre ambos había una relación afectuosa, llena de respeto y admiración.

“No estoy hablando de metafísica”, le escribió a Briceño Jiménez en diciembre de 1945. Se lo decía a propósito de los agradecimientos que por escrito le expresó el médico de “las aguas milagrosas”, con ocasión de haber recibido unas plantas y unas “rosas de muerto” que mi abuelo le envió desde Valle de la Pascua.

Don Guillermo le insistió en varias correspondencias: “... hablo de magnetismo personal y de sugestión...”.

Por cierto que un año más tarde, el 13 de octubre de 1946, cuando leyó en *El Nacional* (diario de Caracas aún en circulación) la denuncia del doctor Alejandro Marcucci, eminente médico zuliano, contra un falso médico siquiatra de apellido Chalbeaud o Irurreta, fijó posición sobre el tema.

Dijo, en aquel tiempo, “que no formularía juicio exacto sobre lo que pasa en momentos de esclarecidas visiones”, pero que se atrevía a afirmar la posibilidad de diagnósticos “sin necesidad de ser médico”, para descubrir “enfermedades invisibles”.

“Puede haber —lo repitió muchas veces— un receptor humano que, cargado de ondas superfísicas, convierten en vidente a ese receptor”. “Son fuerzas de reconcentración o fenómenos síquicos que acompañados de la ayuda de un operador consciente pueden hacerlo médium”.

Pidió, para explicar sus investigaciones, una entrevista que nunca le dio el diario *El Nacional*. La solicitó formalmente para manifestar “la simpatía que siento por los fenómenos psicológicos, los cuales vengo estudiando desde hace tiempo, con voluntad de hierro”.

Don Guillermo no se contuvo y lo escribió más tarde:

“Creo firmemente que cuando está de por medio un sujeto susceptible de desdoblarse en radiactividad, se puede penetrar en el interior de los seres humanos”.



## TRANSPORTACIONES ESPIRITUALES Y CURAS MILAGROSAS

**“Creo firmemente que cuando está de por medio un sujeto susceptible de desdoblarse en radiactividad, se puede penetrar en el interior de los seres humanos”.**

Lo hizo constar Luis Adolfo Melo. El documento está autenticado bajo el número 13, folios 15 y 16, en registro del 29 de julio de 1939, por el Juzgado del Distrito Infante, en Valle de la Pascua, estado Guárico.

Dice así el documento:

“Yo, Luis Adolfo Melo, mayor de edad, farmacéutico y de este domicilio, declaro: Que en el mes de julio de 1932, estando en mi escritorio, leyendo una obra de Ciencias Ocultas que me había sido facilitada por el señor Guillermo Díaz Saness, de improviso vi de pie, junto a la mesa de la máquina de escribir, al propio señor Díaz Saness; al levantarme para saludarlo me di cuenta que había sido solo una visión de su figura, pues nadie más había en la pieza en que yo estaba. Así mismo, declaro que en un tiempo, alrededor de una hora, vino a mi casa el señor Díaz Saness, preguntándome por el fenómeno. También es de justicia consignar que, en diversas ocasiones, recibía mensajes mentales

transmitidos por el señor Díaz Saness desde su residencia de Jácome, los cuales yo anotaba cuidadosamente. De todo lo expuesto he hecho diversas referencias a diversas personas y, en mi deseo de su mayor difusión y a petición de parte interesada, expido la presente de cuya exactitud doy fe”.

El secretario general de gobierno del estado Guárico, en fecha 27 de noviembre de 1941, se dirigió al poeta Pedro Sotillo, director del diario *El Universal* (diario de circulación nacional), para que recibiera al señor Guillermo Díaz Saness “... quien desea hablarle sobre estudios e investigaciones efectuadas por él”. Al igual que Adolfo Melo, con fecha 13 de julio de 1937, la señora Juana de Hernández dio testimonio de curaciones efectuadas por Guillermo Díaz Saness.

“Usted hizo uso de la ciencia de curar sin remedio, pero de todos modos me encuentro agradecida y ago (*sic*) especial mención de tan rarísima curación que no había podido conseguir en tanto tiempo de mi enfermedad”.

Asimismo, se expresó Carmen Morales, quien hizo público “lo útil del diagnóstico que me dio el Dr. en Ciencias Ocultas, Guillermo Díaz Saness, después del reconocimiento que hizo en Valle de la Pascua a mi querido Omar (hijo de Carmen Morales) de un huesito en el bronquio izquierdo. Excelente y preciso diagnóstico que tubo (*sic*) todo mi aprecio y me hizo mover a la Capital (*sic*) de la República en donde encontré los recursos de la ciencia médica. Debo decir que el Dr. Díaz Saness nada me cobró por sus servicios. Fechó su declaración el 31 de octubre 1941 en Valle de la Pascua”.

María Teresa Hernández se tomó una fotografía de cuerpo entero y escribió detrás de ella, el 15 de febrero de 1946, lo siguiente:

... tiempo hace que quería hacer pública la extracción de un cáncer en la bóveda palatina por el profesor en ciencias psicológicas, señor Guillermo Díaz Saness. pero él no había querido. Hoy que está recogiendo algunas curaciones lo hago con mucho gusto. Lo más raro que encontraron quienes presenciaron la curación fue que como anestésico usara, únicamente, la poderosa fuerza positiva de su magnetismo personal.

Mi sorpresa, al verificar la existencia de estos documentos, fue encontrar una certificación del médico que atendió a mi madre cuando me dio a luz. El 6 de noviembre certifica en Valle de la Pascua el doctor Ochoa, famoso médico cirujano de la región:

He practicado en la señora Pepita de Matos una intervención quirúrgica (curaje y curetaje uterino) bajo anestesia por sugestión dirigida por el señor Guillermo Díaz Saness.

No solo para quienes lo certificaron era don Guillermo un personaje singular. Para muchos otros era alguien que, sin lugar a dudas, se transportaba mental y espiritualmente. Algunos afirman que vieron muchas veces su duplicado exacto, muy lejos del sitio donde originalmente se encontraba.

Cultivó el hipnotismo e hizo prácticas para que las parturientas dieran a luz sin dolor y sin riesgos. Era una especie de “fetch” escocés, solo que a diferencia de aquel no propiciaba ritos de muerte, sino ceremonias de vida. Se desdoblaba y aparecía vestido siempre de blanco.

No era don Guillermo, como en los poemas de Yeats, ni el anverso, ni el contrario, ni lo opuesto, sino el otro yo, taciturno y sereno, sosegado y sabio, siempre blindado contra el dolor.



Entierro de don Guillermo. “El abuelo era muy apreciado, cultivó el hipnotismo y se transportaba mental y espiritualmente”.

## EL IMAGINARIO POPULAR Y DON GUILLERMO

**No era don Guillermo, como en los poemas de Yeats, ni el anverso, ni el contrario, ni lo opuesto, sino el otro yo, taciturno y sereno, sosegado y sabio, siempre blindado contra el dolor.**

Pobladas enteras intentaron varias veces, cuando creció la ciudad, paralizar el traslado de sus restos a otro cementerio.

Estaba enterrado en el cementerio viejo de Valle de la Pascua y el progreso acaba con todo.

La gente lloraba y gritaba. Protestaban y se oponían con decisión a la municipalidad. Solicitaban con agresividad religiosa el respeto a los milagros de don Guillermo, a sus ofrendas y a la integridad de su capilla.

En ella había velos de novia, retratos, uniformes militares, cadenas, collares, sortijas, títulos de grado, agradecimientos por enfermedades curadas, placas de bronce, de madera y mármol donde se hacían esas afirmaciones. Había también unas miniaturas de oro y plata con forma de perros, vacas, gatos y caballos con leyendas que aludían la curación, la recuperación o la devolución de estos animales.

Don Guillermo, ya hoy no tengo dudas, tuvo un “yo” individual absolutamente independiente de su cuerpo físico.

Como dice Samkara, el budista: “... vivió un nivel elevado de verdades trascendentes donde el mundo deja de ser real...”. Compartió las dos dimensiones de lo físico: la estrecha de las persecuciones, y esa otra que está llena de vislumbres.

Como el bisabuelo, Manuel Antonio Díaz Rodríguez, don Guillermo también cambió de nombre. O mejor dicho, de apellido. Durante varios años fue don Guillermo Rodríguez, el hermano de Manuel Rodríguez Torrealba, y no Guillermo Díaz Saness, como en realidad era su nombre.

Rescató el apellido original a través de una acción judicial de partición que interpuso en un tribunal de Caracas. Cuando salió la sentencia, él mismo, con un martillo y unas tachuelas, colocó uno a uno el aviso que había pagado en los diarios de Caracas como remitido, en cada uno de los árboles que encontró entre Valle de la Pascua, Chaguaramas y Las Mercedes del Llano, para que en todos los campos y en los pueblos cercanos supieran que su nombre correcto era don Guillermo Díaz Saness y no don Guillermo Rodríguez, como se le conocía hasta entonces.

Reconquistaba, de esa manera, el apellido de su padre que, posiblemente, estaba aún metido en las barrancas del Manapire o en los arenales de Santa Rita, o en las “carameras” espumosas del río.



La abuela Juana Seijas.



## VIENTOS DE DICTADURA

**Estaba aún metido en las barrancas del Manapire o en los arenales de Santa Rita, o en las “carameras” espumosas del Orinoco.**

Mi tío era profesor y gremialista. Viajaba con frecuencia a la casa de mis padres. Cuando sentía que había peligros se trasladaba de Caracas a mi casa y allí permanecía escondido por un tiempo. Lo perseguía, a ratos, la policía de Pérez Jiménez.

Tendría yo trece o catorce años y aún no estaba bien enterado de lo que estaba ocurriendo en el país. Los amigos de mi padre pasaban por delante de nosotros y se ocultaban en los topochales o detrás de las cañas o más allá del monte. Algunos cruzaban el río hacia los cerros.

El afecto sin matices políticos de mi padre les ofrecía una migaja de seguridad. Les entregaba una solidaridad sin medida, transparente, clara y absolutamente incondicional. Era como si les dijera “con ustedes yo estoy en las malas y en las buenas”.

En las acciones de mi padre no había otra cosa que un afecto sin límites, sin cálculo y sin partido. Por eso nunca

podimos explicarnos aquellas aprensiones y aquellos temores de quienes tocaban a media noche y en la madrugada las puertas de mi casa.

Fue algún tiempo después cuando los muchachos nos enteramos cómo la dictadura y su maquinaria policial perseguían a muerte a quienes solo podía imputárseles tener otras ideas. Redadas, interrogatorios, allanamientos, asesinatos, exilios y desaparecidos se nos fueron develando paulatinamente.

Hubo un hecho, sin embargo, que nos dio la primera señal de lo que verdaderamente estaba pasando.

A papá lo pusieron preso. Lo detuvieron porque había disparado contra unos murciélagos que salían en bandadas de una mata enorme que había frente a la casa. Con una vieja escopeta de cacería, de esas que se cargan con cartuchos y perdigones, mi padre mató una centenada de murciélagos que anidaban en una mata inmensa que daba hacia la calle.

Eso bastó para que la policía política llegara en la mañana de un domingo a buscar a papá para llevárselo detenido.

“¡Vístase! —le dijeron— ¡Se va con nosotros!”.

Siete funcionarios de civil se lo llevaron. Estuvo treinta días retenido y cuando lo dejaron en libertad mi madre nos dijo que la detención no había sido por los murciélagos, ni por la escopeta, sino por las personas que se refugiaban y se escondían en nuestra casa. Ese acontecimiento fue suficiente para hacernos saber que las cosas estaban mal, muy mal.

Hubo otro hecho más que nos confirmó lo peligroso de la situación.

En la casa había un clóset y, arriba de este, un maletero. Una vez subí hasta el maletero y encontré allí un libro grande y pesado, lo recuerdo, enorme como una guía de teléfonos

y allí entre fotos en blanco y negro y letras grandes se contaba cómo habían matado a Carlos Delgado Chalbaud y cómo Rafael Simón Urbina, el asesino de Delgado Chalbaud, horas después de haberlo asesinado, había sido también ultimado a balazos.

No tengo, hoy, la certeza de que ese fuera *El libro negro* que comenzó a circular contra la dictadura el 4 de octubre de 1952.

En el libro, que estaba en la casa de mis padres, estaban recogidas las acusaciones contra el régimen dictatorial de Marcos Pérez Jiménez y se denunciaba el terror de aquella época.

Lo leí mucho después en una edición que no se parece en nada a la que vi y leí en el maletero.

Desarrollé, desde entonces, una cultura para la denuncia, para la protesta y la inconformidad. He vivido, desde aquellos momentos, a pesar de lo que dicen mis detractores, en guardia permanente contra los atropellos, el abuso de poder, los ultrajes, la opresión y la arbitrariedad. Esa detención injusta de mi padre y el libro que había visto en el maletero me mostraron con anticipación el camino por donde habría de transitar después mi vida pública.



## ¡...CAYÓ PÉREZ JIMÉNEZ!

**Esa detención injusta de mi padre y el libro que había visto en el maletero me mostraron con anticipación el camino por donde habría de transitar después mi vida pública.**

A los pocos meses de la detención de mi padre entré al liceo, en San Juan de los Morros, y por esos mismos días cayó la dictadura. Mis compañeros de clase me escogieron para hablar el 23 de enero de 1958 en la plaza Bolívar del pueblo. Estuve casi una semana aprendiéndome de memoria un discurso como de quince minutos. Lo recité tal y como lo había escrito. Pareció improvisado y me felicitaron.

Estas circunstancias, aquel tío, los amigos de mi padre y su prisión, intuyo hoy, me hicieron asomarme a la política.

Vino desde entonces un lento y escabroso proceso de autoformación que me llevó a estudiar con responsabilidad y dedicación las diferencias entre la socialdemocracia y el socialcristianismo. A distinguir uno y otro del Partido Comunista y del anarquismo, del espíritu libertario, de la libertad absoluta que después le oí expresar, con discursos incendiarios, a Salom Meza Espinoza. Confieso que en algún

momento me llamaron poderosamente la atención Proudhon y Bakunin.

Declaro que aún hoy soy un ferviente admirador de la Comuna de París. En 1871 el Ejército prusiano entró a París y la ocupó militarmente. Los parisienses crearon entonces un gobierno de tendencia extrema que llamaron “La Comuna” y se declararon libres de toda autoridad gubernamental. Con gran derramamiento de sangre los sometieron. Me conmueve todo esto y siento rabia y admiración al mismo tiempo cada vez que evoco o releo ese pasaje heroico de los parisinos.

En esos años ya había comenzado a formar parte del partido Acción Democrática. De allí venía mi tío y de allí eran todos quienes pasaron frente a mí y a mis hermanos y se escondieron en las cañas, en los topochales y detrás de los cerros. Desde ese tiempo estoy discerniendo ideas y construyendo siempre un arquetipo para luchar por la justicia social.

En esa época todo lo viví con vehemencia, incluida la ruptura traumática con el partido donde me había inscrito. Leonardo Ruiz Pineda y Andrés Eloy Blanco me habían llevado allí. Mi hijo mayor se llama, con ocasión a ellos, Leonardo Andrés.

Sería la poesía la que me colocó en esa organización, porque todavía recuerdo, entre otras cosas, que me la pasaba recitando una estrofa de Andrés Eloy Blanco de su poema “Coloquio bajo la palma”:

Lo que hay que hacer es dar más  
sin decir lo que se ha dado.

Lo que hay que dar es un modo  
de no tener demasiado.

Y un modo de que otros tengan  
su modo de tener algo...

Rompí con Acción Democrática al percatarme de que sus estructuras gestaban niveles de conciencia distintos a los que yo me había imaginado. Su movimiento obrero, por ejemplo, lleno de gente buena durante un tiempo, combativo y peleador, se fue degradando y pervertido y subestimado se entregó sin capacidad decisoria en los brazos de eso que Duverger llama en los partidos “oligarquías de hierro”.

Esta nueva concepción de la vida y de la política me llevó al convencimiento de que el papel fundamental de un dirigente es educar a las masas y clarificarles su misión histórica. Explicarles los obstáculos que siempre encontrarán en el camino. Alertarlas sin descanso para que un día estén totalmente dispuestas a lograr con firmeza sus objetivos.

La nueva formación me llevó a concluir que a las masas hay que darles una teoría revolucionaria porque, sin ella, no hay proceso revolucionario. Estos nuevos propósitos me hicieron entender que, además, estaba en la obligación de realizar un estudio científico de la sociedad donde vivía y, en consecuencia, analizar con certidumbre las realidades políticas, económicas y sociales de mi país. Ello era indispensable para poder llevar a cabo la construcción de una sociedad de iguales y verdaderamente justa.

A partir de entonces estudié con pasión la historia y, especialmente, la historia de las luchas sociales en el mundo y en especial de Venezuela. Me informé sobre la situación concreta de las fuerzas que integraban nuestra sociedad en cada tiempo histórico y llegué a tener plena conciencia de que el ideal más elevado de nada sirve si no se funde, íntimamente, con los intereses y con los problemas que las masas enfrentan diariamente.

Fue ello lo que me llevó a comprender que no se puede pretender movilizar al pueblo sin oír y tener el eco real que viene desde él mismo. Que no se trata de seguir a un jefe ni de conducir un rebaño. Que debía, a través de todas las formas, evitar que las clases dominantes, con intrigas y maniobras, introdujeran elementos de desconfianza en estas masas. Que, a toda costa, había que impedirle a la oligarquía confundir al pueblo y hacerle tener como ilusorias o utópicas las metas que se había propuesto conquistar.

Entendí que nada de ello se podía lograr sin enfrentar el paternalismo y el caudillismo (conducción personal y ausencia de decisiones colectivas); el aislacionismo y el burocratismo —desviación de la relación entre masas y dirigentes y perversión en las formas y estilos de trabajo— y el sectarismo —defender en forma ciega la secta a la cual se pertenece.

Comprendí que son absolutamente normales las opiniones diferentes en el seno del pueblo y que la confrontación de esas opiniones no solo son inevitables, sino necesarias y hasta útiles para la construcción de un verdadero pensamiento colectivo.

Auspicié el debate y promoví la discusión crítica. Ello me fue madurando políticamente y me obligó a revisar todos mis puntos de vista; me enseñó a expresarlos y a fundamentar cada una de las posiciones que pretendí hacer valer.

De esta manera, a través de la discusión, me fui dando cuenta de cómo se podían resolver las contradicciones y de cómo podía elevarse la conciencia colectiva y unitaria del pueblo.

El afán de entender al otro me ganó y aprendí que solo así se consigue la unidad de clase. Comprendí, igualmente,

que no combatir cuando hay posibilidades de vencer es oportunismo y que, por el contrario, combatir obstinadamente cuando no hay posibilidades de vencer, es aventurerismo.

Logré precisar la necesidad de dar la batalla en el terreno electoral y dentro de los marcos de la legalidad burguesa, así como identificar con precisión al verdadero enemigo principal.

Asumí que la lucha social se trata de una guerra dentro de la cual hay que dar diferentes combates para crear las condiciones de avance hacia una sociedad verdaderamente justa y, además, que esa es la única forma de captar a los sectores vacilantes, indecisos y despolitizados; así como la única forma de darle arraigo a quienes conscientemente nos acompañan en los objetivos estratégicos y de largo plazo del combate social.

Entendí que aquella batalla no tenía tregua y debía librarse de manera continua y permanente, para evitar la penetración de nuestras ideas por el enemigo. Comprendí, asimismo, que la lucha debe ser por el poder político, sin reemplazar a las masas y recogiendo siempre las ideas justas para elaborar con ellas todas las líneas de acción.



## CARACAS Y LA UNIVERSIDAD

**Comprendí, asimismo, que la lucha debe ser por el poder político, sin reemplazar a las masas y recogiendo siempre las ideas justas para elaborar con ellas todas las líneas de acción.**

Así, con esa armadura nueva de caballero andante, "... para defender a las doncellas, amparar a las viudas, socorrer a los menesterosos y a los huérfanos...", debió haberme visto mi padre, porque cuando llegó el tiempo de irme a la Universidad oí que le dijo a mi madre:

—“Luisa, nos vamos a Caracas, porque si no nos vamos a Isaías lo van a matar en una calle”.

Recuerdo que mi madre lo reconvino:

—“Ajá, y de qué vamos a vivir allá, tú lo único que sabes es sembrar conucos y arrear ganado”.

Él le contestó:

—“Luisa, me iré a contar cuentos en la plaza Bolívar, cobraré dos bolívares por cada cuento y de eso viviremos”.

En toda sociedad, como dice Octavio Paz, funciona un sistema de autorizaciones y prohibiciones: “Lo que se puede hacer y lo que no se puede hacer, lo que se puede decir

y lo que no se puede decir”. Las prohibiciones implícitas son las más poderosas y son, precisamente, aquellas que “por sabidas se callan”.

A estas prohibiciones obedecía automáticamente mi madre. Mi padre las enfrentaba con su desplante de llanero contrapunteador.

Confrontó la lógica común y convencional de mamá, llena de implícitas prohibiciones y de reflexiones reiteradamente oídas. Con su audacia de aventurero, transgredió y agredió todas las razones y toda la aparente racionalidad de aquella humilde costurera que apenas tenía un certificado de modista.

Nos fuimos todos a vivir a Caracas. Allí estudié el último año de la secundaria y, finalmente, concluí los estudios de Derecho en la Universidad Central de Venezuela. Mi padre había acertado en sus conjeturas. Es precisamente en la Universidad donde se produce mi ruptura con Acción Democrática.

Concluyendo la carrera de abogado, me identifiqué plenamente con una nueva opción popular que, desde adentro, nació en las bases del partido donde militaba. Las masas y el pueblo todo de la organización fue convocada para elegir el candidato a la Presidencia de la República y Luis Beltrán Prieto Figueroa, mi viejo y querido maestro, disputó a Gonzalo Barrios la decisión en las bases mismas del movimiento popular.

El partido fue a una escogencia directa desde abajo y con un inmenso fraude, apoyado sin ninguna discreción por Rómulo Betancourt, se desconoció el triunfo del líder margariteño.

Noble y consecuente, el viejo dirigente popular hizo todo cuanto pudo por rescatar a su partido de los comerciantes, de los mercenarios y de los usurpadores de la representación popular. Envenenada y degradada por el cálculo y la ambición, la organización política ya estaba corrompida y nada había que hacer.

Las trampas y el pillaje frustraron la victoria aplastante del maestro Prieto. El signo inequívoco de todas las decadencias —lo supe siempre— es la pérdida del proyecto inicial; y la clase dirigente de aquel partido estaba consciente no solo de eso, sino, además, de que todo se le había salido de las manos.

Esa dirección política estaba segura de no tener ya ninguna otra propuesta más para el país y, por si fuera poco, consciente también de haber perdido la capacidad de concebir otra. Se les moría la única propuesta que tenían y no estaban preparados ni para reformularla ni para sustituirla.

Fue así como, al final, hice tienda aparte con el Movimiento Electoral del Pueblo.



## LA NUEVA MILITANCIA

### **Fue así como hice tienda aparte con el Movimiento Electoral del Pueblo.**

Como expresa Margarita Yourcenar en sus *Memoorias de Adriano*, las lecturas me enseñaron a escuchar la voz humana. Acentué, a partir de entonces, mi formación política y cultural; conocí de cerca algunos de los más prominentes dirigentes políticos del mundo y de Venezuela.

Interactué con ellos en Austria, Alemania, España, Cuba, Costa Rica, Nicaragua, México, Argentina, Perú y, por supuesto, Venezuela.

Conocí personalmente a Willy Brandt, a Olof Palme, a Bruno Kreisky, a Michael Manley, a Felipe González, al general Juan Velasco Alvarado, a Fidel Castro, a Juan Bosch, a mi gran maestro Luis Beltrán Prieto Figueroa, a Raúl Leoni, a Rómulo Betancourt, a Mário Soares, a José Francisco Peña Gómez y a Pepe Figueres.

Como en los cuentos infantiles, fui dejando, deliberadamente, migas para marcar la ruta.

Me imaginaba la vida como un inmenso territorio infinito y sin tiempo.

Una obstinación maniaca intentaba darle forma a mi nueva militancia política. Con obsesión solicitaba y asignaba tareas; pedía a los dirigentes definiciones y compromisos; requería, en cuanta reunión se presentaba, todos los debates puntuales y estratégicos que fuesen necesarios.

Me desesperaba no tener líneas de acción concretas. Pretendía forzar las realidades para que la nueva organización alcanzara la madurez de un día para otro. Sentía que era necesario avanzar para que los malentendidos sociales no hicieran fracasar los nuevos vínculos. Conservaba una dosis de fe que por nada quería que se frustrara. Hacía esfuerzos para que todo cuanto se asimilara a una derrota se agotara en sí misma, se desprendiera y, madura, se cayera por su propio peso.

A pesar de todo eso me fui quedando vacío y una soledad, a la que ya no le quedaban recuerdos, ni siquiera tenía audacia para atreverse a construirlos. En algún momento me sentí como un museo a quien todo el mundo ha abandonado y el olvido indolente lo ha enterrado en arena como las tumbas egipcias.

Un proceso de saltos y caídas se empeñaba en devorarme interiormente.

Desbordados, hacia adentro, los estallidos, convertidos en contradicciones y angustias, me llegaron y me colmaron en el año 1981. Renuncié al Movimiento Electoral del Pueblo. Le dije adiós a Prieto y me quedé independiente, o mejor dicho, sin partido, porque ya nunca más volvería a ser neutral.

Con mi esqueleto de pequeño burgués colgado en el escarparte, mis compromisos con las masas y, especialmente, con

los sectores excluidos del país, no tendrían ya vuelta atrás ni regresos de ninguna especie.



## LA MUERTE DE MI PADRE

**Mis compromisos con las masas y, especialmente, con los sectores excluidos del país, no tendrían ya vuelta atrás ni regresos de ninguna especie.**

Me dispuse, como Neruda, a buscar una nueva residencia en la tierra. Casi agnóstico, me propuse discutir conmigo mismo mis propias depresiones. Las creencias —como diría alguna vez Ortega y Gasset— me ayudaron a entrar y a salir del laberinto de los partidos, para entrar al activismo en la propia sociedad civil. Me incorporé al trabajo popular en los barrios y a la actividad sindical y logré sobrevivir.

Comenzaba a decir, como Rubén Darío, “guárdame lo que tú puedas del olvido”, y hasta logré percibir que la propia desgracia se había enterado que de nada servirían sus acosos, cuando, sin esperarlo, se me murió mi padre.

Toqué fondo con esa muerte.

Me pasó igual que a Kafka. Él, tal como me ocurrió a mí, durante mucho tiempo postergó la relación con su padre. Kafka lo hizo a conciencia. Un mecanismo de eterna postergación le sirvió para ello.

Yo, paradójicamente, sin darme cuenta, traté de acercarme a mi padre alejándome de él cada vez más. Su dimensión exacta empecé a percibirla en los siete u ocho años inmediatamente anteriores a su muerte. ¡Me perdí de conocer a un ser humano extraordinario! ¡Me perdí su vida legendaria vuelta mitos! ¡Cómo hubiera querido aprender de su vida que, sin duda, tenía muchas otras vidas más! ¡Dejé pasar la ocasión de capturar su audacia! ¡De tenerlo cerca de mí, guardado adentro, y poder encender con su sabiduría la magia! ¡Desaproveché cargarlo como una vela inmensa que me alumbrara siempre! ¡No me explico cómo pude dejar de ver aquella montaña humana que me hablaba sin que, absurda e inexplicablemente, durante treinta años o más, jamás lo hubiera notado! Un infarto fulminante le cortó bruscamente el aliento. Agarrado de una puerta, gritó antes de caer. Mi hermana, como pudo, lo metió en un taxi, pero murió en sus brazos. Antes de llegar al hospital ya estaba muerto. Mi hermana es médica veterinaria y con desespero usó el desfibrilador, pero ya no había nada por hacer.

¡El viejo se había ido!

La pena, como un perro, me ladró en las entrañas. Un dolor nuevo que estuvo vivo en mí por mucho tiempo me entregó sus silencios. Mi padre se había ido sin poder conversarle. Decidí, entonces, escribirle una carta.

Pasó el tiempo y un día terminé la misiva. La coloqué en el prólogo de una de mis obras jurídicas. Un libro de derecho procesal que mis alumnos me celebraban siempre y que, en todos los postgrados de derecho laboral, fue texto de consulta.

En esa carta le comenté su muerte y le expliqué cómo, desde entonces, había querido comunicarme con él para

contarle algunas cosas que jamás le dije en vida y que su muerte las convirtió en angustia.

Decirle, por ejemplo, cómo se volvió de pequeña la ciudad el día que lo enterramos y de cómo no encontré el agua necesaria para calmar la sed que me abrasaba. De cómo el día de su muerte pasó y se fue sin tiempo y de cómo se apoderó de mí una soledad totalmente distinta a todas cuantas había sentido anteriormente.

Fue así como pude, al fin, entender a aquella periodista que, ante la bala que le destrozó los ojos y parte de la cara a su entrevistado, se negaba como loca a aceptar lo que había ocurrido. Ella —al igual que yo— no estaba preparada para sentir la muerte tan de cerca.

Hasta este momento había creído que todas las cosas podían solucionarse y descubrí, entonces, que hay algunas que no tienen remedio y, sin embargo, es absolutamente necesario seguir viviendo y convivir con ellas. Cada día que pasa me convenzo más de que mi padre huía de sí mismo. Que su razón de ser era la aventura y que la contingencia y el peligro lo apasionaban. Que la probabilidad de ganar o de perder lo enganchaba con una pasión sabrosa y estimulante que disfrutaba hasta la saciedad. Nunca le dije que de él lo que más quise fue su audacia de jugador empedernido.

Recuerdo que una vez me dijo: “Quiero que seas abogado”.

Y empezó a explicarlo: “... esa, hijo, es la única profesión que se basta a sí misma. Todas las demás necesitan de otra persona, de otro individuo, de gente al lado que los ayude, que coopere con ellos, pero el derecho, hijo, es otra cosa; el derecho no necesita de más nadie.

“¡Esa, hijo, es la única profesión que se basta a sí misma!”.

¡Qué equivocado estaba! ¡Y qué dolor sentía ahora al no poder expresárselo! Lo postergué demasiado tiempo y por eso su muerte me llevó a tocar fondo.



El viejo se había ido...

## EL DRAMA DE UN PAÍS

**Lo postergué demasiado tiempo y por eso su muerte me llevó a tocar fondo.**

El drama de cualquier país no es únicamente la lucha de fuerzas impersonales para definir un proceso. Es mucho más que eso; es el drama que individualmente vive cada uno de nosotros dentro y fuera de ese proceso. Es inmensa la necesidad de comunicar este drama y, desafortunadamente, a veces no tenemos a mano la fuerza de un poeta como César Vallejo para violentar las palabras y, por la fuerza, hacerles decir una cosa nueva y desacostumbrada. En algunos casos con un sentido distinto. Algo asombrosa y totalmente diferente a lo que ellas, cotidiana y comúnmente, intentan expresar.

En mí se alternaban, casi contrapunteando, la muerte de mi padre y la desesperanza ante un país deshecho, al que lentamente mataban los mismos intereses de casta que conspiraron contra el Libertador.

Viví, durante aquellos momentos, un estado interior espantoso, horrible, que me oprimía materialmente la carne y el espíritu y que, a cuentagotas, me extinguía como si la

vida fuera un hilo del cual alguien tiraba lentamente desde afuera. Yo sentía que aquel hilo alguien me lo sacaba por los pies. Sin fuerzas, me había envuelto en una crisis existencial agresiva y peligrosa, que ni siquiera contaba con la ayuda de aquel universo de “objetos eternos” que salvó del suicidio a Ernesto Sábato.

Me desagraba el combate áspero de mis ideales contra una realidad que no sabía ni cómo definirla, ni tampoco cómo identificarla. Los estados de ansiedad me abrían la tierra con hondos precipicios desesperados. Un deseo inagotable de encontrar algo de dónde aferrarme me hacía leer con agitación, todos los días, diarios y más diarios para buscar en ellos migas de información que me devolvieran la fe y la esperanza en mi país, en su gente, en su pueblo y en mí mismo. Lo grave de esa ansiedad no era la lectura enfermiza de los diarios, sino querer, sin lógica de ninguna especie que, concluidas las lecturas diarias, desaparecieran de inmediato los periódicos de ese día, el tiempo vivido y hasta yo mismo, para que otra vez anocheciera y otra vez amaneciera, y como un loco levantarme de nuevo a buscar obsesivamente esa ñinga de fe y de esperanza que jamás logré hallar en todos esos días, esos meses y esos años.

Era la desesperación latente de aferrarme a aquello que Garcilaso llamaba “el sueño que miente y se disipa”, traducido por mi ansiedad en una acción de masas, que —al igual que yo lo hice con mi padre— el pueblo postergaba indefinidamente por falta de liderazgo o por impotencia, o por no sé qué diablos.

Solo me faltaba declarar expresamente, a los cuatro vientos y con un grito primal ensordecedor, mi resignación definitiva ante la realidad que me aplastaba, cuando de pronto alcancé a mirar aquella poblada milagrosa que se bajó del cerro, detuvo el camión de alimentos y lo saqueó.

## EL 27 DE FEBRERO DE 1989

**Solo me faltaba declarar expresamente, a los cuatro vientos y con un grito primal ensordecedor, mi resignación definitiva ante la realidad que me aplastaba, cuando de pronto alcancé a mirar aquella poblada milagrosa que se bajó del cerro, detuvo al camión de alimentos y lo saqueó.**

Eran las ocho de la mañana y estaba a pocos minutos de Caracas. Todo había ocurrido delante de mí, delante de mi vehículo, frente a mis propios ojos, en la propia autopista que comunica al centro con la capital, exactamente en el mismo canal de circulación por el cual transitaba.

Me dirigía a los tribunales a presentar un escrito de apelación contra una causa sentenciada sin justicia. Representaba a un grupo de trabajadores que litigaban contra una transnacional que compraba funcionarios, ministros, jueces y diputados con la misma solícita sencillez con que una ama de casa lo hace en los supermercados.

Era el 27 de febrero de 1989 y la radio no hacía más que informar sobre los enfrentamientos entre los conductores

de la ruta Caracas-Guarenas-Guatire y los usuarios de esos medios de transporte colectivo en esas zonas.

Los propietarios de los autobuses y de las camionetas para el transporte de pasajeros decidieron aumentar arbitrariamente las tarifas y, de repente, Caracas se convirtió en un infierno.

A través de las llamas, por encima de los vidrios rotos de los almacenes, saltando barricadas de vehículos destrozados; desandando las calles llenas de escombros, tambores, piedras, tablas, botellas y cauchos ardiendo; hombres y mujeres de todas las edades, niños y adolescentes, cargaban en sus hombros carne de res, piernas de cerdos, electrodomésticos, sacos de harina, bolsas de café, cajas de cerveza y mercancía de toda naturaleza hacia sus barrios.

El desconcierto se había apoderado de los centros comerciales. Bullía el pueblo tomando por la fuerza lo que le habían negado los viejos y los nuevos ricos, así como la democracia de papel con la que habían elegido a estos mandatarios.

Todo cuanto sintió por dentro tanta gente excluida y marginada durante tantos años; todo cuanto habían aguantado en décadas y décadas apareció de pronto sin líder alguno que los guiara.

La rabia y el resentimiento ante tamaña injusticia y ante ese olvido social inexcusable hizo de las suyas en la ciudad, como si en verdad se tratara de un auténtico juicio final. Era la respuesta colectiva ante los atropellos y las ofensas a la dignidad de un pueblo al que nunca se le trató de tomar en cuenta ni se le dio una oportunidad, y al que solo se le convidaba pasiva y engañosamente a sufragar.

Nadie quería creerlo porque, hacía apenas unos días antes, todas las agencias internacionales habían hablado de Venezuela como el centro de la democracia mundial.

Había llegado para las masas el día de ajustar cuentas. Esta vez expresado con furia y con una acción postergada durante años que, sin dirigentes y sin partidos, estallaba violentamente contra esa otra “violencia silenciosa” que los había humillado, vejado y ofendido sin darles oportunidad, ni sosiego, ni paz, ni ocasión para que se les hiciera saber que también ellos existían.

Solo que —como dice el pueblo— poco dura la dicha en la casa del pobre. A punta de cañones, tanquetas, ametralladoras y medidas de emergencia retornó la calma.

Ese mismo 27 en la noche el ministro del Interior anunció las primeras medidas de emergencia. El ministro se desmayó al anunciar el pronunciamiento. Todos se dieron cuenta de cómo el miedo y el terror había cundido en las altas esferas gubernamentales. El alto funcionario cayó como muerto frente a las pantallas de todos los canales de televisión del país.

El Gobierno había encadenado la radio y los medios audiovisuales, que mostraron el desplome sin haber previsto que pudiera ocurrir un hecho de aquella magnitud. Lo dejaron pasar y pasó.

Después vino el toque de queda, la ley seca y las informaciones de que la morgue estaba repleta de cadáveres. Las garantías habían sido suspendidas y no se podía transitar libremente por ninguna parte. Tampoco se podía manifestar, ni mucho menos informar lo que estaba sucediendo en el país. De nada valió que los periodistas denunciaran que a la verdad no se le podía dar carácter subversivo. Igual la libertad de expresión se mantuvo constreñida y restringida. Desapareció el derecho a la inviolabilidad del hogar, al debido proceso, a la integridad personal, a la vida, a la dignidad y al decoro. Desapareció el Estado de derecho.

Las medidas de excepción y el Estado de sitio paralizaron el país para “preservar el sistema” y “buscar el orden”. El mismo orden que el 2 de febrero acompañó “la coronación” de Carlos Andrés Pérez como presidente de la República.

Ese día la recepción fue de gala. Regresaba “La Gran Venezuela”. Una gruesa alfombra rojo sangre se tendió para las personalidades que descendían las escaleras del puente que une al Hilton con el teatro Teresa Carreño. Un aire especial de circunstancia vivía el grupo de privilegiados que habían sido invitados, nada más y nada menos, que a la toma de posesión del presidente de la República de Venezuela.

La avidez y la ambición dejaron de conocer los límites. Un empresario agudo comparó aquella toma de posesión con el 18 brumario de Napoleón Bonaparte y algunos comentaron que se había quedado corto. En cada balcón del lujoso teatro Teresa Carreño la oligarquía mostraba sus vestidos de firma y sus trajes oscuros relucientes, recién comprados tal vez. Con la más abyecta solemnidad hacía gala de sus más refinados gestos de adulancia. Ese era el orden que quería el presidente y su corte babosa y zalamera.

Las medidas anunciadas diez días antes provocaron, sin que ningún analista lo anunciara, ni ningún político lo percibiera, el estallido popular más importante de Venezuela en sus últimos años, y como un corrientazo recorrió todo el mundo con un nombre que metía miedo: El Caracazo.

Ese día el presidente dio a conocer la eliminación de los subsidios a los alimentos, autorizó el aumento de las tarifas telefónicas, de las tarifas de la electricidad y del aseo urbano. Pero solo fue cuando informó el aumento de la gasolina que las gotas derramaron el vaso.

De nada sirvieron las fuerzas policiales de choque, ni sus escudos, ni los disparos de perdigones, ni las bombas lacrimógenas. La policía fue desbordada y en algunos casos se repartió el botín con los saqueadores. Salieron los soldados en sus camiones y una nueva autoridad que no sabía sino matar convulsionó a la nación con miles y miles de muertos.

Todos estaban estupefactos y la insólita pasividad de “La Gran Venezuela” se había vuelto un polvorín que cambiaría para siempre la historia del país.



## EL FIN DE UN CICLO HISTÓRICO

**Todos estaban estupefactos y la insólita pasividad de “La Gran Venezuela” se había vuelto un polvorín que cambiaría para siempre la historia del país.**

Venezuela había llegado al fin de una etapa. El país concluía uno de sus ciclos históricos. El avasallador descontento contra la vieja forma de hacer política y un sentimiento antipartido segregaron todo aparato para la engañifa. De nada sirvió el *marketing*, ni la frase de enganche, ni los asesores extranjeros. De un día para otro el maquillaje se volvió sal y agua.

La falsa disyuntiva, diseñada desde afuera, entre violencia y paz, entre dictadura y democracia, entre caos y orden, no fue comprada por nadie. La dirigencia tradicional se quedó fría y acorralada cuando observó que para nada servía aquella oferta “del cambio sin violencia”.

Y es que la violencia ya estaba instalada en cada lugar. ¡Claro, era una violencia silenciosa! La violencia silenciosa que jamás hizo ruido; esa que no salía en los periódicos y, aparentemente, no existía. La violencia del hambre, del

desempleo, de la desigualdad, del abandono, de la exclusión, de todas las necesidades primarias y vitales no resueltas.

El ciudadano común, imbuido en esa violencia silenciosa, experimentó cómo esta democracia, que sentía suya, le había quitado más de lo que le había dado. Salvo la “ninga” de libertad que le costaba asociarla con ella, todo lo demás era insuficiente para sentir que, de verdad, había conquistado el derecho a participar y a medio sentirse ciudadano o ciudadana.

La gente, en efecto, no llegaba a diferenciar ni candidatos, ni parlamentarios, ni gobernadores, ni alcaldes. No distinguía, tampoco, entre un partido y otro partido, ni entre un gobierno y otro gobierno.

Calladamente, Venezuela vivía *in pectore* su propia transición. Algunos la negaban y otros no querían verla. El mundo todo se estremecía. Sin que la derecha aún se diera cuenta, la caída del muro de Berlín había traído consigo el desmantelamiento del conservadurismo, porque sencilla y llanamente se habían quedado sin “anticomunismo”.

Aunque no estaba a la vuelta de la esquina lo colectivo, el pensamiento compartido y solidario, la necesidad de trabajar hombro con hombro, codo a codo, juntos, andaba dando vueltas en las cabezas de medio mundo para hacer trizas el individualismo. Los caminos que nadie había pisado se llenaron de pasos y de huellas. El pueblo sabía, sin tener la certeza del conocimiento, que estaba rompiendo algo y eso le bastaba para guiarse. Era, como repiten esos políticos que manejan sin ingenio los lugares comunes, su “carta de navegación”.

Lo extraordinario y mágico, sin embargo, fue la percepción instantánea del pueblo para descifrar su realidad sin profundizar razonamientos.

Fue esta falta de visión lo que llevó a los más atrasados factores de poder en Venezuela a colocarse, a través de una confrontación terca y manifiesta, en la acera de enfrente a lo que estaba sucediendo en el país y en el mundo.

Recuerdo que comenzaron por descalificar los llamados y las convocatorias al proceso constituyente. A estas últimas las denominaron “interregno autoritario” y, cuando decidieron hacer concesiones para su instalación, pidieron “que la convocatoria se hiciera por medio de los canales institucionales”.

Sentían verdadero horror a la voluntad popular.

Por cierto, fue esa voluntad la que me llevó a ser constituyente. La calle nos ayudó a dar el debate contra el discurso de los académicos.

La Constitución, para nosotros, no era solo la Ley Fundamental, sino, también, un esquema de vida, una forma de existir, una síntesis de todas las tensiones existentes entre la realidad que vivíamos y la legalidad con que se quería limitar la voluntad popular. Una fórmula política de convivencia sustentada en una unidad efectiva de poder, sin la interferencia de familias poderosas, ni de los medios de comunicación privados, ni de los intereses imperiales internacionales, que estimulara la búsqueda de nuestra legítima soberanía interior.

En foros, en debates, en discusiones de calle, en reuniones y en actos de masas combatimos lo absurdo de aquella tesis donde la Constitución perdía su condición de categoría política y pasaba a ser solo una mera categoría jurídica. Los problemas constitucionales, siempre lo dijimos, no eran ni lo serán nunca simples líos de derecho, sino verdaderos asuntos de poder.

Las Constituciones, así lo sostuvimos, no nacen en el silencio alfombrado de las academias.

Con ese discurso y una posición que no tuvo zigzag, ni caminaba hacia los lados, me eligieron constituyente por el estado Aragua. En una nueva elección me designaron primer vicepresidente de la Asamblea Nacional Constituyente.

## MUJER Y CONSTITUYENTE

**En una nueva elección me designaron primer vicepresidente de la Asamblea Nacional Constituyente.**

En ese proceso participé con pasión.

Me emocionó ver a las mujeres organizarse en un sólido frente de batalla. Eso me conmovió. Las veía haciendo vigili-  
lias, entregando papeles, conversando con cada quien, presio-  
nando a los dirigentes de la Constituyente y a los demás  
sectores. ¡Movilizándose! Eso me daba fuerza y alegría.

Confieso que, en algunos momentos, mi percepción  
sobre estos acontecimientos fueron como de una hermosa  
y extraña lección de poesía.

Lo de jefa de Estado y fiscal son algunas de las tantas  
cosas que se le han cuestionado al Texto Constitucional.  
Algunos intelectuales, y otros que no lo son tanto, se sienten  
doctores cuando hablan o escriben para agredir el Texto  
Magno. Como los “blancos móviles”, esos “intelectuales” se  
creen inmunes y difíciles de derribar. Una cultura sórdida  
de “pontificación” los ha llevado a sentirse “los propios”.

No son capaces de llegar a pensar que los pueblos  
sufren asedios y se lanzan a imaginar y a liberarse. Y que

la cultura adquiere, por derecho propio, su sitio exacto en cada sociedad. No se sintieron ni siquiera capaces de sospechar que en el interior de cada uno de nosotros, de cada ser humano, hay sutiles enclaves coloniales y, por ello, los procesos históricos son indispensables.

Los prejuicios y los resquemores de una “inofensiva” conducta pequeño burguesa sitúan a algunos críticos en un orden tan, pero tan estático, que los cristaliza, los mineraliza y hasta logra inmovilizarlos.

No tengo duda alguna de que debemos empezar por refundarnos a nosotros mismos para poder refundar el país. No solo por la necesidad de despojarnos de cualquier retaliación que nos limite, sino también para poder disponer de una concepción más universal de la vida y del mundo.

Debemos hacer un esfuerzo por visualizar la sociedad desde todas las ópticas. No es posible, por ejemplo, que pensemos el país en masculino, solo para los hombres, sin tomar en cuenta el espacio que, en ese mismo país, tiene la mujer.

El lenguaje, por ejemplo, es uno de los factores más terribles de dominación, sobre todo porque es una dominación invisible donde ese lenguaje, sin serlo, se utiliza como un signo imparcial.

El cincuenta por ciento de la población de la República esta compuesto por mujeres y, a pesar de ello, se las excluye de casi todas las grandes decisiones políticas y sociales que casualmente tienen que ver con ella. Ese ha sido uno de los más grandes pecados en que han incurrido casi todos los procesos revolucionarios en el mundo.

Era indispensable redefinir, con una concepción de género, la Constitución, la ley y todas las políticas del

Estado. Decimos de género, porque ello implica tocar el nervio central de una cultura que define los roles masculinos y femeninos y, conforme a esas definiciones, asigna espacios, establece lugares fijos, sitúa y ubica posiciones absolutamente desiguales.

El enfoque de género desborda lo fisiológico para adentrarse en las relaciones que se dan entre lo biológico y lo social, relaciones que colocan a la mujer en condiciones política, social, cultural y económicamente desventajosas frente al hombre. Relaciones que ven a la mujer en un ámbito solamente reproductivo.

En efecto, la Ley Orgánica del Trabajo pretende proteger a la mujer desde la maternidad. ¿Por qué no tomó en cuenta el inmenso desgaste de energía de las trabajadoras? ¿Por qué no se tomaron en cuenta sus tres jornadas: de madre, ama de casa y jornalera? ¿Por qué la anterior Constitución confería la nacionalidad a la extranjera casada con venezolano y no ocurría lo mismo con el hombre extranjero casado con venezolana? ¿Es que acaso la mujer es una ciudadana de segunda o de tercera clase?

Hasta 1980 el acceso de las mujeres a cargos de responsabilidad en la gestión pública llegaba a apenas a 12 %. La actividad política aumentó ese 12 % a 20 %, y a pesar de ello, en los años subsiguientes esa participación decreció ostensiblemente. Fue entonces cuando se apeló a una norma de discutible racionalidad, mediante la cual, para disminuir la desigualdad entre unos y otras, le asignó a la mujer “el consuelo” de una participación del 30 % en los cargos de elección popular.

Aun cuando las mujeres han incrementado su participación en la industria y las fábricas, su integración a las

organizaciones sindicales apenas llega a 20 % y, en los cargos gerenciales de dirección, tanto públicos como privados, no llega ni siquiera al 10 %.

En las directivas de los partidos, su participación política es insignificante. Tan es así que en el proceso constituyente apenas hubo ocho candidatas nacionales y solo el 16 % en las candidaturas regionales.

No hay duda de este desequilibrio social y político evidente. No hay duda de que es necesario librar a la mujer de la dominación y subordinación social en que se encuentra, para que, con justicia y equidad, disfrute de todos sus derechos. No hay duda de que, a pesar de quienes se burlan de la “jefa” y la “fiscal”, hay que terminar con la discriminación y las desventajas que hacen de la mujer, en Venezuela, una ciudadana incompleta.

Así como hay un mundo que relega a los zurdos, hay también una sociedad injusta que relega a las mujeres sin que, por lo demás, algunas de ellas se den cuenta de la odiosa discriminación en que se las sume. Y más que eso, creyendo una buena parte de los intelectuales y de los no tan intelectuales que eso es justo, absolutamente justo y normal.

Es esa una de las reflexiones que debemos abordar con nosotros mismos para refundar, de verdad, el país. La sociedad no es solo de los hombres. Las mujeres son más del 50 % de la población y la manera como ellas ven el mundo debe incorporarse no solo en la vida, sino también en el lenguaje.

Fue así como descubrí que había también en mí un proceso constituyente necesario para participar con equidad y justicia en un cambio social que no debía hacer distinciones ni de género ni de clase.

## UN SINGULAR CUENTO DE HADAS

**Fue así como descubrí que había también en mí un proceso constituyente necesario para participar con equidad y justicia en un cambio social que no debía hacer distinciones ni de género ni de clase.**

El psiquiatra tenía en las manos el cuento. La terapia había comenzado desde que nos sentamos en la alfombra. Las 17 personas habíamos cruzado las piernas como si participáramos en el rito de una religión extraña.

Antes, habíamos hecho el ejercicio de visualizarnos en un ataúd, identificar las tres primeras personas que llegaran a expresarnos su dolor por nuestra muerte y solicitarles, en voz alta, una o dos peticiones, con el compromiso de que las cumplieran posteriormente al momento en que nos enterrarán.

El otro ejercicio fue el del cuento. Cada participante debía escribir un cuento de hadas y para ello tenía cinco minutos. Debíamos entregar al facilitador-psiquiatra, en el tiempo previsto, lo que cada quien hubiese escrito en el lapso previsto. No debíamos identificarnos, ni firmarlo. Fui uno de

los tres que, en ese lapso, escribió algo que pudiera llamarse un cuento de hadas.

El psiquiatra lo leyó en voz alta:

Había una vez una flor, muy frágil y muy débil que vivía en el tedio de un bosque de árboles muy altos. Un día, una ráfaga de aire, fuerte y violenta, la arrancó y la arrastró hasta un río de aguas tormentosas. La pequeña flor flotó en la corriente sin desintegrarse. En uno de sus cruces, el río la lanzó a una de sus riberas junto a una gruta. La flor quedó tendida sobre una piedra. A punto de morir deshidratada, salió de la gruta un hada, la levantó, le devolvió su lozanía y le dijo que formulara un deseo. La flor dijo: quiero volver al medio del bosque de donde vengo. El hada levantó una vara de cristal que tenía una estrella en la punta y la flor volvió a estar en el medio de un bosque que tenía unos árboles muy altos.

Al terminar, el psiquiatra pidió que el autor se pusiera de pie. Me levanté y me preguntó el nombre. Le dije:

—Isaías.

—¿Isaías qué? —me repreguntó.

—Isaías Rodríguez —le contesté.

—¿Y no tienes más nombres?

—Bueno, mi nombre completo es Julián Isaías Rodríguez Díaz.

—¿Y por qué me dijiste Isaías, si ese no es tu primer nombre?

—Por mi padrino: él se llamaba Julián Carreño España; era el jefe civil, un viejo coronel de montoneras que le espetó a mi padre que si no me ponían su nombre no había bautizo; y mi padre, que resolvía todo con facilidad, dijo: “Está bien, póngale Julián, que de todos modos en la casa lo vamos a llamar Isaías.

—¿Y de dónde viene el Isaías? —me preguntó, intrigado, el psiquiatra.

—De mi abuela. Mi abuela se llamaba Isaías: Isaías Rico.

—¡Pues, amigo —comentó el psiquiatra— usted se ha salvado por un milagro de ser homosexual! ¡Dele las gracias a su padrino! Ese coronel de montoneras le dio la masculinidad que su padre, sin darse cuenta, le comenzó a quitar desde el momento en que escogió para usted el nombre de su propia madre. La parte femenina del nombre le hubiera gestado un destino que, afortunadamente, contrarrestó su padrino, el coronel Julián Carreño España.

Todos nos sorprendimos de la conclusión y algunos de los participantes en la terapia le exigieron al psiquiatra una explicación más densa y más completa.

El psiquiatra comenzó a dar vueltas por el salón con la punta del índice sobre sus labios. De pronto se detuvo, se volvió hacia nosotros y comenzó a hilar un discurso que concentró la atención de cada una de las 17 personas que allí estábamos:

—¡Fíjense ustedes. Isaías es la flor y el río al mismo tiempo! Es la flor frágil y el río tormentoso. Tiene la fragilidad de la flor y la fuerza de los torrentes impetuosos. ¡Fíjense que la flor no se desintegra! ¡Fíjense que el río la lleva y la conduce hasta una de sus riberas! Hay una armonía casi perfecta en la parte de mujer y en la parte de hombre que Isaías tiene. ¡Ojo, no estoy diciendo que Isaías sea andrógino! Estoy hablando de armonía y equilibrio. Isaías es mujer y hombre al mismo tiempo, igual que todos nosotros. Solo que en él su mitad masculina y su mitad femenina tienen una armonía que sorprende. El deseo que le concede el hada no es otra cosa que llevarlo al mismo sitio, a ser flor y torrente.

Más o menos eso fue lo que declaré cuando el presidente Chávez me designó vicepresidente.

“No soy dócil ni fuerte, simplemente soy; no he variado nunca y no hay razón para que cambie”—fueron mis primeras declaraciones a los medios cuando se me designó vicepresidente ejecutivo de la República Bolivariana de Venezuela.

Una semana antes de que se disolviera la Asamblea Nacional Constituyente, el presidente Chávez me llamó por teléfono y me manifestó que había decidido nombrarme vicepresidente ejecutivo de la República Bolivariana de Venezuela. Eran las doce y media de la noche del día sábado 22 de enero del año 2000, para amanecer el domingo. Yo estaba escribiendo el discurso de clausura de la Asamblea Nacional Constituyente.

Él estaba en su puesto de comando en el litoral central. Dice que habló con el mar y me llamó. En la mañana me recibió en una carpa y de allí salimos al programa *Aló Presidente*, que se transmitía por radio desde Maiquetía. El presidente citó una novela en medio de su discurso habitual y me pidió que le ayudara a recordar una frase, se la recordé y entonces el dijo:

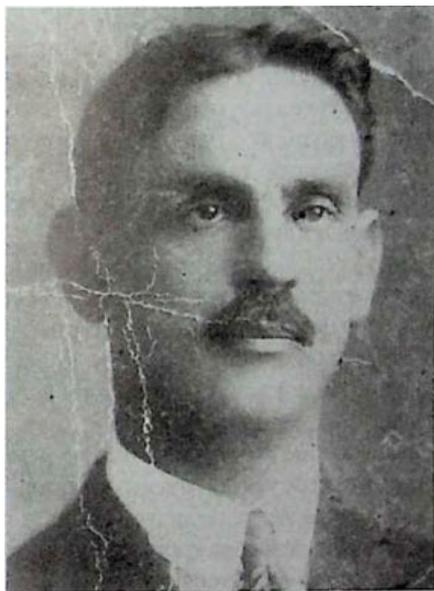
“Oyeron ustedes la voz de Isaías Rodríguez, el vicepresidente de la República Bolivariana de Venezuela ¡Lo anunció ante el país!

La juramentación se realizó en el Salón Sol del Perú, en el Palacio de Miraflores. No tenía discurso, no lo había preparado ni se me había ocurrido. El encargado del protocolo anunció la intervención del presidente, pero, en lugar de dirigirse a los asistentes, el jefe del Estado se levantó, tomó el micrófono y lo colocó frente a mí.

Comencé a hablar con lentitud, como buscando el tono y no recuerdo bien lo que dije. Sé que manifesté mi lealtad al presidente, al pueblo, a la Constitución, a la Patria y a mí mismo, y aclaré que la lealtad al presidente no debía ser mal entendida por nadie, puesto que esa lealtad, en los términos que yo la entendía, debió ser uno de los avales con que conté para la decisión de hacerme vicepresidente ejecutivo de la República Bolivariana de Venezuela.

Creo que también hablé de mi paciencia y que cuento siempre hasta diez antes de fijar una posición.

Él dijo algo sobre mi ausencia de compromiso con los partidos y exhortó a las organizaciones políticas que lo respaldaban a abandonar “la vieja política de partido”.



Julián Carreño España (padrino).



## EL SINCRETISMO DE LOS AMULETOS

**Él dijo algo sobre mi ausencia de compromiso con los partidos y exhortó a las organizaciones políticas que lo respaldaban a abandonar “la vieja política de partido”.**

A los pocos días de estar en la Vicepresidencia sentí las primeras manifestaciones del sincretismo religioso alrededor de mi nueva investidura.

La gente más humilde se me acercaba en cada sitio, en cada lugar público y me ofrecía, para protegerme del mal, talismanes, amuletos, escapularios. Debía llevarlos siempre conmigo. En algunos casos debía colocarlo y guardarlo lo más cerca del corazón, tocándome o rozándome la piel. “¡Está bendito! —me decían.

“¡Está bien trabajado, mi’jito, no te lo quites nunca! ¡Nadie te hará daño con esto!” —me dijo una vez, en el oído, una abuelita llena toda de arrugas, de esperanza y de ternura.

Con alguna torpeza, por la edad y por la artritis, se sacó del seno, bien envuelto y húmedo de sudor, un pequeño pergamino doblado varias veces que contenía una oración

hermosa que no debo repetir en público para que siempre me proteja.

No tengo duda alguna de que todos esos escapularios y amuletos me han dado suerte y me han ayudado a resolver momentos y circunstancias difíciles.

Las semejanzas entre las creencias de nuestros esclavos, nuestros indígenas y los mestizos de ambos, con los ritos y con toda esa liturgia del cristianismo, dieron paso a una cultura de puentes religiosos que produjo, entre la Iglesia y nuestros pueblos, una comunicación sobrenatural llena de magia y hermosura.

Algunos señalan que fue la obra calculada de los teólogos jesuitas con la oposición de los dominicos. Lo que sí no está en discusión es que fue la forma de universalizar la doctrina de Cristo con ceremonias desacostumbradas nada ortodoxas.

Fue así como apareció el sincretismo. No sabemos si eso produjo una crisis en la conciencia de los misioneros, lo cierto es que con el pragmatismo con que la Iglesia resuelve sus cosas, algunos sacerdotes opinaron que eso era parte del Evangelio con el cual Jesús, después de la resurrección, ordenó predicar su doctrina a todas las criaturas del mundo.

Por lo demás, nada indicaba que, a pesar de la vastedad, no fuese posible que alguien hubiera predicado en América antes de la llegada de los españoles.

De manera desconcertante, una cadena de lealtades y el culto a los antepasados unieron y mezclaron, en una sola realidad, muchas y diversas creencias. La Virgen, entre otras, fue uno de esos puntos de unión. Ella representaba todas las divinidades femeninas antiguas: era la reconciliación con el origen y eso los unía.

A excepción de los hindúes, la mente humana no concibe un tiempo infinito, sin principio ni fin. Para los hindúes, cada uno de nosotros antes de habitar el cuerpo del cual disponemos, ha habitado con anterioridad un número infinito de cuerpos animales, vegetales o minerales; hemos sido hombres, mujeres, ángeles, espectros, animales, plantas o piedras.

Por eso los hombres y mujeres, primitivos o no, han inventado siempre una serie de signos para comunicarse y congraciarse con sus divinidades. Se los cuelgan del cuello, se los colocan en los dedos, en las muñecas, en el tobillo, cerca del corazón, rozan su piel de alguna forma y casi siempre no son otra cosa que pedacitos de pergamino, bendecidos de alguna forma, que tienen símbolos, imágenes, figuras geométricas, pequeñas oraciones que repelen los proyectiles y devuelven los malos augurios, así como todas las energías malsanas o malignas.

Ese era el objeto de los talismanes, amuletos y escapularios que recibí casi inmediatamente al momento en que fui investido de vicepresidente. Antes, mi madre me los había cosido a la camisa o me los había colocado en la billetera. He recordado siempre aquel que el poeta Manuel Rodríguez Cárdenas le puso sobre el pecho al negro Faustino Parra, el legendario campesino yaracuyano a quien “cuentan las leyendas que nunca el plomo le entró”, porque llevaba junto al corazón “una cruz de palo santo y un morral bordado en oro que María Lionza le dio”.

Alberto Magno se colgaba pedacitos de azufre.

La magia ha sido, sin duda, una forma primitiva de la ciencia. Los judíos, a pesar de la fuerza y la ortodoxia de sus convicciones religiosas, además de los versículos de su ley

usan como amuletos signos geométricos como el pentágono, el sello salomónico y el hexágono.

Algunas sectas gnósticas utilizan piedras preciosas y palabras como amuletos. El ágata, por ejemplo, da elocuencia; y la expresión “abracadabra” sirve no solo para abrir la cueva donde Alí Babá guardaba sus tesoros, sino también para que no se cierren las puertas de los palacios.

Los triángulos, los elefantes y las pirámides todavía siguen siendo signos para derrotar las peores fuentes de energía maligna y dañina, entre ellos el mal de ojo, la envidia y los deseos de muerte.

Los amuletos que me regalaron y aún me regalan tienen reglas especiales con los cuales los preparan. Además de que no deben ser tocados por nadie diferente a mí, algunos de ellos deben ser arrojados, después de los nueve días de haberlos recibido, a las aguas de un río para que corran hacia el poniente, y lleven allí las sombras que se supone que me quieren colocar encima.

Fueron los alfabetos mágicos con que el pueblo me recibió cuando llegué a la Vicepresidencia Ejecutiva de la República Bolivariana de Venezuela.

## LOS SABIOS CONSEJOS DE BOABDIL

**Fueron los alfabetos mágicos con que el pueblo me recibió cuando llegué a la Vicepresidencia Ejecutiva de la República Bolivariana de Venezuela.**

Había leído la extraordinaria obra del escritor y poeta Antonio Gala sobre Boabdil, el último sultán de Granada, y algunas de sus notas me sirvieron de andamio para una actividad que yo apenas comenzaba a transitar.

Recuerdo que Abul Kasim, consejero de Boabdil, decía al heredero del sultanato que el gobernante, en un solo día, debe tratar de adquirir la experiencia que los demás hombres obtienen durante toda la vida; instruirse de cuanto pudiera mirar y observar; deducir enseñanzas de todo cuanto oiga; mantener siempre la dignidad, sin dejarse arrastrar por las pasiones ni por los encrespamientos de la cólera; hablar con sinceridad, ganarse el respeto; no avergonzarse de preguntar cuando tenga dudas; no resignarse a aceptar lo injusto y tener siempre en cuenta que hay que medir, continuamente, el grado de las fuerzas que se tienen, porque cuando se dispara, lo que se pretende no es ir más allá del blanco, sino alcanzarlo.

Entendí, a través de esos consejos, que debía cuidarme de la petulancia de quienes me asesoraban sin haberles pedido opinión; de la cobardía de quienes no me contradijeran cuando hubiese actuado mal; de la timidez de quienes no me expresaban sus juicios cuando se los reclamara o requiriera y, de manera especial, cuidarme de la imprudencia de aquellos que se atrevían a emitir opiniones en mi nombre, sin saber y sin preguntarme antes, cuál era la mía.

Aprendí que el mejor amigo no es quien te acompaña en la adversidad, sino el que hace lo posible para que nunca llegues a ella.

Supe que la soledad de quienes desempeñamos algunos cargos de poder es más terrible y más seria que la de cualquier otro ser humano. Debes mantenerte distante de quienes te solicitan por interés y de quienes te halagan y rodean para obtener beneficios legítimos o ilegítimos.

Lejos de ti estarán siempre los más leales y los más honestos, movidos por un extraño desconcierto donde los escrúpulos, la suspicacia, la aprensión, la discreción y la dignidad los lleva a separarse del gobernante, más por respeto a ellos mismos, que por respeto a él.

Y, finalmente, asumí que en estos cargos, por más auténtico que tú seas, aunque hagas todos los esfuerzos por ser siempre tú mismo, sin las distancias ceremoniosas de un protocolo que aprieta e incomoda y que solo lo puedes romper, pero nunca hacerlo desaparecer, está una inmensa y eterna soledad.

Una soledad que, por lo demás, no debes ni puedes mostrar, porque puede hacerte ver débil y, en consecuencia, aprovechable por la envidia, los rencores, el resentimiento y la intriga. Una debilidad que bien manipulada puede ser capaz de destruirte.

Debía uno cuidarse ante quién quejarse y lamentarse y, también, del lugar donde eso se pudiera llevar a cabo.

Debía uno guardarse y no exponerse a emitir opiniones en momentos inoportunos y a formularlas de la forma más cuidada y exacta posible.

Era esto a lo que Abul Kasim llamaba “elegir el mal menor”.

Sabía y bella la poesía de Antonio Gala en estos manuscritos carmesíes, desentrañados de los archivos de la Cancillería de la Alhambra, en Granada; me fueron muy útiles.



## TOPAMOS CON LA IGLESIA

**Sabia y bella la poesía de Antonio Gala en estos manuscritos carmesíes, desentrañados de los archivos de la Cancillería de la Alhambra, en Granada; me fueron muy útiles.**

“Los cristianos —afirma El manuscrito carmesí— anteponen su soberbia a todo, incluso a su propio provecho. Son capaces de perderlo todo y hasta de dejarse matar, con tal de perdurar en la memoria de los demás”.

Lo supe a destiempo y, tal vez por eso, dejé pasar las advertencias de la astróloga y vidente que leía los fines de semana, Adriana Azzi Sedes.

En su horóscopo del 21 al 27 de mayo del año 2000 me previno sobre “un hombre calvo con quien tendría una diferencia de criterios y frente a quien debía actuar con cautela”. Este “hombre calvo” era, nada más y nada menos, que un importante arzobispo del país.

Según las más recientes informaciones de prensa del año 2000, en que me ocurrieron los acontecimientos que me llevaron a topar con la Iglesia, “mi otro yo” o alguien que usurpaba mi alter ego, andaba por allí, suelto, sin control de

ninguna especie, haciendo sin freno de las suyas, atreviéndose a lo que “el otro” no se atrevía y realizando actos que “ese otro” no era capaz de realizar.

Ese “otro yo” había sido referido por un diario que circula por las tardes y se anuncia con un nombre que va más allá de los dos milenios: en una nota extraña expresaba que yo había cursado estudios de “veterinaria” y, además, que había sido sancionado con un reglamento a través del cual se me había excluido de la universidad por mal estudiante.

La nota me sorprendió porque, si bien no fui un alumno brillante, no fui nunca execrable y jamás estuve expuesto a expulsiones ni a situaciones parecidas. Por lo demás, mis únicos estudios fueron solo de Derecho y de sus especializaciones. No, no era veterinario y nunca he tenido vocación, ni privada ni pública, por los animales.

Días antes, por lo demás, mi secretaria me había anunciado que en la recepción de la Vicepresidencia se hallaba alguien que decía ser mi ahijado. Traía como prueba una foto donde yo lo acompañaba en el bautizo. A la fotografía le faltaba un pedazo que era, precisamente, una parte de mi cabeza.

Con habilidad de cirujano gráfico lograron arreglarle el desperfecto y le colocaron, de una manera un poco primitiva, un cabello alisado que nada tenía que ver con mi pelo ensortijado, orgullosamente heredado de mi padre. De nuevo supuse que “mi otro yo” estaba por allí haciendo travesuras y jugando peligrosamente con un sacramento de la Iglesia.

Cierto es que a cada momento me salían parientes, vecinos, compadres, ahijados, amigos, paisanos, coterráneos, íntimos de mi infancia, alumnos, compañeros de estudios, colegas de promoción, que siempre tenían algo pendiente

por resolver y a quienes nunca me atreví a desconocer. En algunos casos se los atribuí a “mi otro yo”, que tenía tantos parientes y amigos como yo y, en su nombre, se los atendía con afecto y respeto.

Es más, hubo un momento en que uno de mis escoltas me anunció que alguien, que era yo mismo, quería hablar conmigo. Sobresaltado, pensé que al fin tendría la fortuna de conocer y de descubrir a “mi otro yo”.

Me dije: “¡Te fijas! ¡Tienes que despojarte de tu bendita lógica racional! ¡Olvídate de los convencionalismos perversos y asume las verdades insólitas en las que no te atreves a creer! ¡Reconoce que tienes ‘otro yo!’”.

Ni siquiera ordené que lo subieran ni que lo pasaran a la sala de audiencias. Yo mismo bajé, casi en vilo, las escaleras que había entre mi oficina y la recepción y, para mi sorpresa, encontré, en efecto, a un dirigente indígena que se llamaba, exactamente, como yo: “Isaías Rodríguez”. En verdad, me hubiera encantado tener algún “clon” que me ayudara a atender a los periodistas, recibir las incontables audiencias, asistir por mí a todos los programas de radio y televisión que me invitaban y que, con paciencia, escuchara y respondiera las innumerables llamadas telefónicas que recibía.

Pero, bueno, lo cierto es que un día mi *alter ego* se topó con la Iglesia.

Y es que los medios privados de comunicación me atribuyeron haberle levantado la mano a un arzobispo y hasta que, de no haber mediado la oportuna intervención de varios periodistas, me habría caído a puñetazo limpio, nada más y nada menos que con el presidente de la Conferencia Episcopal.

Confieso, Padre, que jamás he peleado a golpes con nadie, ni en la calle, ni en la escuela, ni en tribunales; ni siquiera en el Parlamento, donde parece que eso es una honorable y respetada costumbre.

Para quienes oyeron esta historia, contada por los medios y difundida por el propio arzobispo y por todos quienes me adversaban y llegaron a creerla a pie juntillas, y también para aquellos que nunca supieron lo que efectivamente ocurrió, voy a tratar de reconstruirla después de casi cinco años.

Estábamos, monseñor Baltazar Porras; su asistente, el padre Freitas; el periodista que me asesora en actos que no son precisamente de boxeo y, ¡por Dios que no sé!, si también se hallaba allí mi “otro yo”.

Eran las seis y treinta o las siete de la mañana y esperábamos, haciendo antesala en el salón grande de una planta de televisión, cada uno, el turno para ser entrevistados en el programa de la mañana.

El arzobispo, con gesto y actitudes belicosas, tomó la iniciativa, con un diálogo agresivo y beligerante, de hacerme responsable, en mi carácter de vicepresidente, de un supuesto allanamiento que nunca se realizó ni se llevó a cabo, ni jamás tuvo lugar. Sus expresiones fueron duras y violentas, con un tono de voz impetuoso y exaltado, que denotaban ira y rabia. Le desmentí, respetuosamente, y él insistió en la imputación. Lo negué y él volvió a insistir.

Preferí, por tratarse de un monseñor, cortar la conversación:

—¡Padre, perdone, usted tiene su opinión y yo tengo la mía!

—¡La mía es la de la Iglesia! —me respondió, ofuscado.

Y yo le contesté:

—Perdone, monseñor, la Iglesia es una institución; usted no es la Iglesia”.

Recuerdo que comenté después, en la prensa, a propósito del incidente, que la Iglesia en nuestros países había impuesto la cruz y la religión con la espada y que, igualmente, impuso las maneras de amar y de comer; de velar a los muertos; de cortejar a las vivas; de lavar los pecados y escoger el cielo donde queremos ir; de decidir quién puede y quién no puede ser santo.

Así como celebrar, con misas e invitados especiales, cuáles son los buenos y cuáles son los malos gobiernos.

Por supuesto que mi intención era responder a una infamia que se había puesto a correr, no sé si con la complicidad del arzobispo, sobre unos hechos que nunca fueron como él o los medios los contaron.

Como quiera que ellos habían escogido tantos gobiernos y el que yo supuestamente representaba no les gustaba, intuí que trataban de descalificarme.

Reflexioné y declaré a los medios sobre la Iglesia y su relación con nuestras democracias. Afirmé que nuestras democracias surgieron de actos donde la Iglesia católica jugó un papel determinante.

Señalé que no había sido igual con la democracia norteamericana, la cual tuvo su origen en la Reforma. Ni tampoco con la francesa que, influida por el “jansenismo”, suerte de movimiento laico anticlerical y anticatólico, había también evolucionado de manera diferente a nosotros. En efecto, nuestras democracias, sin tomas internas de conciencia, se crearon con base en una extraña ideología construida con piedad y cálculo. Octavio Paz asegura que en nuestras

democracias la Iglesia se salva y el cristianismo se pierde. Para él, la Iglesia hispanoamericana siempre fue, ha sido y, por mucho tiempo será, “templo y palacio”.

Los protestantes, a través del debate, produjeron la democracia norteamericana.

La democracia francesa se formó mediante un proceso similar, expresado por medio de críticas que vinieron desde afuera de los templos.

Tal vez, por esa razón, esas democracias no están tan inmovilizadas como la nuestra.

Esa discusión se nos ha negado en América. La religión o la Iglesia, o las jerarquías eclesiales las han impedido. Sus guardianes, los guardianes de una fe a la defensiva, predicán la continuidad, el establecimiento, una sociedad tiesa e inmóvil que, de esa manera, jamás podrá tener justicia.

El debate religioso se ha convertido, en mala hora, en un pecado y la Teología de la Liberación es la mejor prueba de ello. Se nos ha impuesto una democracia político-religiosa, frágil, copiada de aquellas que construyeron la espada y la cruz, ajena a cualquier debate y a cualquier crítica.

En aquel momento, la luz divina que penetró poéticamente en San Juan de la Cruz y en Teresa de Jesús, la Santa de Ávila, me habitaron y me protegieron, pero no estoy seguro de que la verdad se haya logrado conocer tal como ocurrió y trascender objetiva, serena y transparentemente.

Todavía me encuentro mucha gente que me pregunta cómo fue que me salí de los goznes y le caía golpes a monseñor Porras.

Mi propio yo, y “mi otro yo”, necesitaban decir estas cosas.

## DE LA VICEPRESIDENCIA AL MINISTERIO PÚBLICO

**Mi propio yo, y “mi otro yo”, necesitaban decir estas cosas.**

La vicepresidencia había agotado mi precaria salud y familiares, amigos cercanos y algunos altos funcionarios del Estado vieron con buenos ojos que renunciara a este cargo, si la renuncia era para optar al Ministerio Público.

Antes de tomar la decisión de dejar la Vicepresidencia promoví seis o siete abogados, con experiencia en materia penal, para dirigir la Fiscalía General de la República.

Les ofrecí lealmente mi apoyo para el caso de que desearan ocupar la dirección del Ministerio Público.

Con honradez expuse, sin complejos, mi escasa actualización en la materia. A pesar de haber ejercido durante los primeros ocho años de mi carrera, en forma casi exclusiva, el derecho penal y de haberme desempeñado por cinco años como fiscal suplente en el área penal, todo había cambiado lo suficiente como para advertir, con responsabilidad, las dificultades que tendría en el ejercicio de una tarea compleja, difícil, controversial y evidentemente polémica.

El sistema inquisitivo había sido sustituido por el acusatorio y la presunción de inocencia, la afirmación de la libertad y el respeto a la dignidad humana, entre otros principios, pasaban a ser las bases fundamentales de un nuevo sistema judicial penal.

El proceso penal ahora era contradictorio, oral, público, con presencia directa del juez en cada acto probatorio y sometido a un debate concentrado, que aspiraba a dar por terminados los juicios en el menor número de días.

Hasta 1947 al Ministerio Público se le tuvo como órgano del Poder Ejecutivo Federal. La institución existe en Venezuela desde la Constitución de 1901. Inicialmente estuvo bajo la tutela de la Procuraduría General de la Nación. La ley que el 13 de septiembre de 1945 lo creó duró, exactamente, 44 días. Con posterioridad, el 15 de abril de 1953 Marcos Pérez Jiménez, con los crespos hechos, lo devolvió a la Procuraduría General de la Nación.

La Constitución de 1961 lo separó de esta y le dio autonomía.

El Ministerio Público no es la única institución encargada de administrar justicia en el país. Todos los organismos involucrados en ese sistema deben coordinar sus actividades, ordenar esfuerzos, sistematizar metodologías y compartir los objetivos.

En 1998 el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, en un estudio sobre la reforma judicial en nuestro país, arribó a las siguientes conclusiones: 1. Se debe transformar la justicia. 2. La población no tiene confianza en la justicia. 3. El Poder Judicial es la institución con menor credibilidad en la opinión pública. 4. La gente no denuncia porque no confía. 5. El estrato “E” de la población (los más

pobres) prefiere tomar la justicia en sus propias manos, y 6. El gran problema de la justicia venezolana es la corrupción.

El tema de la justicia y su problemática es recurrente en los cuarenta y tantos años de democracia en Venezuela. El Código Orgánico Procesal Penal debió establecer para el país un nuevo modo de regular la relación Estado-ciudadano, en la esfera de los hechos y procesos penales y producir un acercamiento más franco y más directo con los ciudadanos, y ello aún no ha sucedido.

La Constitución de la República Bolivariana de Venezuela hizo al Ministerio Público parte del Poder Ciudadano y le confirió, en 1999, independencia y autonomía funcional, financiera y administrativa.

Evidentemente todo era distinto y todo había cambiado significativamente.

El reciente ordenamiento jurídico procesal venezolano mantiene dentro de sí instituciones que abiertamente contrastan con la soberanía popular y rezagan, conservadoramente, los progresos que quiso adelantar el nuevo sistema acusatorio.

Y es que ese nuevo sistema procesal no tomó en cuenta la realidad de las cargas de trabajo, ni tampoco la importancia de las demandas sociales. No tomó en cuenta la cuantía y calidad de los recursos humanos, sociales, jurídicos, económicos, tecnológicos, de equipamiento y, en general, la infraestructura indispensable para satisfacer las expectativas que con el sistema acusatorio se crearon para nuestra sociedad.

No, no era una papa pelada organizar y coordinar al Ministerio Público.

Mal podían traducirse en “cambios reales” los cambios legales destinados a sustituir las prácticas injustas y

agresoras del anterior sistema, cuando apenas se disponía de un poco menos de la mitad de los recursos económicos y humanos que la Fiscalía requiere desde mucho tiempo atrás.

El presupuesto del Ministerio Público es treinta y nueve veces menor que el de uno solo de los ministerios del Poder Ejecutivo. El Ministerio de Interior y Justicia, por ejemplo, tiene un monto igual al 18 %, en contraste con el 0,53 % de la Fiscalía General de la República. Y entiéndase que no nos estamos refiriendo a otros ministerios cuyos presupuestos, comparativamente, triplican o cuadruplican al del Ministerio de Interior y Justicia.

No hay ni habrá, con los recursos de los cuales actualmente dispone el Ministerio Público, ni la respuesta debida, ni la respuesta oportuna a las demandas sociales del país.

Ello ha generado una crisis cuya dimensión aún no ha sido debidamente percibida por nuestros gobernantes, ni por la mayoría de los poderes que integran el actual Estado venezolano.

Esa es la razón por la cual los usuarios tienen de nuestra justicia y de las instituciones que la administran una percepción negativa y pesimista. Este era el desafío al cual había que darle la cara y al cual, conscientemente, con humildad y paciencia, contando siempre hasta diez, había decidido entregarle una parte de mi vida.

## LA JUSTICIA SIGUE SIENDO ARTESANAL

**Este era el desafío al cual había que darle la cara y al cual, conscientemente, con humildad y paciencia, contando siempre hasta diez, había decidido entregarle una parte de mi vida.**

El dato pudiera ser interesante: el presupuesto del Ministerio Público representa solo el 3,66 % del presupuesto asignado al sector justicia en el país. Y ello tiene una vinculación determinante con las nuevas atribuciones que le fueron conferidas por la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela, entre ellas, la dirección y conducción de la investigación de los hechos criminales, así como la sustentabilidad de las acusaciones resultantes de esas investigaciones.

Igualmente, corresponde al Ministerio Público la recepción de las antiguas causas provenientes de los juzgados de instrucción e, incluso, todo cuanto tiene que ver con la recepción de las nuevas causas originadas en el marco de la actual normativa procesal penal.

El Ministerio Público, debo decirlo ahora, recibió durante la transición del Código de Enjuiciamiento Criminal al Código Orgánico Procesal Penal, una cifra cercana a los

catorce millones de causas, pendientes todas ellas por decisión o sentencias. Haciendo milagros se ha resuelto apenas un diez por ciento de esas causas.

A este tsunami, llamado “transición”, se le ha venido dando respuestas infantiles. Imagínense un niño pretendiendo detener un maremoto con una pala de jugar en la arena.

Esa labor ha sido heroica. La mayoría de las causas en transición son de una data antiquísima y sus papeles húmedos, gastados con el tiempo, repletos de hongos, de polvo y de descuido, han infectado la salud de muchos funcionarios.

Con bacterias de todo tipo, con alergias y enfermedades respiratorias, los fiscales de transición han actuado para darle una respuesta a ese monstruo con una pasión y un compromiso que algún día, con serena objetividad, deberá ser reconocida. Con sus actos conclusivos, esos modestos y leales funcionarios han hecho lo posible por tratar de resolver una justicia que, por décadas, el país olvidó.

Pero eso no es todo, los fiscales manejan en promedio 2.808 casos cada uno. Este problema está vinculado a la capacidad de resolución de una demanda que desborda a la institución.

Como si esto fuera poco, el Ministerio Público, al igual que casi todo el sistema de justicia, no ha hecho otra cosa que reproducir los antiguos métodos de administrar justicia y esta, en esencia, continúa siendo fundamentalmente escrita.

Las policías, los jueces y el propio Ministerio Público se han negado a renunciar a los papeles, a los folios, a las piezas de expedientes y, en definitiva, a la escritura, como signo formal de los haberes jurídicos. La costumbre ha sido más

fuerte que la nueva cultura por formar. Las convicciones, cuando están arraigadas, no cambian de un día para otro.

Y es que, colonizados mentalmente, los promotores de justicia actúan en un proceso que, ortodoxamente, no es oral. Se saben de memoria los códigos y las leyes nuevas pero, con recurrencia, siguen llenando páginas y páginas de entrevistas, cientos y cientos de declaraciones, miles y miles de experticias, peritajes, dictámenes y sentencias repletas de retórica abundante y aburridísima.

Esto no ocurre solo en Venezuela. En Bolivia, Argentina, Chile, Honduras y Paraguay se producen acontecimientos similares.

Entre la denuncia y la acusación transcurre, en cada uno de nuestros países, un promedio de tiempo que, en el mejor de los casos, no baja de ciento cincuenta días. El sistema acusatorio es aún demorado, inconcluso y descoordinado. Ello hace evidentemente injusta la justicia.

La certeza de los actos no tiene certidumbre y los horarios se incumplen. Todas sus formalidades están minadas por la improvisación y por una ritualidad que pareciera estar escrita en sánscrito, como aquellos manuscritos del Melquíades, de García Márquez.

A pesar de que esta realidad es compartida con otros países latinoamericanos, en Venezuela es aún peor. Mientras Bolivia tiene 3,7 fiscales por cada 100 mil habitantes; Chile 3,8; Guatemala 4,5; Honduras 6 y El Salvador 9; nosotros tenemos apenas 2,4 fiscales por cada cien mil habitantes; es decir, 575 fiscales para 25 millones de habitantes.

A esto se añade que las policías de investigación están marcadas por vicios que solo algunas individualidades han superado. No nos atrevemos a asegurar que la propuesta

de PROVEA (desincorporar el Cuerpo de Investigaciones Científicas Penales y Criminalísticas del Poder Ejecutivo para adscribirlo al Ministerio Público) sea lo más acertado, pero se debe buscar una respuesta que permita el ejercicio real de la dirección de la investigación puesto que, en la práctica, no es verdad que la tiene el Ministerio Público.

Por otra parte, hay una evidente y manifiesta perversión en individualidades que hacen de funcionarios e integran todos los cuerpos policiales nacionales, estatales y municipales.

En muchos de ellos se han infiltrado personas que aparecen involucradas en ajusticiamientos, en secuestros, en extorsiones y, en algunos casos, hasta forman parte de organizaciones delictivas que realizan hurtos y robos de vehículos, trafican con drogas e incurrir en numerosos delitos de acción pública.

La democracia es un bien escaso. De ella nació, después de muchas batallas, esta estructura noble y delicada que es el Ministerio Público. Siempre habrá que fortalecerlo, renovarlo y perfeccionarlo. Dentro de él hay que actuar con prudencia, teniendo en cuenta lo que decía Rimbaud: “No con tanta prudencia que se nos va la vida...”.

El siglo xxi pudiera quedar marcado con la exclusión de los “excluidos” por los excluidos, y eso pudiera también llevarse la vida. No la de los hombres y mujeres, sino la de las instituciones. La exigencia de cambios está, por lo demás, siendo apurada por un futuro que llega demasiado pronto.

# LA VIDA ME CAMBIÓ EN LA FISCALÍA

**La exigencia de cambio está siendo apurada por un futuro que llega demasiado pronto.**

La vida me cambió. Fui senador, luego constituyente, después vicepresidente de la Asamblea Nacional Constituyente y, finalmente, vicepresidente de la República Bolivariana de Venezuela. Pudo haberme cambiado antes, pero no, la vida me cambió en la Fiscalía.

Quienes hablaron de mi ponderación, amplitud, paciencia, humildad y rectitud, cuando fui designado vicepresidente, luego me cayeron encima.

El temple y la autonomía que me atribuyó Alberto Franceschi se convirtió a los días en un duro ataque personal que no entendí.

La serenidad con que me vio Jorge Olavarría se fue volviendo un escaqueo feroz contra mí y contra la institución que dirigía.

Respetuoso y conciliador me llamó Vicente Brito desde Fedecámaras y luego la jauría de unos empresarios enloquecidos comenzó a dispararme sin piedad desde sus medios privados de comunicación masiva. Gerardo Blyde, con una

agudeza cargada de veneno, declaró que se había cambiado un buen vicepresidente por un mal fiscal.

Eran las primeras señales de que no habría buen tiempo y que, sostenida y abierta, la agresividad de por lo menos medio mundo se me vendría en contra.

La Conferencia Episcopal y hasta el nuncio apostólico no me vieron con buenos ojos. Una oposición sin proyectos, resentida y con un pavoroso vacío de liderazgo me enseñaba unos dientes que parecían de hienas.

Un cerco interno de operadores políticos dentro de la propia Fiscalía asediaba mis actos y mis pasos para emboscarme, para boicotear el trabajo del Ministerio Público, para hacerlo lento y tardío, desviarlo, sesgarlo, no atender a la gente debidamente, complicarme la vida mía y la de la institución. La fractura descomunal de la sociedad, las tendencias manifiestas hacia la anarquía, la radicalización, el desbordamiento, las posiciones tomadas, la irracionalidad, la polarización: todo anunciaba una tempestad que podía hundir muchos barcos y uno que otro submarino.

Élites desgastadas que no se renovaron; partidos desintegrados, desconectados del tiempo histórico y del pueblo; dirigencias movidas por intereses sin universalidad; una libertad de expresión con empresa privada, sin objetividad, eran los escenarios que me esperaban para mi función de fiscal general.

Se me exigía imparcialidad y yo estaba dispuesto a ofrecerla, pero, por Dios, que no me pidieran neutralidad porque ni ellos la tenían ni yo, aunque quisiera, podía prometerla.

Son dos cosas distintas. La imparcialidad implica que no debo sacrificar la justicia frente a mis consideraciones personales y debo ser objetivo y equitativo ante los asuntos

que me competen por las atribuciones que la Constitución y la Ley me confieren. Por lo demás, la imparcialidad no obliga al funcionario individual y personalmente, sino, simplemente, como órgano del Estado.

La neutralidad es otra cosa.

Sé perfectamente que en materia de Derecho Internacional la neutralidad implica que un Estado debe permanecer ajeno a un conflicto bélico existente entre otros dos o más Estados.

No aplica esa neutralidad a los conflictos internos dentro de un país. Sobre todo a un país donde se pretendía desconocer la legitimidad y la legalidad de los órganos internos de ese Estado.

En tales casos, la neutralidad que se pide es una abstención cómplice frente a quienes quieren derrocar por la fuerza, sin regla democrática alguna, un gobierno que ha sido electo por el pueblo.

Ante ellos, sin embargo, he actuado caminando sobre el filo de una navaja, corriendo el riesgo de perder la credibilidad institucional y personal ante tirios y troyanos, solo por garantizar la imparcialidad de la institución.

La neutralidad, insisto, es otra cosa y, además, es *intuitu personae*; toca la individualidad de cada quien, sus valores, su fe, sus creencias. La diferencia entre imparcialidad y neutralidad es el carácter institucional, o no, de la una y de la otra.

Ser neutral es tener conciencia de que nos hallamos entre dos partes que contienen, pero jamás que uno como individuo no ve, no oye, no habla, no tiene ideas, no reflexiona. La neutralidad no puede ser presentar a una persona como espectador indolente, insensible, vacío, convidado de

piedra, incapaz de contaminarse para que no lo acusen de “parcializado”.

La neutralidad no se puede entender hasta el extremo de solicitarle a alguien que viva y more en un laboratorio y asépticamente se residencie en la estratosfera, para mirar, como en el viejo liberalismo, cómo se destruye todo: la ley, la paz, la seguridad, la racionalidad, la concordia, el sosiego, las treguas, la armonía, los acuerdos, la quietud, los usos, las costumbres, la tranquilidad social y, además, con los santos riñones de exigirle al fiscal general que se cruce de brazos ante un golpe de Estado.

Los libros que me regaló el tío Pedro me ayudaron. *El Juan Cristóbal*, de Romain Rolland, me dio una mano. Lo primero que recordé fue aquella frase del escritor francés: “... es tan cómodo odiar, cuando no se comprende”, y traté, lo juro, de ponerme en los zapatos de cada quien para no convertir la justicia ni en venganza ni en represalia. Estaba consciente de que la trivialidad, la exacerbación, las pasiones; las mentiras de los intelectuales (mejor dicho, de los autores intelectuales); las debilidades y las conveniencias, sin ideal humano, alimentaban odios con “lógica”, con argumentos “científicos” y hasta con “poesía”, y que el objeto no solo era sembrarlo sino eternizarlo. Sabía que se quería inyectarlo, meterlo en la sangre de algunos para lanzarlo contra quienes nos resistíamos a plegarnos a ese odio. No hablo solo de los adversarios; también allí estaban y aun podrían estar quienes adversan a mis adversarios.

Ocurre que cada vez que la justicia no se toma el tiempo debido para investigar sólidamente los procesos, todos nos convertimos en sospechosos y somos presa fácil de la impulsividad irracional de quienes se califican de radicales. La

furia de esos ataques sobrepasa la crueldad y uno recuerda otra vez a Juan Cristóbal cuando le preguntaba al fanatismo: “¿Es que no te cansas del odio...?”.

Hay tiempos en que la opinión pública es la peor de las opiniones. El apasionamiento en ella no es carne seca conservada en salmuera. Es una circunstancia donde la ira, el griterío histérico y desmedido, la rabia con espuma en la boca y la violencia, desnudan la inseguridad interior de esa opinión pública que ni es pública ni es opinión.

A pesar de ello, esa opinión acobarda, oprime e inhibe. En esas circunstancias hay un momento donde los amores se van, los amigos se cuidan, la gente se afloja y no se acerca, los compañeros ya no acompañan y hasta se ocultan o se voltean: es una cierta particularidad donde los prudentes marcan distancia y son pocos los que se atreven a permanecer del lado nuestro.

Uno, que ha vivido con intensidad, sabe que ha llegado el tiempo de las dificultades, de los contratiempos. Unas y otros los he visto pasar calladamente. Contando siempre hasta diez. La Fiscalía me ha regalado la fortuna de verlos bien de cerca y de saber que, en esos momentos, además de enemigos hay también amigos. Nunca logran cercarte y aislarte totalmente. “Dios tarda pero no olvida”, dicen los viejos llaneros y es que, en esos momentos embarazosos y difíciles, también hay pausas.

Hay amigos que se quedan, que regresan; amigos que no se van, y amigos que no huyen y no escapan; amigos con solidaridad y con amor, que parecen pirámides. ¡Claro, los enemigos se precipitan! Ruidosamente forman una manada. Obedientes a una voz de mando, se te enciman, solo que aquellos amigos que te quedan tienen una voz y un modo

invisible de llegar hasta ti. Rompen el avasallamiento, pasan por sobre las trincheras del odio y guardan tres o cuatro palabras para tus silencios sombríos.

Estas experiencias han sido mi verdadera comunión con la humanidad, mi elevación, mi eucaristía.

Como Marcel Proust, emprendí un largo viaje a través de todas mis vidas.

## Y EL DOLOR LLEGÓ A LA FISCALÍA

**Como Marcel Proust, emprendí un largo viaje por la vida a través de todas mis vidas.**

El director de Inteligencia Militar nos había invitado esa noche al presidente del Tribunal Supremo y a mí a jugar dominó en una tasca nueva que inauguraban en la sede de la institución.

Las mesas se quedaron vacías. A eso de las 10:50 de la noche uno de los efectivos de la DIM (División de Inteligencia Militar) nos informó que habían volado, con un artefacto explosivo, una camioneta en la urbanización Los Chaguaramos. Casi inmediatamente dijo que el vehículo tenía unas características muy similares al de Danilo Anderson. Era una camioneta Toyota. Pidió el número de las placas y solicitó que las cotejaran con los registros de tránsito. Respiramos aliviados. Las placas correspondían a otra persona. La calma duró poco. Uno de mis fiscales me llamó por teléfono y me dijo:

¡Jefe, es Danilo! ¡Lo mataron! Está calcinado dentro de su camioneta. Vimos la fotografía de su novia, su celular y el arma que portaba. ¡Es él, jefe! ¡Véngase!

Llamé al presidente de la República, le informé lo que acababa de ocurrir y me trasladé al sitio. Tardaríamos quince o veinte minutos en llegar. El lugar estaba acordonado por la policía y había mucha gente. Personas que curioseaban, amigos y familiares de Danilo, dirigentes políticos de distintas tendencias, diputados, ministros y el vicepresidente de la República. Los periodistas me entrevistaron al llegar a la zona. No quise confirmar que era Danilo. Condené el atentado, lo calificué de terrorismo y dejé abierta la posibilidad de que pudiera ser el fiscal Anderson. No quería creerlo. Me negaba a creerlo. Me dolía creerlo. Me indignaba creerlo. Una impotencia amarga me invadió y me blindé hacia adentro y hacia fuera. Parecía un jugador de poker. Allí nos quedamos hasta que no hubo ninguna duda de que el asesinado era Danilo Anderson. Fui a cambiarme de ropa. No me cambié. Me quite la corbata y me dirigí a la plaza que se encuentra frente a la sede de mi despacho. Allí me quedé haciendo vigilia hasta que amaneció. Llegó mucha gente a darme el pésame y a expresarme unas condolencias que aún las cargo.

Al amanecer subí a mi despacho, me cepillé los dientes, me lavé la cara y convoqué a un directorio. No sé lo que dije. Mi equipo de prensa convocó a los periodistas para las declaraciones oficiales y denuncié los hechos con detalles.

El velatorio se hizo en el Ministerio Público y una manifestación popular, al día siguiente, condujo el cadáver a la Asamblea Nacional.

Allí dije un discurso.

Tenía más de treinta horas sin dormir y comencé diciendo:

“Yo no sé hasta cuándo este cargo de fiscal me va a tener amarrado para decir cosas...”.

Improvisé, obviando las notas que había preparado en la madrugada para guiar mis palabras:

“Estoy casi dispuesto a enfrentar esta camisa de fuerza que le ponen a los fiscales generales para que no digan las cosas que ya es tiempo de decirlas, de declararlas y de asumirlas”.

Mi dolor era absolutamente tangible y hablaba solo:

“Ya es tiempo de darle respuestas sólidas al país, de frente, de cara al pueblo. Ya es tiempo de poner de lado esta legalidad que nos ataja, que nos quiere callar con una asepsia neutral, como si quisieran sacarla de un laboratorio para que el fiscal general, especialmente este fiscal general, sea inobjetablemente imparcial”.

Empezaba a destejer todo ese entramado formal con el cual se aspira a que no digamos nada, cuando las frases me rebasaron:

“Ya es tiempo de que empecemos a ser lo que siempre hemos sido, aunque eso traiga consecuencias como las que vivió Danilo. No, no nos vamos a limitar, no vamos a desdibujarnos, no vamos a renunciar a ser nosotros mismos”.

El discurso fue largo, desgarrador y vehemente:

“Danilo es un ejemplo de todo lo que nos puede ocurrir, de los riesgos que podemos correr cuando somos absolutamente fieles a nuestras convicciones, al sentir cívico que nos ha formado durante mucho tiempo y con el cual estamos comprometidos desde antes y para siempre”.

El dolor empezó a hacer estragos:

“¡Justicia ha pedido el pueblo! En las calles la petición de quienes acompañaron sus restos ha sido esa: ¡Pedimos justicia! ¡Solicitamos justicia!”.

El pueblo me había restregado los papeles y las consignas en la cara y, llenos de rabia, me gritaban: “Queremos justicia, señor fiscal”, “Queremos justicia, Isaías”.

En los procesos sociales, de cambios sociales, hay un tiempo histórico que aparece enfrentado al tiempo viejo. Ese tiempo histórico tiene su propio ritmo, distinto, muy distinto al del viejo tiempo. El tiempo histórico se mueve a una velocidad superior al otro tiempo. Ese otro es lento, muy lento, demoníacamente lento. Y es que todo se niega a transformarse y cambiar. El poder para perpetuarse dicta reglas para permanecer intacto, para conservarse. Es una estructura para afirmar el orden establecido y contener toda actuación que atente contra la estabilidad del poder que se quiere cambiar. La ley, en estos casos, es un escudo protector y la justicia procura no hacer justicia.

No es justicia popular.

Fueron todas esas reflexiones las que me hicieron expresar con decisión:

“¡Prometo, como fiscal general de la República, hacer todo cuanto esté a mi alcance para encontrar o para hacer esa justicia que el pueblo me ha solicitado. Mataron a Danilo. Pretendieron intimidarlo y encontraron una pared de coraje y valentía que no solo los detuvo sino que los acobardó y empezaron a odiarlo. Era un fiscal temible porque no se achicaba, no retrocedía, no pedía cuartel, no se escondía ni reculaba. Danilo no está muerto, es una lumbre, una bandera, una consigna, un compromiso”.

La voz me salía por todas partes y se expandía hacia todas las direcciones:

“Lo han convertido en un símbolo y ahora deberán aprender cómo es de difícil dirigirse y hablarle a un símbolo.

Danilo está y no está: tiene imagen y no es tangible: seguirá ganando batallas y, aun cuando no lo vean, van a intuirlo en todos los seres que no huyen, que no dudan y que no vacilan”.

Me ahogaba...

“Quiero decirles que esta muerte le da al Ministerio Público fortaleza, seguridad, firmeza, voluntad y compromiso. Y además nos llena de un amor inmenso, incommensurable, que no se convertirá nunca en ancla de sí mismo”.

Ese mismo día lo llevamos al cementerio y la gente acompañó a pie todas las leguas que hay desde el centro de Caracas hasta La Guairita. Una legua tiene cinco kilómetros y fueron por lo menos seis.

La investigación no ha concluido. Los presuntos autores materiales son unos policías. Pareciera que hay gente sin uniforme y de distintos sexos mezclados en el complot. Se habla de veinte millones de dólares invertidos por financistas extranjeros y venezolanos para un magnicidio que, según los planes, pudiera haberse planeado para ir más allá de Danilo. El plan comenzó en Panamá el 4 de septiembre del 2003, lo ratificaron en Miami unos días después y lo concretaron en marzo del 2004, en un barrio lujoso de Maracaibo. El 18 de noviembre del 2004, con un explosivo colocado debajo del asiento de su vehículo, lo quemaron vivo. La detonación se hizo con un teléfono celular. Había un plan “B” para el caso de que fallara el acto terrorista.



## MI VIAJE POR LA VIDA

### **Había un plan “B” para el caso de que fallara el acto terrorista.**

El 6 de diciembre del 2002, por la noche, me llama mi hijo mayor y me dice unas cosas que no le creo. Me insiste y no le creo. ¡Estás exagerando!, le digo, y él se ofusca.

“¡Está bien! ¡Está bien!” —le expreso con comprensión.

Se calma. Se serena, y me dice que no entiende, que lo ayude a entender, que le explique, que por favor le explique.

No tengo respuestas. Le pregunto que si tiene “tafil”. Me responde que sí, y le pido, por Dios, que se tome uno de un miligramo. Le ruego que se acueste y si no puede dormir que me llame a cualquier hora.

Mi hijo vivía en ese instante un traumático proceso de divorcio y estaba solo; desgarrado y solo; íngrimo y solo en el apartamento vacío de su madre, repleto de fantasmas y nostálgicamente llenos de silencios que hablaban y contaban.

Fue mucho, mucho después, al tiempo, casi rogándole, como logré que me hiciera un relato de lo que le sucedió esa noche. Sabía que él podría recrear el momento y cuando pensé escribir estas notas se lo imploré.

Él tiene una forma peculiar de contar sus cosas y lo narró de esta manera:

... Finalmente llegué a mi casa. La semana ha sido muy pesada. Las reuniones, los viajes de trabajo, los compromisos, la separación, los clientes, mi hijo que no está conmigo, los empleados, el perro que no tengo, la familia desperdigada y... el celular. Y además, los cacerolazos de ambos lados, las marchas y contramarchas, los anuncios de huelgas y escasez... Esta cuerda de violín que va cortando a rebanadas la concordia, el progreso, la paz...

Solo quería llegar a no encender el televisor. Quería olvidarme por unos minutos. Olvidarme de estos días que venían juntándose como mancuernas en un morral atado a la espalda.

Llegué al estacionamiento; respiré hondo para juntar fuerzas y bajarme del carro; caminé justamente los metros que debía para llegar a la puerta del edificio —no tuve que saludar a nadie—; busqué las llaves —¿por qué siempre se pierden cuando estoy más cansado?—; abrí la primera reja, después encontré la llave para llamar el ascensor y ubiqué de inmediato la que necesitaba para marcar el piso —¿por qué dejarán siempre el ascensor en el último piso?

Cuando se abrió el ascensor me vi retratado por Quino en el papel de Mafalda. Marqué el piso, subí piso a piso. Al abrirse la puerta del ascensor ya tenía preparada la llave de la reja del apartamento; abro la puerta y me sopla la brisa vacía e íngrima que siempre me espera.

Hoy no lo lamento tanto. La verdad no quiero decir nada a nadie. Lo único que quiero es sumirme en ese silencio lleno de campanarios lejanos.

Ni siquiera paso al cuarto. Me desplomo en una silla de la terraza a ver el cielo de un atardecer muy avanzado. Contemplo, absorto, cómo va oscureciendo. Las montañas desaparecen y trato de ubicar constelaciones, pero conozco muy pocas. ¿Es común asociar estrellas, poesía y soledad?

Estoy a punto de pensar de nuevo en la semana que voy dejando atrás. Quizás si me sirvo un trago pueda relajarme. Otros lo asumen como algo obvio. ¿Será cierto? Decido probar.

Con esfuerzo me paro de la silla de metal rescatada de la niñez de mi mamá, paso por una botella, llego a la cocina y voy sacando los cubitos de hielo para que tintineen en el vaso. Al verter el licor advierto cómo va coloreándose el hielo del fondo, derritiéndose. Me devuelvo a mi silla y siento cómo el primer trago me araña cálidamente. Lo paladeo en retrospectiva y dejo pasar el tiempo para el segundo trago. Echo la cabeza hacia atrás y vuelvo al cielo. Ya estaba estrellado.

Vibra el celular en mi cintura y maldigo haberme olvidado de apagarlo. Aparece un número desconocido. Vacilo en atender, pero puede más la costumbre. No tengo tiempo de decir 'aló'. Desde la bocina me gritan: "¡Asesino!".

Antes de poder entender lo del grito, me repiten:

—¡Asesino! —era una mujer— ¡Ustedes son unos asesinos!

—Aló, aló, ¿quién es?" —pregunto y me contesta un llanto hecho de rabias y de gritos. No entendía nada:

—¡Dile a mi tío que es un asesino igual que Chávez!

Es entonces cuando logro identificar a la mujer que emitía la atronadora sentencia. Se trataba nada más y nada menos que de mi prima, mi prima hermana. La muchacha con quien crecí desde que éramos niños. Nos llevamos unos meses apenas. Una hermosa y cálida cercanía familiar nos unió y yo creía que era para toda la vida.

"¿De qué estás hablando?" —atisbo a preguntarle y antes de terminar la pregunta cuelga el teléfono como si hubiera martillado algo.

Me quedé estupefacto, atónito, pasmado, sorprendido. No supe qué hacer. No sabía de qué estaba hablando mi prima ni qué cosa aludía.

Siempre habíamos sido unidos, estuvimos muy cerca, nos amábamos como hermanos más que como primos: juntos compartimos a nuestros padres.

Últimamente, sin embargo, nuestras opiniones sobre la política, el país y sobre la manera como ella solucionaría los problemas no nos identificaban.

Recuerdo incluso que estando de vacaciones mi hijo y yo, en la finca de su esposo, comentó que deberían matar a Chávez; que esa era la única forma de acabar con el problema: que si le dieran un rifle, lo haría ella misma.

Me sorprendió mucho su simplismo macabro. Intenté razonar con ella, pero no tuve éxito. Seguramente la llamada debía estar relacionada con eso. Tal vez ocurría algo o pasó algo. Me acerqué al televisor y lo encendí. Las cámaras y los micrófonos narraban ‘en tiempo real’ cómo, minutos antes, un hombre había sacado una potente pistola en la plaza Altamira y había asesinado a varias personas y había herido a otras. Lo había atrapado inmediatamente la policía municipal que ‘resguardaba’ la plaza y, al mismo tiempo, lo había rescatado de los sobrevivientes que lo iban a linchar.

Me indignó aquel acto criminal. Era abominable. Tenían que castigar al homicida y a quienes lo hubiesen mandado a cometer aquel horrible crimen. Era necesario que se investigara todo para determinar, sin lugar dudas, quién era ese asesino, por qué lo había hecho, quiénes estaban involucrados en ese acto y qué fines perseguían.

Todas esas preguntas me cayeron encima; tenía necesidad de justicia (yo soy abogado). Mis preguntas me devolvieron a la acusación que me había formulado mi prima. Dijo: “¡Asesino!”, acusándome a mí. A mi papá. ¿Qué podía haberle sucedido a mi prima para que nos desconociera hasta ese punto? ¿Cómo podía ella pensar que mi papá, y menos yo, hubiéramos participado en un acto tan abominable? ¿Por cuál razón me llamó para inculparme de algo tan aborrecible? ¿Había olvidado toda una vida? ¿Cómo había hecho para extraviar tantos recuerdos? ¿Es que acaso no nos conocía de toda su vida? ¿Se había vuelto loca? ¿Estaba loca?

Después de eso no volvió a llamar más. Ni en mi cumpleaños —como venía haciéndolo consecutivamente desde hacía más de veinte años—. No llamó en diciembre. No llamó en Navidad ni llamó en Año Nuevo.

Cuando murió nuestra abuela la vi. La abracé porque sabía cuán importante era esa pérdida para ella. Recibió el abrazo, sin inmutarse, sin compartirlo, ausente... lejana. Supe, definitivamente, que ella había elegido un bando y me había colocado en el otro.

Cuando más lo lamenté fue cuando mi hijo de ocho años me preguntó cuándo volvería a compartir con sus primos —los hijos de ella—. Recordaba a mi hijo emocionado cuánto había

disfrutado al compartir con esa parte de la familia que ahora estaba unilateralmente rota.

No tuve explicaciones. Nada válido se me ocurrió para responderle. Le dije lo primero que me pasó por la cabeza. Le dije que estaban muy ocupados, que quizás cuando tuvieran la mente más despejada podríamos compartir otra vez las vacaciones”.

¿Mentí a mi hijo?

Todavía cargo en la garganta esa pregunta como un hueso y le paso la punta de la lengua como si fuera un diente que tengo roto desde hace mucho tiempo. Definitivamente no sé qué hacer con la pregunta. Juro que no me la he comido y que a pesar de haberlo intentado varias veces tampoco me la he podido tragar.

¿Cómo creen ustedes que se siente un padre que por ser el fiscal general tiene que montarse en la espalda, o en el pecho, o en la traquea, o en el hígado, culpas que la locura sembrada por los medios o por yo no sé qué cosa, sus propios sobrinos y sobrinas le atribuyen?

¿Hasta qué extremos puede llegar esa demencia? ¿Quién envenenó tant agente? ¿Cómo hicieron para inyectarse odio? ¿Quién inventó esa vesania? ¿De dónde salió esa neurosis colectiva? ¿Ese aturdimiento? ¿Ese desorden mental? ¿Ese atolondramiento que dividió las familias y, con un hachazo, terminó los parentescos? ¿Cómo fue que perdimos el juicio y nos chiflamos y frenéticamente quedamos como “tocados”? ¿Por qué dejamos que nos enajenaran?

Tengo más preguntas, mil preguntas, un millón de preguntas y muy pocas respuestas. Se me ocurrió escribir para ver si hablando conmigo mismo alcanzo a responderme y, también, a responder. Ya es tiempo de contestar y replicar. Ya es tiempo de sacarnos de adentro todas, o una buena parte de estas cosas, que nos han hecho mucho, pero mucho daño.

Lo peor de todo es que Yoao Gouveia, el portugués que asesinó a sangre fría a las personas de la plaza Altamira, está

condenado por una investigación y una acusación que realizó el Ministerio Público.

Sí señor, para quienes aún no lo saben, el 14 de abril del 2003, Joao de Gouveia fue condenado a cumplir veintinueve (29) años y once (11) meses de presidio, por haberse encontrado culpable de homicidio calificado, con alevosía, motivos innobles y premeditación. El Tribunal de Juicio así lo decidió.

La Fiscalía cumplió con impecable imparcialidad su trabajo.



Leonardo vivía en ese instante un traumático proceso de divorcio y estaba solo...

# MI HERMANA LUCILA

## **La Fiscalía cumplió con impecable imparcialidad su trabajo.**

Lucila es la mayor de las hembras. Me sigue a mí. Es la madre de la prima que llamó a mi hijo el 6 de diciembre del 2002. Era la hija consentida de mi padre. Era rebelde y solo mi madre la enfrentaba. Estudió hasta tercer año de derecho. Se casó y el marido no le permitió que siguiera estudiando. Fuerte, severa y trabajadora, se convirtió en la Úrsula Iguarán de la casa. Mandaba como la propia Úrsula.

Nunca nos acercamos políticamente. Cuando yo era socialdemócrata ella era socialcristiana y cuando yo decidí apoyar a Chávez ella se identificó con Salas Rómer. Peleamos mucho de pequeños sin irnos a las manos. Era recia y yo no torcía el brazo.

Buena madre, buena esposa y buena hija. Religiosa hasta más no poder. Heredó la sazón de doña Luisa y cocina como los ángeles. Así dice la gente, aun cuando nada dice la Biblia sobre los guisos de los ángeles. Con un horno y un caldero es capaz de hacer milagros. Mira con sufrimiento. Se ríe como si el alma se le desbordara. Es impulsiva y

peleadora. No se rinde ni da cuartel. Quiere y odia con pasión. No se arredra y es leal a sus causas.

El “tarab” es una expresión árabe que somatiza la tristeza. “Mientras el tarab te bambolee nada se habrá perdido”, afirmaban los viejos poetas de Bagdad. Con un reloj de agua, una clepsidra, he medido minuciosamente el tiempo que Lucila dejó de hablarme. Renunció a ser mi hermana porque soy el fiscal y ella no “pasa” al presidente. La enferma, la trastorna y no sabe qué hacer con toda esa rabia que hizo a su medida.

El dolor no se entiende hasta que uno mismo es quien lo siente. Por cierto, no es verdad que el dolor es el mismo para todos. Ni siquiera para quien pudo haberlo percibido antes, porque, créanlo o no, el dolor no se repite nunca. El dolor es lo más personal que existe. Se percibe siempre de manera distinta, según cada quien, cada tiempo y cada circunstancia.

“Todo dolor —expresa Antonio Gala— es una forma de destierro” y, con esa extraordinaria sensibilidad que tiene su poesía, todavía es capaz de decir: “... este dolor no es que sea mío, es que yo soy de él...”.

El día que mi padre murió sentí un dolor como el que describe Antonio Gala. Estaba empedrado en un metal que no era el mío cuando un grito que tenía cuchillos le partió el corazón.

No sé si fue en la lluvia o en la tierra, solo sé que lo enterraban y que, sin ver a nadie, un dolor que tenía dolores propios, me lloraba hacia adentro y hacia fuera.

Es con un dolor parecido, desde otra época, como siento el tormento, la pena o la congoja, el desconsuelo y la desolación de saber a Lucila tan lejos y tan sin razones, cuidando

una tristeza que solo una clepsidra o un círculo de cobre agujereado es capaz de medir.

En el dolor hay jeroglíficos. Confieso que en él dejo la carne y el espíritu. Que temores distantes llegan como relámpagos y la vida se me vuelve un filo que me corta. La sangre gotea y no se detiene y los extravíos parecen miedos que vegetan en el silencio. No sé si una limosna de verdades ansiadas o una palabra nunca antes dicha podría detener los relojes y devolverme la luz y los follajes.

En una de sus novelas, Ernesto Sábato aborda el tema de las premoniciones y refiere el naufragio del *Lusitania*, visto en el sueño de la señora King, y el asesinato del ministro Perceval, avisado también en otro sueño.

Su conclusión es tajante: "... el futuro está escrito y puede haber hechos de esa naturaleza producidos por un encadenamiento de causas y efectos de los que la propia conciencia no es capaz de sustraerse". ¿Será eso lo que nos pasó a Lucila y a mí?

Me niego a creer que una diferencia de ideas o de posiciones, que además siempre las hubo, sea capaz de producir un distanciamiento que nos hace daño a todos y, de manera especial, a sus sobrinos y a los míos.

Entiendo, como lo afirma Sábato, que un planeta no pueda cambiar de opinión y que su órbita sea definitivamente inexorable, pero los humanos somos diferentes. Estamos llenos de contradicciones y eso nos hace terrenales y torpes, inteligentes y asertivos, sensibles y seguros.

Siempre, como en el *Eclesiastés*, hay un tiempo para diferir, para convenir, para reconvenir, para razonar, y hasta para reflexionar.

En nuestro mundo puede haber revueltas, pero en las matemáticas jamás habrá una sola rebelión. Nuestras emociones no las enderezan palancas ni martillos. Estos son instrumentos para el metal y la madera, pero no para el alma y el espíritu. El diálogo no es tarea de herreros ni de carpinteros. El pensamiento lógico y el mágico coexisten y hoy, desde aquí, los invoco para terminar las distancias.

El laberinto en Borges es un símbolo de perplejidad y sus espejos un “yo” dinámico y cambiante. Hasta en la terrible elegancia de sus tigres, Jorge Luis Borges, a pesar de ser ciego, vio ternura y oro. No entiendo, por Dios, los laberintos sin asombro, ni el asombro sin laberintos y emociones. No entiendo sus espejos sin imágenes nuevas, ni sus tigres sin oro ni elegancia. Debe haber otra cosa que está en alguna parte y no la veo, invoco El Aleph de Borges y ahí me quedo. Para Rodríguez Monegal, El Aleph es una Divina Comedia reducida. Para María Esther Vásquez es el lugar donde convergen todos los puntos del espacio y del tiempo. Invoco El Aleph y ahí me quedo.

¿Que tal si esta Úrsula Iguarán que es mi hermana se sacara del pecho o de la cabeza la pureza excepcional con que está hecha, se sacudiera contagios y suspicacias, y desde un corredor de begonias, una tarde de marzo o de cualquier mes, envuelta en sábanas de bramante, empezara a elevarse y, como en la novela de García Márquez, abandonada en el aire, ascendiera con el aleteo de las sábanas hasta el cielo y encontrara allí los pájaros de la memoria que nos entregaron don Pancho y doña Luisa? ¿Que tal si nos aceptamos, ella recia y yo recio, ambos sin torcer el brazo?



Mi hermana Lucila era recia y yo no torcía el brazo.



## LOS AMIGOS SE AFLOJAN

**¿Qué tal si nos aceptamos, ella recia y yo recio, ambos sin torcer el brazo?**

    Mi hija vive en Madrid. Allí está mucho antes de que estos cargos públicos me arrancaran mi paz y mi poesía. Es psicóloga.

    Un país que no es suyo comenzaba a darle lecciones diarias. Se le abría y se le cerraba. La vieja ciudad apabullante empezaba a regalarle parques y museos y a ratos, también, le entregaba un cuento y un farol.

    España iniciaba, por fin, sus primeras tentativas de no verla más como un cuerpo extraño, cuando recibió la terrible carta de su padrino.

    No quiero hablar por ella. Voy a dejarla que cuente su historia:

    ... me veo aquí con mi hijo y con mis padres y hermanos que, aunque lejos, están más cerca que nunca. Con los amigos que me quedan, los pocos, los verdaderos; con mi país lejano que no cesa de parir sueños, dueña de un espacio hecho a pulso, construido a punta de amor, de convicciones, de ilusión y que, para mi sorpresa, me ha traído gente que anhelaba encontrar.

Me veo con un compañero que apuesta por mí a cada instante; que me descubre las heridas para que crezca con ellas; que me recuerda que el amor no siempre es como lo pintan, sino verdadero e incierto, sólido y efímero, ruidoso y silencioso, explosivo y tímido, total y absolutamente contradictorio.

Me veo con unos padres inmensos, coherentes, que luchan por lo que creen; unos padres que se rehacen a pesar de su historia.

Me veo con unos amigos nuevos que me entregan su solidaridad y su afecto, para que no olvide nunca que la amistad no puede ser de otra manera. Estos amigos sí están hechos de bosques y ríos, como mis hermanos. Son otoñales y primaverales; me dan abrigo, calidez y cobijo.

Así estaba mi hija cuando recibió la terrible y agresiva carta de su padrino. Dejemos que la carta hable por sí sola:

Querida ahijada:

Antes que nada, tanto de mi parte como de tu madrina recibe un gran y afectuoso saludo: hemos recibido las fotos: el niño está muy lindo y grande y que Dios te lo cuide (sigo insistiendo que se parece a la abuela). Querida ahijada, dijo el poeta que en este mundo traidor nada es verdad ni es mentira y que todo depende del color y del cristal con que se mira. Respeto mucho tus apreciaciones respecto a ese país que tú dices “no cesa de parir sueños”, pero te recomiendo que, con todo ese cariño que te tengo, preguntes a tus amigos, a tus verdaderos amigos, a los que estamos aquí en Venezuela, ¿cómo lo ha hecho este gobierno? Si no lo has preguntado todavía, te lo recomiendo, y eso te dará una relación más cierta sobre los dimes y diretes que por aquí se rumorean. Por mi parte y la de todos en esta casa, lo que se ha hecho es fatal. Cuando tú sales a la calle y ves niños y jovencitos parados en las intersecciones de los semáforos haciendo malabarismos para pedir dinero y te consigues madres indígenas con un bebé en los brazos y 2 o 3 pegados en la falda pidiendo limosna, y en otra te consigues a otros niños sugiriéndote limpiarte los vidrios para pedir, y en otra te encuentras un mar de buhoneros ambulantes vendiendo lo que se te provoque imaginar porque no hay fuentes de trabajo estable, y ves la ciudad o las ciudades parceladas por cuadras por los cuidadores de carro que lo que hacen es mendigar

de una manera distinta (no tienen trabajo); cuando tú mismo no tienes trabajo y ves que cada día tus recursos son menos; cuando has tenido que ir a un supermercado y pedir que te lleven la cuenta porque sabes que el dinero no te alcanza y vas a tener que dejar algunos productos; cuando te tienes que operar de la vista, como le pasó a tu madrina —MINFRA le debe 26.000.000 de Bs. por unos trabajos que ejecutó en el 2002 y no se los han pagado por ineficiencia administrativa.

Te repito, ahijada, cuando tienes que operarte y tienes que hacerlo no con el médico que a ti te genere confianza, sino con el que puedas pagar; cuando te dicen los cuidadores de carro, querida ahijada, que lo bueno de estudiar es que te pagan por hacerlo (Misión Robinson) y no porque tú desees superarte; cuando esos mismos cuidadores de carro te dicen que se van a graduar de bachilleres en 2 o 3 años y tú tuviste que estudiar 5 largos años; cuando, por Dios ahijada, te ofrecen Universidades donde ni siquiera hay profesores; cuando no tienes trabajo y tienes necesidad y te dicen que para dártelo tienes que renunciar a tus principios; cuando todo esto pasa, no puedes pensar que tu país está “pariendo sueños”, ni puedes concluir que las cosas se están haciendo bien.

Querida Nathalie, cuando aunque estés trabajando el dinero no te alcanza para comprar medicinas; cuando no te atreves a ir a un médico porque a lo mejor te dice que debes hacerte una operación y, a pesar de que tienes un seguro, prefieres no hacértela porque pudieras necesitar el seguro en otro tiempo por un problema de salud más grande y no podrías probablemente disponer de ese seguro para ese momento; cuando te aumentan la póliza y tienes que decir que no puedes pagar ese aumento y estás en el otoño de tu vida y te quedas sin trabajo sabiendo cuánto cuesta conseguir otro, no puedes pensar que tu país está pariendo sueños.

Este, mi querida ahijada, es el cuadro de tu país, ese que tú dices que “pare sueños”. Esa, Nathalie, es la verdadera y auténtica realidad; la latente. No, no es mediática ni virtual, como tú dices. Cuesta crearla, pero es así.

Perdóname estas confesiones que son duras, pero, querida ahijada, es la realidad “real” que estamos viviendo.

Querida ahijada, volviendo al comienzo, tengo como padrino que decirte que ese es el color del cristal con que yo miro la situación de tu país “lleno de sueños”.

Disculpa lo largo y, a lo mejor, lo desagradable de la presente carta.

Siempre he pensado que tú has hecho muchísima falta en este, tu verdadero país.

Te queremos mucho.

Solo que mi hija está hecha de barcos y de pinos. Viene del azafrán y la palabra. Nació erguida como un mástil y anda por todas partes como un barco cargado de banderas. Pocos le perdonan la libertad insolente que ella inspira. Yo le admiro, profundamente, sus pocos o sus tantos días iguales y distintos, con ese largo camino de los vietnamitas: sin traiciones... sin dudas... sin fatigas...

De niña, a los ocho o nueve años, le conté un cuento donde le decía:

“... si supieras, Nathalie, cómo se empobrece el mundo cuando los niños participan de la incredulidad de los adultos; cree, Nathalie, cree en el Niño Jesús, cree en los Reyes Magos, que con ellos te ha de suceder ahora lo que después te acontecerá con infinidad de cosas en las que tendrás que poner una fe muy grande para que puedan existir, para estar segura de que existen... mira, Nathalie, no hay nada más real que la imaginación”.

Ella me oía con sus cabellos enredados en el chinchorro.

“La imaginación, Nathalie —le insistía con esa voz que yo dejaba caer despacio—, no es la fantasía. La fantasía no puebla nada, pero la imaginación, Nathalie, ha llenado el mundo de personajes que sin haber existido nunca, existirán siempre y estarán eternamente vivos, bien vivos, como *La Sirenita*, de Andersen; el *Hamlet*, de Shakespeare; el *Fausto*, de Goethe; el *Don Quijote*, de Cervantes.

Cree, Nathalie, cree siempre —se lo imploraba o se lo rezaba—. No dejes que los adultos te contaminen con sus incredulidades ni, mucho menos, con la lógica absurda que a ellos les quita los sueños y la imaginación...”. Así, armada de historias, de cuentos, de leyendas, de mitos y de ella misma, respondió a su padrino:

Querido padrino:

He leído tu mail un par de veces. He sondeado en el mío lo que tiene de incongruente con el tuyo y, perdóname, pero no he hallado nada. Mi *mail* no dice que este gobierno sea bueno, lo único que establece es que es un gobierno legítimo y que, efectivamente, ese señor Chávez, no es ningún dictador.

¿A qué va eso?, pues simplemente a reivindicar el proceso, frente a un montón de acusaciones que son injustas. Siempre he creído que es absurdo mentir cuando tienes verdades con las cuales apoyar tus argumentos.

Como tú, creo que hay desfases en este gobierno. Creo que la estructura del Estado no se ha regenerado en la medida que yo lo hubiese deseado. Creo que efectivamente el flagelo de la corrupción, tío, ha logrado deslastrarse. Pero ojo, considero que eso tampoco justifica que se le llame ladrón a cualquiera que huela a gobierno.

He tenido que soportar durante años que los que persiguieron y amenazaron de muerte a mi papá y a mi hermano hablen de mi papá como un asesino. He tenido que aguantar que introduzcan causas contra él por crímenes de lesa humanidad en Cortes Internacionales. He tenido que soportar que me envíen *mails* donde se habla de lo que mi familia se ha robado y no he tenido el más mínimo gesto de solidaridad de todos los amigos a quienes citas.

Nadie nos escribió para decir que eso no era cierto. Nadie nos escribió para preguntarnos cómo nos encontrábamos después de los terribles días del golpe, a pesar de que todos sabían que mi papá estaba en una lista negra y que mi hermano, mi sobrino y mi papá, tenían que dormir cada noche en un sitio distinto y no podían comunicarse con nosotros para no ser detectados. Nadie, padrino, nadie. Y sé que Uds. me quieren y saben que yo les

adoro, pero no puedo permitir que se me juzgue, ni que sojuzgue a mi familia con “el mismo cristal” con el que se pretende ver a los demás.

He tenido que abrir correos, el de La Negra, por ejemplo, donde dice que mi papá está en una lista de la DEA porque se cogió unos dólares, como si fuera un narcotraficante, con un dinero inventado por sus detractores. ¿De La Negra, entiendes? ¿Entiendes lo duro que puede ser? ¿Que tus propios amigos no sean capaces de darse cuenta (en el mejor de los casos) de que te envían un *mail* para hacerte daño? Además, sin darte excusas *a posteriori* cuando ya ellos se han dado cuenta de que es solo una calumnia. Sin llamarte para decir que se equivocaron. ¡Como si eso no hiriera! ¡Como si eso no lastimara! ¡Como si no te hubieran conocido nunca, ni a ti ni a tu papá, ni a tu hermano! Sin que nadie, ninguno de tus amigos; sin que nadie, padrino, sea capaz de sacar del error a toda esa gente solo para decirles “Oye... pero yo los conozco y no lo creo...”. Sin nada de eso, padrino.

Yo no sé si Chávez es bueno, pero si sé quién es malo. Sí sé quiénes apostaron por el deterioro imparable del país. Sí sé quiénes optaron por un paro nacional como mecanismo para obtener el poder, conscientes de que solo buscaban miseria y más miseria. No, padrino, no estoy justificando la existencia de Chávez, ni que siga allí. Yo no estoy intentando convencer a nadie de nada, ni es mi estilo, ni es mi interés. Simplemente quiero que me respeten y que, ante todo, se respete la historia, al país y a los demás.

No creo que la división del país sea responsabilidad solamente de un gobierno; creo más bien que ha estado latente siempre. ¿Esos niches, esos “monos”, no es tolerancia, padrino; es racismo, padrino, es fascismo. ¿O tú crees que no es así?

Dices que se ha polarizado más la situación dados los estilos de gobierno y oposición. Siempre he pensado que para pelear se necesitan dos y si la oposición hubiera estado a la altura no se hubieran alcanzado estos límites. Insisto, no justifico nada, estoy describiendo y el panorama es mucho más ancho de lo que estás viendo con “tu cristal”.

De mi papá se ha dicho de todo. Si no me crees, entra en [reconocelos.com](http://reconocelos.com), y revisa lo que se escribe de mi papá. ¿Dime cómo te sentirías? Tú seguro no tuviste que mudarte porque te hacían la vida imposible en tu urbanización. Mi papá sí, mi papá tuvo que vivir en su oficina durante muchos meses porque no

podía volver a su casa: estaba asilado en su propio país, padrino. ¿Sabes, padrino?, a mi papá le conectaron una alarma grosera que gritaba cuando él abría la puerta de su casa. Seguramente tampoco te colocaron un foco de luz que apuntaba hacia tu vivienda para que toda la urbanización se percatara de tu llegada y comenzaran a hacer llamadas obscenas, dejar notas asquerosas bajo tu puerta o escupirte cuando entrabas al ascensor.

Tú, seguramente, no tuviste que dejar de salir, ir a comer a la calle, ir al cine y confinarte en cuatro paredes para poder tener, “un poco de calma”. A ti, padrino, no te privaron de la libertad desde la oposición, ni te dieron la casa o la oficina por cárcel, ¿qué te puedo decir?, como yo lo padecí “junto” a mi papá aunque estuviera lejos; como yo tuve que darle consejos a mi hermano para que le explicara a mi sobrino de 7 años que sus “amiguitos” no estarían en su cumpleaños porque era nieto del fiscal; como yo tuve que hacer de psicólogo con mi otro sobrino de 2 años y medio (porque un imbécil le dijo que su mamá y él eran chavistas y había que matarlos) ... Como tú no lo padeciste, probablemente no entiendas lo que siento...

Sí, es verdad, cada quien tiene un cristal para mirar y cada quien ve a través de ese cristal, pero lamentablemente a mí me tocó este con que te estoy contando estas cosas. Yo no estoy pidiendo nada. Estoy tratando de que respetes mi opinión y el respetarla no quiere decir que tú omitas la tuya. No quiere decir que evites la tuya, no. Solo quiere decir que respetes la mía. Como yo hago con la tuya y con la de todos. Yo no salgo a insultar, ni a mentir sobre el que piensa distinto a mí, ni le envío *mail* a nadie diciéndole groserías. Yo no dejo de escribirles a ustedes ni de enviarles las fotos de mi hijo; yo no dejo de llamarlos... yo no dejo de ser amiga solo porque no crean en lo que yo creo. Lo que sí es cierto es que definitivamente la amistad se pone en entredicho cuando no hay ni la solidaridad ni la reciprocidad que yo profeso y pido que me profesen.

Siempre, siempre he sido muy cuidadosa de no herir la sensibilidad de los otros y creo que lo único que pido es lo mismo. Porque para mí en las amistades no hay cristales como los tuyos. Se es amigo o no se es. Se respeta o no. Lo que no se puede es ser medio solidario o medio amigo. Y eso lo aprendí de gente como Uds.

Yo no reivindico al gobierno de Chávez, porque no tengo todos los elementos para hacerlo; pero, como Galeano, yo no milito en

un lugar distinto a la esperanza. Si alguna vez quieres conversar de estas cosas ojo a ojo, cara a cara, mirándonos los dos, te darás cuenta de que soy muy crítica, pero que ser crítica no me coloca necesariamente en la acera del frente.

Entiendo las posiciones cuando son diferentes a las mías, pero no puedo transigir en las posiciones que no tienen objetividad o que carecen de ella.

Verás, hay cosas de las que estoy convencida y, entre ellas, que un proyecto de país trasciende a Chávez y que en ese proyecto de país estamos todos.

Ojalá y tu situación personal mejore. Nosotros también estamos pasando una racha económica muy mala y esperamos que aquí, como allá, nuestro esfuerzo sea reconocido y recompensado. En todas partes se cuecen habas y aunque la prensa denuncia los 100.000\$ que me envía mi papá, la verdad es que jamás los he visto y estoy segura de que mi papá tampoco.

Yo tampoco la he pasado bien fuera de mi país. Vine a estudiar y he pasado el trabajo hereje ¿sabes? no obstante no culpo a nadie de ello. Solo intento esforzarme porque algún día pueda llegar adonde estás tú o adonde están mis papás, con una vida hecha y con un mundo menos miserable y estrecho que ese en que han sumido a las mayorías de mi país; ese que los ha literalmente excluido y los borra como si no fueran nadie.

Yo reivindico, como tú, la honestidad, pero a diferencia de ti, no creo que el venezolano la haya perdido en los últimos 4 años. Creo que ha sido todo un proceso sistemático de degradación de muchos años, de toda esa democracia de mentira, donde desde los ministros hasta los bedeles han robado y nadie los ha puesto presos y andan por allí como si nada; esa corrupción, padrino, que aún no se ha podido erradicar.

Ojalá tu contribución y la de todos los que tú dices que se oponen a ti logren algún día ofrecernos un mundo más justo.

Los quiero un montón...

Nathalie

Quando leí esta carta entendí que ni uno solo de los cuentos que de niña le había leído a esa hija que tiene el nombre de la guía rusa, en esa especie de mazurca que

cantan los hermanos Arriagada, se habían perdido. Ni uno solo se le había extraviado de la memoria. Y, además, supe, para mi bien y para el de ella, que había Niño Jesús y Reyes Magos para rato.

Supe, además, para esta gran felicidad que quiero, hoy, entregarle al mundo y a toda la humanidad, que Hans Christian Andersen, Guillermo y Jacobo Grimm, Lewis Carroll, Claude Perrault, todos los cuentos árabes y las leyendas mágicas de América, del África, de Asia y de Oceanía, que en un viejo chinchorro de moriche le leí a mi hija, estaban absolutamente vivos y vivas, intactos e intactas, y hasta mejor contruidos y tal vez mejor contados que en aquella voz llena de pausas con que dejaba las palabras como enterradas, no sé si en su alma, en su carne, en su sangre o en su espíritu. La vida me compensaba, de esa forma, la casa por cárcel, la oficina por cárcel, el exilio que había vivido en mi propio país, el asilo absurdo dentro de la propia patria y hasta la extraña prisión de vidrio que corría de arriba a abajo sobre el lujoso parquet de mi oficina de fiscal general.



Nathalie vivía en Madrid. Allí está mucho antes de que estos cargos públicos me arrancaran mi paz y mi poesía.



## LOS COMPAÑEROS DEJAN DE ACOMPAÑARNOS

**La vida me compensaba, de esa forma, la casa por cárcel, la oficina por cárcel, el exilio que había vivido en mi propio país, el asilo absurdo dentro de la propia patria y hasta la extraña prisión de vidrio que corría de arriba a abajo sobre el lujoso parquet de mi oficina de fiscal general.**

Desde la desilusión Harry Almela se propuso recopilar un conjunto de misivas personales y colectivas que, en una edición de lujo, llamó *Las cartas en la batalla*.

Los poetas como los cristianos no huelen, dijo una vez uno de los tantos sultanes de Granada. Lo de ellos es siempre una inconcreta perennidad. Creen en sus verdades más que en los ideales y, cuando van a la guerra, van a saciar sus venganzas, nunca a defender algo.

Y es que estas misivas no tenían otro propósito que “salir de la grosera apatía con la que un grupo de intelectuales había pretendido ponerse a salvo”.

Nunca antes “esta nueva versión de la lucha entre civilización y barbarie tuvo tantos héroes”. Detrás de esa espina y esa rosa, colocada cuidadosamente en las misivas, estaban los intelectuales a quienes, al fin, la política les tocó la puerta.

“Empujados por la fuerza de los vientos... y cansados de ser hermosos floreros en los estantes de las librerías y en el resto de los escenarios”, decidieron, desde su posición (o desde la oposición) dar testimonio de una época asaz tempestuosa, donde los personajes dejaron de ser unos simples vocablos para pasar a ser “individuos plenos”.

Estas fueron sus cartas y están echadas sobre la mesa, volteadas y dispuestas para quienes osen y se atrevan a jugar con “naipes marcados”.

Riesgoso es ese juego de cartas porque el jugador expone, frente a autores verdaderamente neutrales, con o sin apuestas, su altanería cómoda ante la práctica social, tal como lo hizo Heidegger, y pretende lavarse contemplativamente las manos ante los conflictos sociales por cuanto para ellos, sencillamente, “hay necesidades que no son necesarias”.

No sé si alguno de ustedes sabe que el sustantivo “intelectual” apareció con la República de Weimar y que aún a finales del siglo xix no se encontraba ni en el *Littré*, ni en el *Larousse*, ni en ninguna de las enciclopedias francesas.

¡Qué vaina esto de ser intelectual!

Algunos lo entienden como un tatuaje, como una marca que cargas y te distingue, para que siempre te opongas al poder, a cualquier poder. Si te sientes verdaderamente intelectual debes vivir en un laboratorio, en una cápsula, en una burbuja, para no contaminarte con ese mundo asqueroso y sucio de la política.

La política, para ellos, no se proyecta más allá de la realidad; y el “verdadero intelectual”, el que se precia de tal, debe, ante ella, impedir que lo aprisionen, que le quiten la libertad, que le impongan posturas y, en definitiva, que le

maten los sueños y la capacidad de crear, así como que, de todas todas, le impidan ser el ejemplo embellecido del más acabado ciudadano de la humanidad.

¡Qué vaina esto de ser intelectual!

¡Fíjense ustedes cuánto costó a los intelectuales de *Las cartas en la batalla* “... poner en duda la grosera apatía con la que habían pretendido colocarse a salvo” ¿A salvo de qué, si al final asumieron, “por error u omisión”, una postura que el intelectual que se precie de tal —según ellos lo tienen establecido— está obligado a rechazar desde lo más íntimo de su yo?

Por cierto, hay que ver cuánto “yo” tiene un intelectual.

Está claro en las misivas de ellos que no han querido ser “los cómplices de aquellas aguas y de estos lodos”. ¿Y, sin embargo, no fueron, a final de cuentas, cómplices de algo? ¿De aguas o de lodos? ¿No habría por allí un *alter ego* pellizcando subliminalmente la especial autoestima de estos intelectuales, para aspirar a héroes, pontífices, y uno no sabe si hasta santos? Era, dicen las misivas “la frontera entre el quedarse y el continuar”. Sí, en efecto era esa la frontera. ¿Se quedaron afuera o entraron? Nos da la gana de pensar que la “desilusión” los llevó a quedarse afuera y adentro, porque el oportunismo castiga de esa forma.

Y es que la política, toda la política, la del gobierno y de la oposición, la del poder y del contrapoder, la del Estado y la de la calle, descalifican grosera e injustamente al intelectual.

Para la gente que lucha arduamente por sus ideales, para quienes pegan afiches y hacen barricadas, y gritan cualquier cosa por un micrófono, incluso para muchos de quienes son sus líderes y los dirigen, los intelectuales somos —perdón por incluirme— unos pequeños burgueses,

cómodos, que siempre estamos fuera del mundo y de la realidad, y que solo estamos pensando en un cargo diplomático, preferiblemente en París, aunque podemos transarnos por Barcelona o por Madrid.

¡Qué vaina con esto de ser intelectual!

El intelectual no tiene entonces más remedio que jugarse el todo por el todo, la vida, los hijos, la mujer, el trabajo, para intentar liberarse de la desconfianza y de la incredulidad que se le tiene. Un autor sureño se atreve a afirmar que la credibilidad solo llega a los intelectuales con la partida de defunción.

¿Y qué hacemos, como diría el Benedetti que algunos de ellos desprecian por no sé cuál razón? ¿Qué hacemos cuando la sociedad nos contagia de sus urgencias y nos solicita compromisos y pronunciamientos? ¿Renunciamos? ¿Renunciamos a qué? ¿A ser intelectuales o al compromiso? ¿Nos abstenemos? ¿Nos inhibimos? ¿Entregamos la vida... o entregamos la muerte? ¿No es acaso más sencillo asumir la realidad, como bien lo hicieron quienes escribieron *Las cartas en la batalla*, y también lo hicimos otros de otra manera, sin tenerle horror ni a la política ni a la realidad? ¿No es más fácil asumir el avispero de la controversia, sin pretender la pureza de los imaginarios que nada más tienen cálculo, miedo e hipocresía? La política es la historia que se hace y se deshace. Es necesario correr los riesgos de la historia porque eso no nos hará ni menos ni más intelectuales. Por lo demás, el compromiso tiene puentes que permiten reeducarnos la soledad y nos vacía de ese “yo” tan vanidoso y tan tercamente individualista, con el cual terminamos volviéndonos egoístas, insensibles y, finalmente, invisibles.

La idea no puede ser la libertad para no saber qué hacer con ella, disfrutarla a solas con nosotros mismos, regodearnos con ella y hasta perdernos dentro de ella.

No creo eso que le oí decir alguna vez a alguien que se creía intelectual: “Los intelectuales no deben meterse en política”. Nunca he creído en la ambigüedad. La historia se mueve, patina, zigzaguea, trepida y hasta ondula. La historia nos cobra nuestras posturas y nos pasa la cuenta. Quien se sienta definitivamente un intelectual y tenga obra hecha, y tenga posturas, equivocadas o no, siempre tendrá con qué pagar. La inercia no tiene osadía, ni iniciativa, ni imaginación, ni solidaridad, ni nada.

Tampoco es verdad que solo hay que mirar hacia delante, para no comprometerse. Por el contrario, hay que tener “ojos hasta en la nuca”, como el búho. Esa es la diferencia entre la sabiduría de estas aves y las torpes y bruscas arremetidas de los rinocerontes.

Siempre lo hemos sabido: “los intelectuales” no quieren ensuciarse; están hechos para la evasión, el despego y la fuga, pero lo peor es que cuando menos se lo imaginan optan por la prehistoria inquisitorial del Santo Oficio. No tengo conocimiento de ninguna especie respecto a que “el hedonismo” haya conducido, alguna vez, los caminos de la vanguardia histórica.

Sartre afirmaba que el verdadero intelectual es aquel que, aun teniendo contradicciones entre su fidelidad y su duda, se compromete, sin soberbia, con la realidad. Completaba esta idea de esta manera: “No siempre el compromiso se ejerce desde la certeza, sino también desde la inseguridad y la incertidumbre, solo que debemos ser leales a nuestras propias confusiones”.

Quienes se confiesan haber sido apáticos a la política y hasta “independientes de la independencia” tal vez no conozcan la historia de Yuri Karlovich Olesa, autor de una extraña teoría staliniana que se conoció como “La ingeniería de las almas”.

Yuri Karlovich vivió ese complejo de inferioridad frente a la realidad y se volvió un mendigo. Compadecido de sí mismo, el gran escritor se hizo insignificante y vulgar. Empezó a pensar que no era útil para nadie y sintió entonces miedo. Fue cuando la miseria —él lo relata— se le hizo tangible y eso lo fue matando poco a poco.

## LA GLORIA EMBUCHA

**Empezó a pensar que no era útil para nadie y sintió entonces miedo. Fue cuando la miseria —él lo relata— se le hizo tangible y eso lo fue matando poco a poco.**

¡Claro, Almela, bien sé que no esperaste ni esperabas respuesta a la carta que me dirigiste públicamente! La carta que en muy buenos espacios dieron a conocer algunos medios escritos nacionales y que tú mandaste a colocar en cuanto diario y revista de provincia existe en el país. Me la reportaron desde varios lugares. Entiendo, como muy bien lo explicas, que la escribiste “por un acto de equilibrio con tu conciencia...”.

¡Tanta soberbia no podía sentarse a esperar respuesta alguna. Y es que Harry Almela está acostumbrado a ver como mira un lord. Tiene en su mirada un extraño monóculo que le sirve para observar de manera singular por encima del hombro y a través de ese lente redondo, pegado levemente a un delgado y aristocrático mango de oro blanco, juzga impunemente.

¡No, Harry, no podías sentarte a esperar nada porque la gloria “embucha”!

Nadie, Harry, sabe más que tú, que me sé de memoria y conozco perfectamente tu conciencia. Está construida en la costumbre de los ciruelos y con un miedo terrible a perder el sentido de lo real.

¿Sabes?, desde mucho antes de ti mismo, andas buscando en el aire la luz que te sostenga. ¿Sabes?, tu vida le tiene horror a lo intrascendente. ¿Sabes?, tus revelaciones están armadas de respiraciones antiguas, algunas de ellas dejadas al descuido en las propias barbas de San Juan de la Cruz.

Aprendí a quererte a través de tu biblioteca. Ella no es como tú, está siempre vestida y no carga las odiosas sandalias de viejo testamento con las que pretendes crear un orden perdurable, solitario y perfectamente inmóvil. Sí, Almela, no puedo dejar de repetirte que eres un hombre hecho de ventanas y de cerraduras. Una palabra mágica, como en los cuentos árabes, es la forma de abrir tus puertas y ventanas. Ellas no son más que un pasadizo a la remota posibilidad de asistir a esa realidad donde solemnemente habita tu “solitariedad”.

Todos, quienes te conocemos, sabemos que necesitas huir de la ausencia y sobrevivir al olvido, para conservar tu soledad llena de miedos.

Aunque no lo creas, Harry, sí estoy enterado de que el país se nos ha venido desdibujando. Sobre todo después de las misivas que publicaste en buen papel y con excelente encachadura.

Quiero decirte, para que no tengas angustias respecto a mí, que no voy a aterrizar en otro lugar ni en otro planeta. Voy a estar, Almela, en esa “aldea absurda y gomera” que es nuestro Maracay.

Allí estaré, Harry, y voy a buscar los amigos que tenga y los que tuve y, también, los que no tenga, para mirarlos

a los ojos aun cuando algunos de ellos tengan que mirarse los zapatos.

Te ofrezco devolvarte tu libro *Temor y temblor*, de Kierkegaard.

Estás confundido, me lo llevaste no para reponerme de los dolores de gobernaciones perdidas. Recuerda que me lo ofreciste para que te hiciera gestiones por un cargo de agregado cultural en Madrid. Hice, Almela, todo cuanto pude y tal vez mi pecado fue esperar los resultados de mis actos sin informártelo debidamente.

Como vez —suele suceder—, no hay tanto poder en lo que tú llamas la Fiscalía de la República de los Generales.

Almela, no creo que sea tu caso, pero intuyo odio en muchas de *Las cartas en la batalla*. Me consuela, frente a ellas, que Cortázar cuenta que cuando frecuentaba a la gente menos culta se asombraba de la capacidad de intuición y de apertura que no vio jamás en los eruditos.

Es duro Ludovico, Almela. Tú lo conociste, Ludovico Silva. Es duro cuando habla, Harry, de esa supuesta “neutralidad ética de los intelectuales”. Los compara con Pilatos y los retrata con una necesidad compulsiva de lavarse las manos ante las complicaciones más sencillas. Tal vez porque siempre aspiran a evadirse y a elevarse hasta el infinito en un lugar donde el sol ya no quema y el cuerpo flota porque no hay “gravedad”, ni de aquella ni de la otra.

No, Harry, no estoy arrinconado, ni se me ha vaciado el alma. Entiendo que tal como intentaron algunos intelectuales y otros no tan intelectuales, has hecho un pequeño o gran esfuerzo “por entenderme sin juzgarme”.

Comprendo, perfectamente, Almela, “tus actos de conciencia contigo mismo...” y te juro que no tengo

pesadillas. Tal vez podamos conversarlo alguna vez, voy a mantener limpia la mirada para verte a los ojos, porque tanto tú como yo sabemos que ni estas ni otras agonías serán para morir. La historia, Harry, no la vamos a detener ni tú ni yo.

## ABRIL COMIENZA EN OCTUBRE

### **La historia, Harry, no la vamos a detener ni tú ni yo.**

La historia es demasiado rica para repetirse y es capaz de convertir en realidad lo que parece a veces imposible. La misma Revolución francesa en cinco años destruyó y volvió a construir lo que en otros tiempos tardó siglos. Y es que, en efecto, la historia no es un libro acabado.

A pesar de lo que dijeron Samuel Huntington, Daniel Bell y Francis Fukuyama, la historia no tiene fin. Nunca se la puede leer hasta el final. Tiene espacios en blanco y uno se cuelga en ellos como un pequeño testigo. Fue de esa manera como me llegaron los sucesos de abril del 2002.

Esos hechos comenzaron antes.

El 29 de octubre del 2001 el presidente Chávez deploró el bombardeo de los Estados Unidos sobre Afganistán. Dijo Chávez: “Los niños afganos muertos no tienen la culpa del terrorismo de Osama Bin Laden; solicito a Washington que cese los bombardeos y detenga la matanza de los inocentes. No se puede combatir el terrorismo con terrorismo”.

La embajadora norteamericana, Donna Hrinak —antes estuvieron Otto Reich y Jhon Maisto—, fue la encargada por

el Gobierno de los Estados Unidos para solicitarle al presidente Chávez que, oficial y públicamente, se retractara de todo cuanto había expresado sobre Afganistán.

Solicitó audiencia para entrevistarse y la misma le fue concedida.

Se trasladó rauda al Palacio de Miraflores.

Comenzó, la embajadora, a leer formal y detenidamente su documento. Mucho antes de concluir la lectura del texto irrespetuoso, el presidente Chávez la interrumpió: “Usted está fuera de lugar; por favor, salga ahora de mi oficina”.

La embajadora no esperaba esta reacción. Nerviosa y avergonzada se disculpó ante el presidente. Ese incidente y otros que tuvieron y tienen que ver con el petróleo venezolano son señales muy claras de que los acontecimientos de abril del 2002 comenzaron mucho antes de ese año.

En efecto, la decisión de darle vida, de revitalizar, la Organización de Países Exportadores de Petróleo; el conjunto de visitas que el presidente Chávez realizó a los países miembros de la OPEP y algunos hechos singulares que los Estados Unidos de Norteamérica consideraron graves e inamistosos, fueron, definitiva y absolutamente, determinantes en los sucesos de abril del 2002 en Venezuela.

Además, durante esos mismos días “graves e inamistosos”, la Fundación Nacional para la Democracia (NED) cuadruplicó el financiamiento que, con anterioridad, venía realizando en el país a las organizaciones partidistas y no partidistas que se oponían al gobierno del presidente Chávez y, en una suerte de extraña coincidencia con estos financiamientos de la NED, los sectores que confrontaron con fiereza la gestión del gobierno comenzaron a ocupar las calles de Caracas y a manifestar su agresividad en las

academias, en los programas de opinión, en los sindicatos de patronos y de trabajadores, en las iglesias y en cualquier lugar del país donde hubiera una rendija para meterse.

Por otra parte, el 10 de diciembre del año 2001, después de muchos viajes al exterior, algunas veces juntos y otras juntos pero no revueltos, Carlos Ortega y Pedro Carmona Estanga hicieron la convocatoria a la llamada “huelga general” contra las Leyes Habilitantes, la cual, a pesar del sistema ecléctico adoptado por la OIT en el Tratado de Paz de Versalles de 1919, para eludir sesgos políticos en sus actuaciones, fue asombrosamente legitimada por esta organización internacional.

Asimismo, y dentro del contexto de una concertación internacional para alentar la ruptura institucional en Venezuela, Colin Powell, George Tenet y Roger Noriega, estimularon con declaraciones previas a la decisión de Carmona y Ortega, el llamado a “la huelga general”.

A estas expresiones gringas se sumaron, ¡qué extraño!, distintos grupos y sectores de oposición, que aprovecharon el momento para hacer sus primeros amagos sobre lo que después se llamaría “la desobediencia civil”.

Los medios de comunicación privados, para no quedarse atrás de estos “declaradores”, escogieron entonces el tono más agresivo para cuestionar la gestión del presidente Chávez y, curiosamente, “por esa suerte de coincidencias casuales”, la Fundación Nacional para la Democracia, la ineludible NED, conjuntamente con otras organizaciones norteamericanas muy cercanas al Departamento de Estado, ofrecieron de inmediato más de tres millones de dólares para entrenamiento y programas de apoyo a los adversarios más definidos del Gobierno.



## LA PATRONAL SE PARA

**Ofrecieron de inmediato más de tres millones de dólares para entrenamiento y programas de apoyo a los adversarios más definidos del Gobierno.**

El paro patronal se llevó a cabo con una aproximación casi exacta a la forma en que sus organizadores lo habían planificado. En Caracas se sintió más en el este que en el oeste, y en algunas regiones de la provincia se expresó con acierto en unos estados y con algunos inconvenientes en lugares que los promotores daban como seguros y como absolutamente comprometidos.

El 18 de febrero del 2002, siguiendo los pasos de una especie de Manual para Golpes de Estado y, como paso siguiente a la “huelga general” del mes de diciembre del 2001, el vicealmirante Carlos Molina Tamayo y el coronel Pedro Soto recibieron 200 mil dólares, depositados en Miami, para solicitar la dimisión de Hugo Chávez e iniciar lo que en Venezuela se llamaría “el goteo militar”.

Conforme a lo planeado había que generar un grupo de alzamientos individuales “en serie” para dar la idea de ingobernabilidad y sembrar de esa forma, en el ánimo de

los venezolanos, la convicción de falta de apoyo militar al presidente.

Para esta maniobra se prestaron los oficiales Pedro Soto, Pedro Flores, Hugo Sánchez, Carlos Molina Tamayo, Ovidio Poggioli y Guaicaipuro Lameda.

Néstor González González y Rafael Damiani Bustillos cerraron el último capítulo de ese goteo.

En efecto, Rafael Damiani Bustillos, ajustándose a la tarea que se le había encomendado, denunció la represión en Chuao —sede de Pdvsa— contra la sociedad civil; y Néstor González González, el día anterior al golpe de abril, solicitó por televisión, con desparpajo y un dejo de histrionismo, formal y públicamente, la renuncia inmediata del presidente Chávez. Así, desde esta plataforma fríamente calculada, se anunció la caída del presidente, la desobediencia a las leyes y la conformación de un gobierno provisional.



Vicealmirante Molina Tamayo.



Coronel Pedro Soto.



## EL ACUERDO DE LA QUINTA LA ESMERALDA

**Así, desde esa plataforma fríamente calculada, se anunció la caída del presidente, la desobediencia a las leyes y la conformación de un gobierno provisional.**

Faltaba solo el acuerdo para el golpe de Estado y el día 5 de marzo del 2002 fue suscrito ese pacto en la quinta La Esmeralda. En esa lujosa casa de fiestas se firmó un convenio que llamaron “Bases para un Acuerdo Democrático”.

Ese acuerdo no era otra cosa que la reedición del pacto de Puntofijo, suscrito en Caracas el 31 de octubre de 1958 en la quinta Puntofijo, residencia del expresidente Rafael Caldera, por los partidos Unión Republicana Democrática, COPEI y Acción Democrática, en el cual se comprometían a acatar los resultados electorales cualesquiera que fuesen, realizar un gobierno de coalición con los partidos signatarios y presentar las tres organizaciones políticas un programa mínimo común para los electores.

Solo que en La Esmeralda, a diferencia del pacto de Puntofijo, la concertación no la lideraban ni los nuevos ni los viejos partidos políticos, sino la central de trabajadores de Venezuela, la Federación de Cámaras de Comercio

(Fedecámaras) y se incorporaban al “pacto” dos nuevos actores: la Iglesia y los medios privados de comunicación masiva.

Con respecto a este pacto, o mejor dicho, a estas “Bases para un Acuerdo Democrático”, “el inefable oficial” de la Embajada de los Estados Unidos en Venezuela, míster Cook, declaró oficialmente que “podía constituir el código de conducta para un gobierno de transición”.

De esta manera se daban, sin dedal, todas las puntadas para el golpe de Estado concertado para abril del año 2002.

Se aplicaba, así, el mismo guion que antes habían puesto en práctica los Estados Unidos en México, Cuba, Puerto Rico, Honduras, El Salvador, Brasil, Chile, Perú, Paraguay, Guatemala, Bolivia, Uruguay, Granada, Argentina, Nicaragua, Panamá, República Dominicana, Filipinas y Haití.

Nos parecía estar oyendo al mismísimo Teodoro Roosevelt con ese tono despectivo, soberbio, desagradable, altivo, presuntuoso, arrogante y tramontano, con el que siempre los norteamericanos se han referido vejatoriamente a América Latina: “... irritan estas desgraciadas y pequeñas repúblicas que tantas dificultades le causan a los Estados Unidos”.

Por cierto, Teodoro Roosevelt, una de las figuras más pintorescas de la historia norteamericana, llegó a la Presidencia en 1902 siendo el vicepresidente de William McKinley, a los pocos días de haber sido juramentado este como presidente electo de los Estados Unidos de Norteamérica y casi enseguida después de su asesinato en 1901.

Roosevelt, por lo demás, ya era famoso no solo por los problemas que causó a quienes lo hicieron vicepresidente, sino también por haber comprado la faja de tierra en la cual se construyó el canal de Panamá; por su política intervencionista

en Latinoamérica llamada del “Gran Garrote”; por haber recibido ¡qué paradoja! el Premio Nobel de la Paz en 1906 y por su audacia en la guerra contra España, en Cuba, donde se destacó por ser un excelente soldado de caballería.

Al evaluar el guion del golpe de Estado de abril del 2002, la CIA dejó a mucha gente estupefacta.

Conocida por sus siglas en inglés, Central Intelligence Agency, la CIA fue creada después de la Segunda Guerra Mundial para cumplir labores de inteligencia política en el plano internacional y su función primordial ha sido proveer de información a la Casa Blanca, sobre las actividades de los grupos, organizaciones o países que expresen desacuerdos con las políticas de los Estados Unidos.

La historia de esta siniestra organización está llena de horrores. Su Manual de Torturas para enseñar a las fuerzas de seguridad latinoamericanas cómo extraer información se descubrió en Honduras en 1983 y, fue tal el escándalo internacional, que debió públicamente enmendarse en 1985.

Algunas muestras funestas, perversas y aterradoras de ese Manual son:

1. El encierro solitario para crear tensiones.
2. Las amenazas y el miedo para debilitar o destruir resistencias.
3. El dolor directo e indirecto mediante intensas torturas físicas o a través de posiciones incómodas como, por ejemplo, mantener de pie o en posiciones rígidas al prisionero o bien sentarlo por largos períodos en un taburete.
4. La hipnosis y la sugestión sublimada, basadas en las sugerencias del interrogador.
5. Estresar mentalmente al interrogado.

6. La narcotización cierta o a través de placebos.
7. La manipulación del tiempo retardando y adelantando los relojes, interrumpiendo el sueño, sirviendo las comidas a deshoras o desorientando el día y la noche.

Pues bien, esa agencia, el mismo día que se suscribió el pacto en La Esmeralda, comentando las “Bases para un Acuerdo Democrático”, informó a sus superiores en Estados Unidos, mediante un documento confidencial, lo siguiente:

- a) Que la oposición había crecido considerablemente en el país
- b) Que el Ejército venezolano se encontraba totalmente dividido
- c) Que no había unidad entre los líderes de la oposición y
- d) Que sería muy difícil organizar un golpe de Estado en Venezuela.

El 6 de abril de 2002, otra vez la CIA advirtió al Gobierno de los Estados Unidos, en otro documento confidencial: “... que facciones militares disidentes estaban intensificando esfuerzos para organizar un golpe de Estado contra el presidente Chávez”.

Los planes, según informó la CIA, eran “utilizar todas las manifestaciones opositoras para generar disturbios y arrestar a Chávez y a otros diez altos funcionarios del Estado venezolano”.



Marcha opositora.



## SUELE SUCEDER

**Los planes, según informó la CIA eran: utilizar todas las manifestaciones opositoras para generar disturbios y arrestar a Chávez y a otros diez altos funcionarios del Estado venezolano.**

El 8 de abril de ese año —suele suceder— el oficial de la Marina estadounidense David Cazares confundió, en un acto diplomático, al general Roberto González Cárdenas con otro general: Néstor González González. Ambos son calvos, más o menos de la misma estatura y en aquel momento vestían un uniforme idéntico que, por lo demás, se identificaban con una placa de metal que decía “González”.

“¿Qué ha pasado? —le preguntó

a Roberto González Cárdenas, creyendo que se estaba comunicando con Néstor González González— ¿Por qué no han contactado los barcos que tenemos en la costa y el submarino sumergido en La Guaira? ¿Qué están esperando?

El general González Cárdenas lo vio y no entendió nada. Se quedó en el aire. Nada sabía de lo que preguntaba el gringo.

Al finalizar la recepción, el marino estadounidense se encontró de nuevo, en el ascensor, con González Cárdenas y continuó la confusión.

Esta vez lo increpó con firmeza (o con fiereza): “¡Esto —le dijo— tiene un costo operativo!”.

Y con un tono jaquetón, que tenía aires imperiales, le espetó, alzando la voz: “¡Espero su respuesta...!”.

Fue mucho después, incluso después del golpe, cuando el general González Cárdenas entendió lo que había querido decirle el marino estadounidense.

## EL INGENIOSO ENCANTO DE LA DISIMULACIÓN

**Fue mucho después, incluso después del golpe, cuando el general González Cárdenas entendió lo que había querido decirle el marino estadounidense.**

No hay duda de que los hechos de abril, a pesar de que el Manual para Golpes de Estado sugería ingeniosamente que se disimularan bien, se iniciaron el 29 de octubre del año 2001.

Tal vez por ello, encubiertas entre las decisiones que Carmona y Ortega tomaron, y en las cuales participaron individualidades y organizaciones disidentes, las razones para el golpe de abril del 2002 debían ser aplicadas y explicadas por motivos total y absolutamente encubiertos.

Por nada del mundo debía saberse que las verdaderas causas eran las denuncias sobre los bombardeos en Afganistán y, mucho menos, las visitas que hizo el presidente a los países petroleros, así como tampoco los acontecimientos calificados por los Estados Unidos como “singularmente inamistosos”, que Chávez realizó a algunos países miembros de la OPEP.

Las razones a invocarse debían ser —y eso estaba muy claro— las 49 Leyes Habilitantes o Decretos Habilitantes,

dictados por el presidente de la República Bolivariana de Venezuela en Consejo de Ministros.

En efecto, el 13 de noviembre del 2001, en cadena nacional, anunció el presidente que su gabinete, preocupado por actualizar el marco jurídico nacional integrado por leyes que en algunos casos tenían más de 50 años, había aprobado, semana tras semana, estas leyes para las cuales estaba habilitado por el Poder Legislativo.

Esos decretos, conforme al plan de simulación —o de disimulación— debían ser la única y exclusiva excusa para articular todas las acciones entre los sectores desplazados del poder en febrero de 1999 y los intereses imperiales.

La excusa habilidosa, discreta y sutil, para tratar de imponer en Venezuela el insolente, descarado y cínico “derecho de intervención inmediata”, que permanentemente invocan los Estados Unidos cuando alguno de sus intereses se encuentra en presunta situación de peligro, estaba montada con el sigilo y el debido cuidado para que nadie se diera cuenta de que el golpe era de ellos, dirigido por ellos y controlado por ellos.

Los sectores empresariales y mediáticos nacionales se plegaron a eso que el PNUD llama “poderes exteriores” y que no son otra cosa que “poderes interiores disfrazados” con los que se han usurpado tantas y tantas veces los poderes locales, para adecuar decisiones fundamentales de Estado en favor de empresas transnacionales o a favor de los imperios políticos o económicos.

Pues bien, con el pretexto de enfrentar las Leyes Habilitantes, los sectores prestados a la pantomima denunciaron con una arbitrariedad y una violencia inusitada la Ley de Tierras, la Ley de Hidrocarburos y la Ley de Pesca.

Pedro Carmona Estanga acusó a estas leyes de “... tener un hilo conductor estatista e intervencionista” y propuso el paro nacional como respuesta.

Los sectores empresariales de la patronal organizada y los medios privados de comunicación masiva, así como las organizaciones partidistas y no partidistas de la oposición, ofrecieron de inmediato el apoyo incondicional a Pedro Carmona y, desde ese momento, se sujetaron disciplinadamente al Manual de Golpes de Estado que se conocían de memoria.

Fue en ese tablero de damas —y también de caballeros— en el cual todas las jugadas estaban muy bien calculadas, en el que Donna Hrinak, embajadora de los Estados Unidos, movió varias fichas para informar a Washington la visita de Pedro Carmona Estanga y, sin mover ninguna otra pieza más, confirmó la “huelga nacional de trabajadores y empresarios” y exaltó a Pedro Carmona Estanga como “líder empresarial de mucho prestigio e influencia”.

Otra vez el funcionario de la Embajada norteamericana, “el inefable Cook”, envió varios cables a las embajadas de los Estados Unidos en Bogotá, Quito, La Paz, Lima, México, Buenos Aires y Brasilia, para informar; y con una solemnidad digna de mejores causas, que Pedro Carmona Estanga era “el hombre correcto para el momento correcto en Venezuela”.

Fue a partir de entonces cuando se comenzó a hablar en el país del resquebrajamiento de las Fuerzas Armadas Nacionales, de un posible gobierno provisional y de la violencia como forma de resolver la crisis política y social que había en la República.

Igualmente, durante esos días fue cuando un ganadero, dirigente de una asociación de empresarios del campo,

rompió en televisión la Gaceta que contenía la Ley de Tierras y llamó a la formación de brigadas de autodefensa, tal y como si estuviera en una de esas naciones donde los ejércitos irregulares se han convertido en brazo armado paralelo al de las fuerzas armadas convencionales.

Carlos Ortega y Pedro Carmona se declararon desde ese momento en sesión permanente y sellaron la más insólita de las alianzas: una férrea e indivisible unidad, estratégica y táctica, blindada contra toda división e intriga, de una central obrera con una central patronal, para “liberar” al país de un gobierno que ¡vaya contradicción! lo que hacía, en ese momento, era precisamente tenderle la mano a los trabajadores.

Esta “santa alianza” los llevó a reunirse muchas veces en el extranjero y a realizar diversos viajes a Washington para ultimar cada detalle, cada circunstancia, cada elemento, con minuciosidad de relojero.

Todo marchó sobre rieles.

Se dio el paro general, se puso en práctica la desobediencia civil; los medios privados de comunicación sintonizaron la idea de tumbar el Gobierno; se le dio entrenamiento a organizaciones partidistas y no partidistas para participar en el golpe de Estado; se planificó “el goteo militar”; se hizo ver que las Fuerzas Armadas Nacionales estaban fracturadas y divididas; se informaron las claves para utilizar las manifestaciones como fuentes de disturbios; se firmó un acuerdo para un gobierno de transición; se comprometió formal y oficialmente a la Iglesia y a los medios masivos de comunicación y se le entregó la conducción de ese plan a la Federación de Cámaras de Comercio (Fedecámaras).

Lo del arresto de Chávez y de los otros diez funcionarios del Estado vendría después, y se produciría automáticamente como si todo cayera por su propio peso.

En todo caso, se sabía de antemano que habrían de articularse todos estos acontecimientos con situaciones muy puntuales que otros actores debían propiciar en la empresa petrolera del Estado (Pdvsa), tales como: patrocinar el cumplimiento de los estatutos de la empresa, conseguir la designación de un “presidente petrolero” para ella, lograr que el directorio de la misma saliera de su propio seno, hacer respetar una cosa neutra y técnica que ellos habían definido como “meritocracia”, someter a una jerarquización extrema a los cuadros medios de dirección, conducir la estatal petrolera con un sutil sesgo ideológico para facilitar acciones tácticas posteriores, intentar y obtener desagravios oficiales por parte del Gobierno, manipular en la opinión pública el “legítimo y auténtico rol técnico petrolero de Pdvsa”, honrar y magnificar la imagen gerencial de la “gente del petróleo”; y, por último, buscar que los criterios comerciales del Estado, en esa industria, respondieran a una supuesta y muy bien calculada racionalidad, que permitiera cuestionar cualquier desliz que no estuviera en los planes de la llamada “gente del petróleo”.

Repito, articulado el paro general contra las Leyes Habilitantes (plan de diciembre del 2001) con las situaciones que se manipularían desde Pdvsa, todo estaba servido para el golpe de Estado.

Solo había que agregar una cucharada de “crisis”, ponerle una pizca de “medios”, salpicarla de “sociedad civil” con “clase media” y, finalmente, “hacerle sentir a cada ciudadano” que entre ellos y la estatal petrolera no

había diferencias de ningún tipo —recuérdese aquello de “Lusinchi es como tú”—.

Lo demás era un tiro al piso.

La estrategia estaba tan bien diseñada que hasta se calculó que se disparara en el preciso momento en el cual el presidente Chávez despidiera a los gerentes de la estatal petrolera que, ¡vaya usted a saber cómo diablos se enteraron los organizadores del paro petrolero!, que se producirían el día 7 de abril del 2002.

En efecto, el 7 de abril del 2002 el presidente Chávez anunció el despido de siete gerentes de Pdvsa.

## UNA HUELGA NO ES UN PARO

**En efecto, el 7 de abril del 2002, el presidente Chávez anunció el despido de siete gerentes de Pdvsa.**

La CTV, tal como meticulosamente lo había calculado, convocó, en respuesta a la decisión presidencial del 7 de abril del 2002, a una paralización de actividades en Pdvsa para el día 9 de abril de ese mismo mes y año.

Un grupo de trabajadores de dicha empresa, al conocer la decisión de la CTV, pidió a la central obrera que no realizara “un paro de un día”, sino una “huelga general indefinida”.

Es por ello que en la noche del mismo 9 de abril del 2002, la CTV y Fedecámaras decidieron, de nuevo con un disimulo muy bien asesorado, prorrogar el paro de actividades en la estatal petrolera por un día más o, como ellos lo informaron, “por 24 horas más”.

El 10 de abril, tal como estaba previsto, se concentraron varios centenares de personas en Chuao, la sede de Pdvsa en el este de Caracas.

Por cierto que en la noche de ese 1.º de abril se produjo un hecho bien singular. Diez oficiales de alto rango citaron a Otto Neustald, un corresponsal de CNN, para encontrarse

el día siguiente en un lugar del este de Caracas y realizar una grabación para televisión. El vocero de esa declaración sería el vicealmirante Héctor Ramírez Pérez.

En ella, el vicealmirante deploraría la masacre cometida contra un grupo de civiles y denunciaría la muerte, por agentes del Gobierno, de por lo menos veinte personas.

En dicha grabación el vicealmirante, con ocasión de estos hechos, llamaría a la insurrección militar y esgrimiría la violencia del Gobierno como fundamento a los llamados que haría al desconocimiento de la Constitución y a la insubordinación.

Otto Neustald, el corresponsal de CNN con quien anticipadamente se había citado Ramírez Pérez, relató posteriormente que grabó con sus invitantes dos versiones de la declaración de los 10 oficiales que lo llamaron la noche anterior.

¿Cómo supo el vicealmirante Ramírez Pérez que iban a ocurrir estos decesos? ¿Cómo se enteró de que los mismos sucederían al día siguiente, el 11 de abril del 2002, con una exactitud que no equivocó ni siquiera la hora en la cual ocurrirían esos acontecimientos? ¿Cómo se enteró de ello el día anterior? ¿Quién le informó, con suficiente y precisa antelación, cuántos decesos iban a producirse el día 11 de abril del fatídico año 2002? —murieron 19, se equivocó por uno— ¿Qué fuerza divina —o satánica— lo instruyó para tan dramáticos y macabros acontecimientos?

Todavía las respuestas siguen sin aparente explicación.

## UNOS MESES DESPUÉS

### **Todavía las respuestas siguen sin explicación.**

Unos meses después, en un foro realizado en una Universidad del estado Aragua —parque militar de Venezuela situado a 100 kilómetros de Caracas—, el corresponsal de CNN reveló que durante la noche del 10 de abril del 2002 —un día antes del golpe— alguien lo llamó para informarle que el 11 de abril, el mismo día de la rebelión, “se iba a producir una marcha hacia el Palacio Presidencial y, como consecuencia de dicha marcha, ocurrirían varias muertes”.

Con ocasión de esas muertes y de otros acontecimientos, igualmente graves, la misma persona le informó que veinte oficiales de alto rango harían un pronunciamiento para culpar de esos hechos al presidente de la República y de inmediato solicitarían, públicamente, a través de los medios televisivos, la renuncia al cargo del jefe de Estado.

Por la falta de cobertura equilibrada de los medios privados de comunicación masiva, así como por la ausencia de objetividad de algunos periodistas, hasta hoy, aún no ha sido posible develar con detalles estos secretos.



## LA CINTA TRICOLOR Y LA TARIMA

**Por la ausencia de objetividad de algunos periodistas, hasta hoy, aún no ha sido posible develar con detalles estos secretos.**

La cinta tricolor que cargaban los hombres y las mujeres que se congregaron la mañana del 10 de abril frente a PdvsA, en Chuao, se vendía a un precio de 3.000 bolívares cada una; todos la llevaban en la frente. La bandera nacional costaba 5.000 bolívares cada una; y un simple pito de piñata, para escandalizar, hacer bulla y llamar la atención, se cotizaba en 500 bolívares, aproximadamente.

Las cintas, las banderas y los pitos los había por montones, por centenas, por millares y vaya usted a saber de dónde había salido todo ese dineral para comprar tanta utilería, tanto teatro, tanto escenario, tanto efectismo y tanto plató cinematográfico.

Montaron ese 10 de abril, en la sede de la petrolera estatal, la tarima —entablado móvil para dirigirse al público— en un improvisado camión de color blanco, muy bien decorado con los colores de la bandera venezolana: amarillo, azul y rojo. Desfilaron ante el micrófono casi todos los desconocidos que

había para ese momento en la ciudad de Caracas. Entonaron tres veces el himno patrio. Muchos de los que deseaban figurar en primera línea fallaron a la cita. Tal vez les resultó incómodo subir al vehículo o no quisieron confundirse con tanto ser anónimo que hizo uso de la palabra.

Únicamente el sonido costó un saco de billetes. La televisión estaba presta a cubrirlo todo. Primero hablaron desde allí los jubilados de la estatal petrolera. Después se hizo presente un actor de teatro y televisión, Orlando Urdaneta; y los participantes más ingenuos inmersos en aquel show, que en nada envidiaba a los que presentaban las candidatas a los concursos de belleza, se preguntaron atónitos y sorprendidos: ¿Qué carajo hacía allí un artista a quien nunca antes se le había conocido como líder político?

Eufórico, Urdaneta agarró con destreza el micrófono, parecía que estuviera torciéndole el pescuezo a una gallina, y regañó a todo el mundo. De manera especial insultó y vejó a un grupo de amigos de su causa que alegremente cantaban música llanera y se habían hecho acompañar por hombres y mujeres que portaban instrumentos de cuerdas, de percusión y maracas. Urdaneta, con su bien manejado histrionismo, conocedor de su oficio, gritó por el micrófono: “No somos chavistas... tenemos buen gusto... además, no hemos vencido todavía... esta es una manifestación de protesta...”.

Volvió a gritar:

“¡Esto no es una fiesta, esto es una protesta y aquí estamos demasiado arrechos para convertir esta vaina en fiesta!”.

La gente lo aplaudió a rabiar, con una fuerza y un golpeteo tan duro sobre las palmas que a algunos les aparecieron, al día siguiente, ampollas en las manos.

Parecía que todos a una hubieran concluido que, por fin, habían logrado el líder que querían, el que andaban buscando, el que hasta ahora no había aparecido, un verdadero dirigente, un conductor de masas distinto a los demás, un fuera de serie...

Carmona y Ortega, en medio de aquella algarabía, con un entusiasmo desbordante que no les cabía en el pecho ni en ninguna otra parte, suponiendo que los aplausos eran para ellos y que los dirigentes también eran ellos, anunciaron con flautas y gritos destemplados, en ese mismo acto —10 de abril del 2002— que la huelga sería general e indefinida y, de inmediato, convocaron a una marcha para el día del golpe —11 de abril del 2002— a las 9 de la mañana.

La marcha se iniciaría en el Parque del Este —a escasos kilómetros del lugar donde los habían confundido con Orlando Urdaneta— y terminaría también allí mismo, donde ahora estaban. Allí donde las masas enardecidas, dispuestas a tomar la Bastilla y a pedir la cabeza de Luis XVI, al fin habían descubierto a Orlando Urdaneta, el más jodido y arrecho de los dirigentes que había parido la televisión.

Así, el 11 de abril del 2002, desde tempranas horas de la mañana, se comenzó a reunir en el Parque del Este y luego en Chuao una de las más grandes concentraciones humanas que hasta entonces se hayan visto en Caracas.



Manifestación en Chuao.

## EL DÍA DEL GOLPE

**Desde tempranas horas de la mañana se comenzó a reunir en el Parque del Este y luego en Chuao una de las más grandes concentraciones humanas que hasta entonces se hayan visto en Caracas.**

Desde los días anteriores la gente había barrido con todo cuanto había en los automercados. Mujeres y hombres se caían a golpes por los carros metálicos con los cuales se conducía la mercancía a la caja registradora. En cada “carrito” había velas, agua mineral, café, leche en polvo, atún y pan. ¡Claro, había otros enlatados, paquetes de pasta y chucherías para calmar los nervios!

Las estanterías habían sido literalmente arrasadas. La gente se había dispuesto a comprar todo cuanto necesitaban y todo cuanto no necesitaban.

Ese mismo día se hallaban en Fuerte Tiuna el teniente coronel James Rodgers y el coronel Ronald Mc Cammon, dos oficiales norteamericanos.

Desde junio del 2001, uno de ellos residía en Venezuela preparando el terreno para el golpe, según cuenta uno de los tantos libros que recoge minuciosamente esta historia.

Ese día, en mi agenda oficial de trabajo estaba previsto un desayuno con los propietarios de una cadena de periódicos capitalinos en el este de Caracas. Asistí y conversamos de muchísimos temas, menos de aquel que se desencadenaría en horas de la tarde.

En el carro de protocolo, mientras regresaba al Ministerio Público, leí la prensa de la mañana.

“Hay que marchar hasta que se marche”, decía uno de los diarios. Carlos Ortega declaró que la desobediencia civil estaba planteada y que si se dictaba un Estado de excepción, la CTV seguiría adelante. “Se han dejado de producir 780.000 litros de gasolina”, titulaba *El Carabobeño*. Ramón Escovar Salom declaró “... que era necesario un gobierno de transición”. Primero Justicia pidió la renuncia de Chávez y de todos los Poderes de la República. Un alto funcionario de los Estados Unidos, desde la Casa Blanca, informó: “... la verdadera preocupación es que Venezuela se torne ingobernable”.

Ya se habían postulado para ministro de Infraestructura del gobierno *de facto* Juan Andrés Sosa y Gerardo Blyde para fiscal general de la República. La gente se atoraba.

A eso de las tres de la tarde me llamó el ministro Rangel y me solicitó que hiciera un intento por detener la marcha. Llamé a un canal de noticias y a través del teléfono me dieron salida al aire. Hablé pausadamente durante 6 o 7 minutos. Informé, autorizado por el rector de la Universidad Central de Venezuela, que ese centro de estudios me solicitaba mediar en el conflicto y declaré estar dispuesto a hacerlo.

Me interrumpió el presidente cuando encadenó los medios. Estos dividieron la pantalla y mostraron al lado de las declaraciones del presidente, en la otra mitad, cadáveres

de ciudadanos y ciudadanas sobre el asfalto de las calles. Las escenas eran verdaderamente dramáticas.



La gente había barrido con todo cuanto había en los automercados...



# LOS TIROS TELESCÓPICOS

## **Las escenas eran verdaderamente dramáticas.**

Uno de los caídos era escolta del vicepresidente ejecutivo de la República Bolivariana de Venezuela. Tenía un tiro telescópico en la cabeza.

Eran las 3 y 50 de la tarde.

La marcha de los sectores de oposición iba protegida por la Policía Metropolitana, que dependía del alcalde mayor de Caracas, también de oposición. La encabezaban Carlos Ortega, Pedro Carmona, Enrique Mendoza (gobernador de un estado vecino a Caracas), Alfredo Peña (alcalde mayor de Caracas), Leopoldo López (alcalde de un municipio de clase media alta de la capital), Henrique Capriles Radonski (también alcalde de un municipio capitalino), Guaicaipuro Lameda (general y expresidente de la estatal petrolera) y Carlos Molina Tamayo (vicealmirante de la Armada venezolana).

Cada uno de ellos y uno tras otro fueron desapareciendo a medida que la multitud se iba acercando al Palacio Presidencial.

Cuando la muchedumbre llegó a las adyacencias del Palacio, desde la tarima que los adherentes al presidente Chávez habían colocado para defender el gobierno legítimamente elegido se oyó gritar a alguien: “¡Hay francotiradores! ¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡Hay francotiradores arriba!”.

El gentío, aterrorizado, corrió de inmediato hacia todos los lados. La gente, enfurecida, levantaba su índice hacia la terraza de dos edificios. Los más conocedores hablaron del hotel Edén y del hotel Ausonia.

Simultáneamente, en el momento en que desde la televisión el presidente hacía esfuerzos para contener la marcha de la oposición, en los precisos instantes en que la cadena comunicacional transmitía el discurso del jefe del Estado, siete francotiradores ubicados desde hacía varios días en el hotel Ausonia y en el hotel Edén dispararon contra todos los manifestantes, sin importar el bando al cual pertenecían.

Una de las víctimas cayó frente a Miraflores. Era Nelson Zambrano, empleado de archivo del Palacio. Después cayeron otros; todos con disparos precisos y certeros en la cabeza.

Según informa un diputado, simpatizante de los grupos cercanos al presidente, los francotiradores habían ingresado a los referidos hoteles cinco días antes del 11 de abril y tres de ellos tuvieron acceso a la terraza, donde los expertos policiales dirigidos por la Fiscalía localizaron balas 7.62 de un fusil de asalto AR-15.

A los francotiradores los detuvo el mismo pueblo cuando, descubiertos, trataron de huir. El pueblo se los entregó al Regimiento de la Guardia de Honor del presidente. La gente los golpeó con rabia y algunos trataron de identificarlos: “¡Uno tiene papeles de panameño! ¡El otro es colombiano!” —dijo uno de sus captores.

La Guardia de Honor los entregó a la Disip y a las horas los trasladaron al Helicoide. Allí se verificaron sus nombres: Roberto Francisco McKnigth, Roger de Jesús Lugo Miquilena, Franklin Manuel Rodríguez, Jorge Hernán Meneses, Jesús Antonio Meneses, Nelson Enrique Rosales y Jhon Carlos Garzón. Este último era colombiano, otro era panameño. McKnigth era norteamericano y Roger de Jesús Lugo Miquilena portaba una cédula venezolana falsa. Se asegura que había entre ellos dos israelitas.

Se les incautó un arma de fuego calibre 38, un envoltorio con restos vegetales de presunta droga, una caja de color negro, una bolsa de papel con dos segmentos tubulares de color blanco y 97 piezas metálicas con forma de estrellas.

El Ministerio Público colectó la vestimenta que portaban los ciudadanos aprehendidos y solicitó al Cuerpo de Investigaciones Científicas, Penales y Criminalísticas practicar las experticias de trazas de disparos para cada uno de ellos.

Se requirió de la Defensa Pública el traslado a la sede de la Disip para presenciar la toma de muestras en cada una de las manos de los aprehendidos. Dos defensores privados de los francotiradores se hicieron presentes y asumieron su defensa. El Ministerio Público ordenó a la Disip agregar esas actuaciones al acta de aprehensión y se les instruyó para que corrigieran varios defectos, impertinencias y deficiencias visibles en las actas policiales con las cuales se evidenciaban los hechos ocurridos.

La fiscal comisionada no encontró, al día siguiente, ni los originales de las actas, ni los oficios de solicitud de las experticias, ni las diligencias practicadas. Tampoco observó en las actuaciones que los funcionarios de la Disip, conforme a las instrucciones que les habían dado, hubiesen corregido

las deficiencias, defectos e impertinencias que habían sido señaladas en las actas policiales del día anterior. Ninguna de las instrucciones que se impartieron el día 11 de abril habían sido cumplidas.

El 15 de abril el fiscal sexto auxiliar los presentó y no pidió privativa de libertad contra nadie. El tribunal acordó libertad plena. El fiscal fue removido, pero ya los sicarios estaban fuera del país. Aún no sabemos qué pasó con la juez.



# CARMONA DURMIÓ VESTIDO

## **Aún no sabemos qué pasó con la juez.**

En horas de la tarde, Carmona prestó juramento ante sí mismo. Obvió el retrato del Libertador y acompañado, esta vez del vicealmirante Carlos Molina Tamayo, del abogado Daniel Romero, y de quien inmediatamente pasaría a ser su ministro de Relaciones Exteriores, José Rodríguez Iturbe, juró cumplir su Acta de Constitución del Gobierno de Transición Democrática y Unidad Nacional.

No había Constitución... había que jurar cumplir algo... un acta... un papel... un documento... cualquier cosa...

El salón Ayacucho resultó pequeño para tanta ansia de poder. Fue interesante mirar por televisión toda esa gama de personajes que acudieron al Palacio esa noche.

Allí había artistas, hombres de negocios, intelectuales, dirigentes políticos, profesores universitarios, académicos, banqueros, periodistas, empresarios, industriales, embajadores, exministros, exmagistrados, exgobernadores, diputados, obispos, cardenales, y hasta gente que no sabía por qué razón se hallaba allí.

Por lo menos es lo que han dicho después.

¿Cuotas de poder? ¿Cargos? ¿Postulaciones? ¿Ambiciones? ¡Vaya usted a saber! Lo grave fue que a todos los invitaron a refrendar el documento que leyó el procurador *de facto* y muy pocos se atrevieron a eludir esa tentación de estar en la historia.

El nuevo y breve presidente de la República disolvió y destituyó todos y cada uno de los Poderes Públicos. Hasta los electos directamente por el pueblo... pero... no todo fue ilegal... se reconoció... el ordenamiento jurídico anterior a la Constitución del 99.

¡Claro, siempre y cuando no hubiera colisión con el Acta de Constitución del Gobierno de Transición Democrática y Unidad Nacional!

Serían las 7 y 50 de la noche de ese mismo día 11 cuando Luis Miquilena apareció en televisión. Allí manifestó que, desde ese momento, “pasaba a la oposición, horrorizado por la matanza del atardecer... el presidente conocía de antemano cuáles eran mis diferencias. Muchas veces yo, frente al presidente de la República y a funcionarios y ciudadanos civiles, planteé la necesidad de bajar el tono de la confrontación... había guardado silencio... para que no se conociera el distanciamiento... cuando me enteré del carácter asesino de las personas que disparaban contra una manifestación pacífica me consideré en el deber absoluto de defender mis principios, de establecer distancia con un gobierno que protagonizó un acto de esta naturaleza. Por eso manifiesto mi repudio”.

Un poco más un poco menos fueron esas las palabras de Luis Miquilena. Las reiteró en *Quinto Día* —semanario de gran tiraje periodístico—: “... si estos dolorosos hechos

son el precio que tuvimos que pagar, creo que valió la pena el sacrificio...”.

Había convocado Miquilena, con anticipación, a un grupo de amigos para que, personalmente, oyeran su alocución en el propio Canal de la Colina. Yo no fui convocado a ese festín en La Colina, pero al siguiente día, después de mi denuncia al país, en la cual anuncié que el presidente no había renunciado y que lo habían incomunicado en los calabozos de la Policía Militar de Fuerte Tiuna, la primera llamada que recibí fue la de Luis Miquilena: “Isaías, estoy contigo —me dijo—. Yo no sabía que a Hugo lo tenían preso. Cuenta conmigo. Te sigo llamando... —la llamada la recibió mi secretaria privada y está registrada en el Despacho del Fiscal General de la República—. Todavía estoy esperando esa otra llamada....

Cuenta Rafael Poleo que, entre los asistentes a la convocatoria de Luis Miquilena, estaban, entre otros, el presidente de Fedecámaras, el presidente de la CTV, varios dueños de medios privados de comunicación; el presidente de la Conferencia Episcopal, Baltazar Porras, Gustavo Cisneros y unos cuantos dirigentes de algunas organizaciones civiles y de otros muchos factores de la oposición.

Estaban en una gransala, con televisores que mostraban todos los canales audiovisuales del país para seguir el curso de los acontecimientos.

La casa sirvió bebidas y pasapalos.

Pedro Carmona pidió suspender la reunión por exceso de fatiga y cuenta Poleo que le preguntó “si dormiría en su casa”.

“Me voy al Four Seasons (hotel de lujo ubicado en el este de la ciudad de Caracas) a ducharme y a cambiarme —le respondió el presidente de Fedecámaras.

Y con esa agudeza que caracteriza a Poleo, le preguntó de nuevo: “¿Y vas a dormir vestido?”.

El ascensor se abrió y no hubo respuesta.

Poco después, por una llamada de un amigo, Rafael Poleo supo que Carmona estaba encerrado en Fuerte Tiuna con el general Efraín Vásquez Velazco, Isaac Pérez Recao, Allan Brewer Carías y Daniel Romero, redactando los documentos constitutivos del “nuevo gobierno”.

Poleo, que no se queda con nada, informó inmediatamente al grupo lo que acababan de contarle, y Gustavo Cisneros exclamó: “¡Ya nos jodió!”.

Esa misma noche, en otro estudio de televisión, el general de división Luis Camacho Kairuz, viceministro de Seguridad Ciudadana del presidente Chávez, pero para ese momento disidente, conjuntamente con el general Damiani Bustillos, informaban al país que ya habían comenzado los movimientos para integrar la Junta Provisional de Gobierno.

¿Cómo diablos fue que desapareció esa “Junta Provisional de Gobierno”? ¿Quién decidió que Carmona asumiera íntegramente el poder? ¿Quiénes lo eligieron? ¿Por qué desecharon la idea conversada con suficiente anticipación con el general Efraín Vásquez Velazco?

Vásquez Velazco, en tono de broma nos dijo el 10 de abril del 2002, el día anterior al golpe, a Iván Rincón —presidente del Tribunal Supremo de Justicia—, a Germán Mundaraín —defensor del pueblo— y a mí, que de darse un golpe —lo que puso en duda— se haría siempre a través de una junta mixta de gobierno, que además sería cívico militar.

No vamos a ser tan tontos para entregarle el gobierno a los civiles solamente.

Dijo finalmente y esbozó una media risa que, en tono cordial, era común en él.

En efecto, oficialmente se nos había invitado a una actividad militar en Fuerte Tiuna —oír el himno nacional, una conferencia que dictaría un oficial de alto grado y hasta firmar un libro de visitantes ilustres.

En uno de esos apartes que se hacen en Venezuela en toda reunión, no sé si curándose en salud o haciendo gala de una ingenuidad que luego se expresó en casi todos sus actos posteriores, nuestro asiduo compañero de jugar dominó nos adelantó aquellas primicias que no supimos, ni tuvimos tiempo de descifrar.

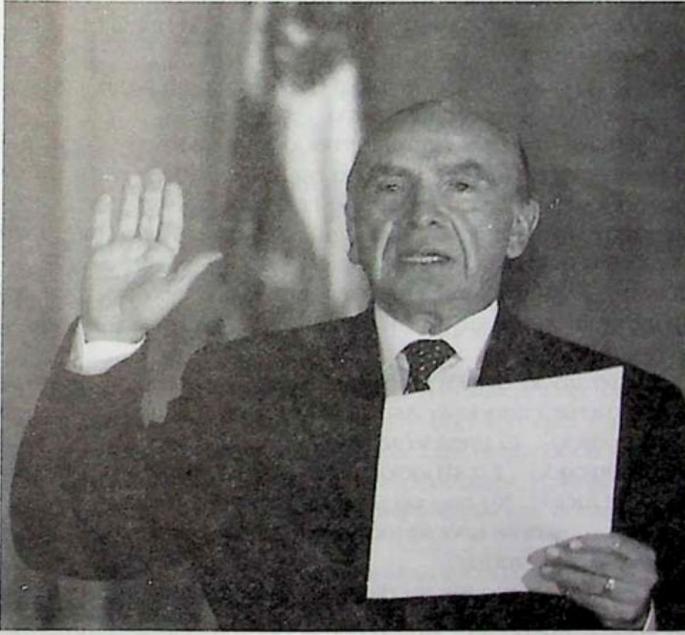
Por eso la pregunta sobre la Junta de Gobierno continúa siendo un misterio.

¿Quién impuso a Carmona?

Vásquez Velazco, Camacho Kairuz y Damiani Bustillos hablaron públicamente de esa Junta de Gobierno Transitoria. En algunos ámbitos, durante las horas del golpe y luego, con posterioridad, se ha dicho que fue una decisión del cardenal Ignacio Velazco, concertada desde los Estados Unidos con una orden interna de la Iglesia.

A juicio de los analistas más entendidos nada debió hacerse sin la participación decisiva de los norteamericanos. Por lo demás, ya oficialmente la Embajada “americana”, a través de Donna Hrinak y del inefable Cook, había anunciado formalmente que Carmona Estanga era “el hombre correcto para el momento correcto en Venezuela”.

Según Rafael Poleo, Carmona dio un golpe de mano dentro de aquel proceso, haciéndose proclamar presidente de la República a espaldas de los factores que, según Poleo, “promovían una protesta cívica”.



Pedro Carmona Estanga.

## ¡EL PRESIDENTE NO HA RENUNCIADO...!

**Según Rafael Poleo, Carmona dio un golpe de mano dentro de aquel proceso, haciéndose proclamar presidente de la República a espaldas de los factores que, según Poleo, “promovían una protesta cívica”.**

El viernes 12 de abril del 2002, con el ángel que Dios y la Virgen han puesto a los llaneros para cuidarlos, y con la ayuda técnica de un equipo de periodistas, solidarios y comprometidos, logramos romper el cerco informativo impuesto por los medios privados de comunicación.

Logramos decirle al país que el presidente de la República no había renunciado y, lo más significativo, que había un golpe de Estado en Venezuela.

Recuerdo que, sin dar tiempo a que me preguntaran, comencé la rueda de prensa afirmando:

... fiscales militares han informado al Ministerio Público que el presidente de la República no ha renunciado y si no ha renunciado, si nadie ha mostrado constancia escrita de esa renuncia, el presidente Chávez sigue siendo el presidente de la República Bolivariana de Venezuela.

Luego, más adelante, sin desperdiciar el tiempo para comunicar lo esencial de mi declaración, en breves minutos, agregué:

... La renuncia del presidente es ante la Asamblea Nacional y solamente cuando la Asamblea la acepte se la puede tener como válida... El presidente está privado de su libertad... Está incomunicado... La situación es realmente grave... Hay un Estado de facto... No hay un Estado constitucional... Estamos ante una situación que no se puede calificar sino de golpe de Estado...

En ese momento los medios privados de comunicación me sacaron del aire.

Desde las diez de la mañana los periodistas estaban tratando de entrevistarme. Supuestamente todos los demás Poderes habían renunciado y venían por la mía. Parecía que si se daba a conocer la información de mi renuncia, ello contribuiría a “legitimar”, tanto a nivel nacional como internacional, el golpe de Estado del 11 de abril.

Un periodista se atrevió a decir que si el fiscal general renunciaba, la transmisión se haría en vivo y ello nos dio la clave para convocar la rueda de prensa. La convocamos para las dos de la tarde y pusimos dos condiciones: que se me transmitiera en vivo y que se me permitiera hacer una breve introducción de lo que estaba ocurriendo.

Mis directores de prensa me asesoraron: “Aproveche los primeros segundos”. “No espere a que le pregunten”. “Diga todo lo que tenga que decir”.

La estrategia funcionó y cuando los medios privados me cortaron ya la denuncia estaba en la calle: la gente sabía que

Chávez no había renunciado y que había un golpe de Estado en Venezuela.

Esa noche del 12 de abril una multitud de protestas, cuestionamientos, gritos y denuncias se congregaron frente a Fuerte Tiuna. Ni las lacrimógenas ni los disparos lograron dispersarla.

El pueblo comenzaba a revertir la situación. De nada sirvió el apagón comunicacional de las censuras, ni la decisión de la telefonía celular de cortar las comunicaciones. La opinión popular derrotó la desinformación mediática con una sorprendente red espontánea directa y eficiente que transmitía de boca a boca y de boca en boca, con megáfonos viejos y nuevos, utilizando panfletos, telas, pendones, volantes, cintillos, grafitis, pintas en las paredes y emisoras comunitarias improvisadas.

Radio Fe y Alegría, antiescualidos.com y YVKE Mundial, multiplicaron mis declaraciones, las reprodujeron y continuaron dándolas a conocer sin dormir y sin parar. Todos los medios comunitarios fueron unos bachacos que se sustituían unos a otros para hacer llegar mis declaraciones. Muchos las copiaron en pequeñas grabadoras de mano y las reprodujeron con megáfonos, en las calles, en los cerros y en los barrios. Unas arañas tejían sin destejer.

Así se iniciaron los primeros escarceos.



Hugo Chávez Frías.

## 52 MINUTOS DE DECLARACIONES

### **Así se iniciaron los primeros escarceos.**

Cincuenta y dos minutos duró la rueda de prensa en el salón de reuniones del despacho del fiscal general. Las microondas la truncaron apenas transcurridos los tres primeros minutos y todos los periodistas se miraron las caras cuando me sacaron del aire.

Creo que, sin excepción, todos los reporteros se sintieron agredidos. Algunos de ellos, con el equipo del Ministerio Público, enviaron mis declaraciones a las agencias internacionales de noticias.

La entrevista fue transmitida de inmediato por Telemundo, Televisión Española y, al final, como bien lo habían previsto los periodistas, rebotó hacia Venezuela. Habíamos logrado derrotar el silencio informativo.

Fuera del aire, los periodistas continuaron entrevistándome.

Me preguntaron si como fiscal general de la República reconocía la Junta de Gobierno presidida por Carmona:

“Esa Junta no tiene existencia jurídica ni validez constitucional. Esa Junta está allí, no es virtual, se manifiesta de

manera brutal, pero es absolutamente inconstitucional y no tiene validez internacional”.

Un periodista expresó que mis declaraciones podrían “prender” el país y me preguntó si estaba consciente de la gravedad de su contenido:

“Tengo —contesté— unas atribuciones que me las asigna la Constitución; soy el fiscal general de la República. Esas funciones no las voy a dejar de lado en una circunstancia como la que está viviendo el país”.

Otro periodista señaló que la comunidad internacional podía bendecir lo que estaba ocurriendo y, si eso ocurría, la lectura sería que no había el tal golpe de Estado que yo denunciaba.

Respondí parcamente:

“El Estado de derecho no es un problema de bendiciones ni muchísimo menos de una bendición especial del Departamento de Estado”.

Al final llegó la pregunta que los había llevado al Ministerio Público:

“¿Fiscal, usted pondrá el cargo a la orden?”.

Esta vez la respuesta fue más corta: “¿Con cuál legitimidad me van a hacer esa solicitud?”.

Casi una hora duró esta rueda de prensa. Algunos me vieron como un vendedor de olas en alta mar. Otros me expresaron una solidaridad que aún hoy anda conmigo.

Al sacarme del aire sentí como si hubieran puesto presa la libertad de expresión; como si un hecho, no tangible, la hubiera puesto tras las rejas.

Finalizada la conferencia, la BBC de Londres y CNN en español, vía telefónica, se comunicaron inmediatamente conmigo.

Fui entrevistado en vivo.

Interrumpieron su programación ordinaria para tomar mis declaraciones. Recuerdo que dije: “Esto solo lo puedo decir a ustedes porque en mi país los medios de comunicación me acaban de sacar del aire”.



## ¿Y QUÉ PASÓ DESPUÉS?

**Recuerdo que dije: “Esto solo lo puedo decir a ustedes porque en mi país los medios de comunicación me acaban de sacar del aire”.**

A las seis de la tarde Pedro Carmona, en un intento por apagar el contragolpe, trató de modificar el Acta de Constitución de su gobierno. Tardía y parcialmente admitió algunos de los graves errores que había cometido contra la democracia y la soberanía popular. Como Vásquez Velazco, no hizo otra cosa que someterse a la dura realidad que comenzaba a vivir. Se subordinaba, a su pesar, a hechos que lo desbordaban y lo trascendían.

Ya no era el Napoleón que se coronó a sí mismo, ni el elocuente presidente de Fedecámaras. Su pinta y su voz eran completamente distintas. Ya no era el “doctor” que dictaba cátedras de táctica y estrategia. Su soberbia se había arrugado discretamente y desde sus gestos se le veía irresoluto, inseguro y titubeante.

Las lapidarias frases de Rafael Poleo, cuando le preguntó “si iba a dormir vestido la noche del 11”, le habían puesto un zumbido extraño en los oídos. Hasta esos momentos no se había percatado de aquel ruido con bulla que parecía

un aleteo de moscas o de abejas. Tal vez hasta pudo haberse arrepentido de haber engañado a Cisneros y al mismo Poleo. Se estaba quedando solo como aquel presidente que dijo: “No soy más que un pobre poderoso solitario”.

Había dado un golpe dentro del golpe y empezaban a cobrarlo. Ya no era presidente de Venoco y no estaba Pérez Recao: dos poderosas razones para no tener con qué pagar. No había flujo de caja, como dicen los banqueros. ¿Qué haría entonces? ¿Qué iba a hacer? ¿Cómo se bajaba de aquel árbol donde se había encaramado? ¿Podría bajarse de la misma manera como se había subido? Las cosas se le habían enredado demasiado. A lo mejor —o a lo peor— los acontecimientos no se habían calculado tan milimétricamente como se lo había supuesto. ¡Cuánto daría, hoy, por devolver el tiempo y la arrogancia!

De nada le servía en estos momentos el secretario que Carlos Andrés Pérez le prestó para que leyera el decreto. Daniel Romero Matute estaba en ese instante en los sótanos de Miraflores, sentado en un pupitre. Con un resto de voz que apenas se le oía, suplicó que no se privara de libertad a las dos periodistas que los acompañaban. Tampoco Daniel era Daniel. No, no era ese que había llenado de aplausos el Salón Ayacucho. Estaba francamente disminuido.

El poder se les había derrumbado en cuestión de segundos. Es frágil el poder y la gente no se da cuenta de ello. Y eso que Maquiavelo lo dijo y requetedió desde hace por lo menos 400 años. En la Florencia de ese tiempo todo el mundo lo sabía; hasta los papas lo sabían, pero ni Pedro Carmona ni Daniel Romero se habían percatado de lo quebradizo, vidrioso, endeble y pasajero que es el poder.

Antes de comenzar la juramentación del nuevo gabinete, Pedro y Daniel oyeron el murmullo de la poblada y, como no estaban preparados para lo imprevisible, no se les ocurrió otra cosa que huir hacia los estacionamientos. Todos corrían sin rumbo ni dirección fija. A Pedro Carmona lo metieron en un carro y se lo llevaron a Fuerte Tiuna, pero Daniel Romero se quedó enterrado en los laberintos internos del Palacio. Huyó hacia adentro, diría un amigo que a todo le inyecta su sarcasmo.

Conocidos y desconocidos se daban la mano en la baraúnda. Se ayudaban y se solidarizaban unos con otros. El instinto de sobrevivir es más fuerte que el odio y que el poder. Las mujeres corrían descalzas con los zapatos en la mano. De esa manera no les estorbaban los tacones altos recién comprados. Cada quien intentaba salvar su vida y uno que otro intentaba, también, salvar su muerte. No había cómo escapar por la plaza Bicentenario.

Pasaron los 40 minutos más largos en la vida de tanto ministro y ministra recién vestidos y sin juramento. Fueron cambiados de lugar todas las veces. Bajaron escaleras, atravesaron túneles, recorrieron sótanos. Se agachaban, se enmudecían silencios ordenados con un dedo en la boca y se pegaban con miedo a cuanta pared encontraban.

Alguien les dijo que guardaran y apagaran los celulares para que la señal no los delatara. Veían militares por todos lados y no les decían nada porque no sabían distinguir quién era y quién no era aliado. Daniel Romero lucía, desde hacía rato, desconcertado. Raúl de Armas, el futuro ministro de Agricultura, lo acompañaba. Hicieron una larga travesía por un pasillo que parecía interminable y, al fin, llegaron a un lugar que parecía seguro. Era un aula de clase.

Allí se sentaron en los pupitres. Parecían malos alumnos castigados. Fue allí donde por primera vez observé personalmente a Daniel Romero Matute. En mi carácter de fiscal general, me acerqué adonde él estaba y le garanticé sus derechos. Le informé a él y a quienes lo acompañaban que, formalmente, el Ministerio Público les garantizaba los derechos que tenían como ciudadanos. Les comunicué que no estaban detenidos ni privados de la libertad y que, si lo querían, podían marcharse cuando quisieran. Les advertí, sin embargo, sobre la multitud enardecida que estaba en los alrededores del Palacio, dispuesta a comerse vivos a quienes habían roto el hilo constitucional. Decidieron quedarse y ordené que les dieran agua, café y galletas. Se les suministraron colchonetas y cuando les pregunté si querían ir al baño vieron a Dios. No sé de qué manera se imaginaron los sanitarios, pero fue lo único que me agradecieron, con la mueca de una risa torcida que con muchísimos esfuerzos se zafaba de unos músculos tiesos.

No sé si fue en ese momento cuando me informaron que el general Francisco Usón Pérez, exministro de Finanzas del presidente Chávez, se encontraba a las puertas del Palacio.

Estaba decidido a entrar. Andaba vestido de civil y se le veía sereno y circunspecto. El oficial de la Casa Militar que lo identificó no le dio el saludo militar que se acostumbra ni le dio parte. Por el contrario, lo increpó con una voz de mando que le debe haber salido de los hígados:

—¿Qué hace usted aquí? ¿Con qué moral viene usted a este Palacio?

—¡Yo no estoy aquí como ministro; estoy aquí como general! —le respondió, sin arredrarse.

—¡Nopuedeestaraquí! —ledijoelsubalterno—¡Retírese!

Usón reflexionó, lo vio de arriba abajo, se contuvo, se volteó, dio la espalda y se marchó.

El oficial que lo increpó ordenó que lo acompañaran hasta la salida. Usón salió vestido de civil. Nadie lo reconoció. La multitud lo dejó pasar como si nada.

Habían pasado 8 horas infinitas de cautiverio cuando los periodistas llegaron a filmar y a entrevistar a Daniel Romero y a los ministros sin juramento. Informaron a la prensa que los habían tratado bien. Fueron parcos y no respondieron a la mayoría de las preguntas. En todo caso el video los alegró. Era una prueba incontrovertible del estado de salud en que se encontraban y una señal de que no habría torturas ni maltratos. El Estado que habían pretendido destruir les respetaba sus derechos humanos y su integridad física.



## NO ES TAN FUERTE “FUERTE TIUNA”

**El Estado que habían pretendido destruir les respetaba sus derechos humanos y su integridad física.**

A todas estas, Pedro Carmona Estanga se hallaba en Fuerte Tiuna. No llegaron hasta él las notas gloriosas de El Gloria al Bravo Pueblo que, afuera, cantaban quienes pedían a gritos que les devolvieran a su presidente.

Estaba lejos, muy lejos, del hotel Four Seasons. En ese instante a lo mejor —o a lo peor— ya ni sabría cómo cambiarse de ropa, ni mucho menos cómo cambiarse de posición política.

Estaba pensando en la banda presidencial con cierre mágico y medidas apropiadas, elaborada por encargo, con suficiente anticipación al golpe, en una sastrería de Madrid. En la alocada carrera hacia el estacionamiento se le quedó olvidada en el palacio y eso lo entristeció. En realidad fue lo único que lo entristeció porque él mismo había ordenado su confección en una tienda de efectos militares y se había prometido conservarla para la posteridad.

En eso estaba pensando cuando le tocaron la puerta de la habitación donde los generales lo habían resguardado desde

el mismo momento en que llegó a Fuerte Tiuna. Carmona estaba en la habitación del comandante general del Ejército y había tenido el cuidado de cerrarla por dentro.

Cuando tocaron la primera vez no respondió. Se quedó en silencio, esperando el otro toque.

Al segundo, preguntó:

—¿Quién es?

Y desde afuera le contestaron:

—Es el coronel Montilla, José Gregorio Montilla.

—¿Y qué desea? —respondió, con un nerviosismo que no se conocía.

—¡Cargo una orden de detención para usted! —le contestó el coronel Montilla Pantoja.

—¿Y por qué, por cuál razón? —preguntó, sin abrir aún la puerta, casi en estado de shock.

—¡Porque usted violó la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela! ¡Entréguese! —le espetó gravemente el coronel.

Pretendió ganar tiempo con un silencio que no atinaba a saber para qué, realmente, le servía. Quería ayuda. Necesitaba ayuda. ¿Pero y quién se la daba? Miró hacia atrás y allí estaba un oficial que había logrado entrar a su habitación por otra puerta.

No opuso resistencia y se entregó.

Los generales que lo habían metido en aquel brete se quedaron mirándolo. Solo el general Rosendo abogó por él. Pidió, respetuosamente, al coronel José Gregorio Montilla que no lo hiciera preso. Le pidió, por favor, tiempo para que se dirigiera al país y restableciera así el hilo constitucional.

El coronel Montilla entregó lo que quedaba de Pedro Carmona y les estableció un plazo para que

informaran públicamente al país el restablecimiento del hilo constitucional.

Fue ese el momento cuando José Vicente Rangel llegó al Batallón Caracas y, cara a cara, se encontró con Pedro Carmona Estanga. Le dijo con dureza: “¿Te das cuenta cómo estabas tú de engañado? ¿Cómo es posible que le hayas entregado este país a Fedecámaras?”.

Carmona bajó los ojos y no respondió.

Rangel ordenó a los oficiales leales presentes que pasaran al salón anexo, mientras funcionarios adscritos al Departamento de Seguridad del Ministerio de la Defensa practicaban la detención de Pedro Francisco Carmona Estanga y de otros oficiales.

Eran las 8 y quince minutos de la noche del 13 de abril del año 2002.



# LA CASA BLANCA SE OSCURECIÓ

## **Eran las 8 y quince minutos de la noche del 13 de abril del año 2002.**

Estados Unidos fue uno de los pocos países que apresuradamente juzgó los hechos del 11 de abril del 2002 en Venezuela. Reconoció a Pedro Carmona Estanga como presidente legítimo y lo elogió internacionalmente. Ari Fleischer, en representación del Departamento de Estado, declaró públicamente el apoyo del gobierno de Bush a Pedro Carmona Estanga y condenó abiertamente al presidente Chávez por incitar a la violencia que, según el Gobierno norteamericano, fue la que “lo obligó a renunciar”.

Se hacían eco de hechos que no eran ciertos, pero eran esas las únicas verdades que ellos querían oír.

La Embajada estadounidense en Caracas se atrevió a expresar públicamente:

... los acontecimientos que tuvieron lugar ayer en Venezuela han provocado un cambio de gobierno y la asunción de una autoridad de transición... Sabemos que la acción estimulada por el gobierno de Chávez provocó esta crisis... sabemos que ese Gobierno trató de evitar que los medios de comunicación independientes reportaran los acontecimientos...

Se atrevieron a decir más. Dieron por cierta una renuncia que jamás existió y una destitución del vicepresidente y del gabinete que ni siquiera los medios privados de comunicación osaron informar:

Como resultado de ellos [de los acontecimientos] el presidente Chávez ha renunciado a la Presidencia... antes de renunciar destituyó al vicepresidente y al gabinete... los Estados Unidos continuarán siguiendo de cerca los acontecimientos.

George W. Bush presionó a Colombia y a El Salvador para que juntos trataran de persuadir a la Cumbre de Río reunida en Costa Rica, para que reconociera a Pedro Carmona como el nuevo presidente de Venezuela.

El tiro se les fue por la culata...

La condena del Grupo de Río fue categórica, inmediata y unánime. Denunciaron la ruptura del hilo constitucional en Venezuela y desconocieron el pronunciamiento militar de los golpistas. México apeló a la doctrina Estrada y negó el reconocimiento "... a una práctica denigrante que hiera la soberanía de otras naciones..."

Desde San José, el mismo Grupo de Río invocó la Carta Democrática de la OEA, adoptada en Québec, para convocar al Consejo Permanente de la Organización de Estados Americanos y tratar de adoptar las medidas más necesarias y convenientes. Colombia y Estados Unidos tragaron grueso y se adhirieron al restablecimiento de las instituciones democráticas en Venezuela.

La prensa anglosajona cuestionó al efímero gobierno de Carmona no solo por insurrecto e inconstitucional, sino, también, "... por sexista, por racista y por estar fuertemente

penetrado por los sectores más reaccionarios de la Iglesia católica...”.

Dos norteamericanos, el senador Dodd, de Connecticut, y el profesor Valenzuela, de la Universidad de Georgetown, declararon y suscribieron manifiestos contra el apoyo del gobierno del presidente Bush al derrocamiento de Chávez.

Como pruebas del evidente y manifiesto intervencionismo norteamericano en nuestro país, la prensa venezolana citó como evidencias los editoriales del *New York Times* y del *Washington Post*.

Las opiniones de Condoleezza Rice, según las cuales Chávez se lo había buscado por su actitud agresiva, fueron torpemente agresivas.

La Casa Blanca se oscureció, se volvió negra, se llenó de hollín y perdió el encanto con el cual la diplomacia disimula los juegos agresivos del poder.



## CARMONA SE ENTERA DE LOS HECHOS

**La Casa Blanca se oscureció, se volvió negra, se llenó de hollín y perdió el encanto con el cual la diplomacia disimula los juegos agresivos del poder.**

El domingo 14 de abril del mismo año, Pedro Carmona Estanga fue presentado, en calidad de detenido, al Ministerio Público, por funcionarios del Ministerio de la Defensa, y el 15 de abril los fiscales comisionados lo presentaron ante el Tribunal 25 de Control del Área Metropolitana de Caracas.

Se le imputaron los delitos de rebelión civil y usurpación de funciones, y se solicitó para él una medida privativa de libertad.

Carmona expresó en el Tribunal que se había enterado de los hechos por las declaraciones del general Lucas Rincón y negó cualquier tipo de participación en los acontecimientos que le acababan de imputar.

Sus abogados, Juan Martín Echeverría, padre e hijo, alegaron que el caso no se podía plantear como flagrancia; que el “doctor Carmona” no había cometido ningún delito y que, por el contrario, lo que hizo fue tratar de llenar un vacío, puesto que para ese momento no había gobierno.

Solicitaron el sobreseimiento de su defendido y la nulidad del procedimiento de aprensión.

El Ministerio Público insistió en la privativa de libertad, en la validez de las actas y en la validez del procedimiento y, finalmente, el tribunal decidió proseguir la averiguación por la vía del procedimiento ordinario y declarar sin lugar, tanto el sobreseimiento como la nulidad de lo actuado, planteado por los dos defensores. Negó la privativa de libertad solicitada por el Ministerio Público por estar en desacuerdo con la precalificación de rebelión y acordó solamente una medida cautelar mediante la cual el imputado debía permanecer detenido en su domicilio bajo la custodia de la Disip (Dirección de Servicios de Inteligencia y Prevención), con expresa prohibición de salir del país.

De esta decisión apeló el Ministerio Público y el 22 de mayo del 2002 la Corte de Apelaciones del Circuito Penal del Área Metropolitana de Caracas, decidió declarar con lugar el recurso interpuesto por los fiscales comisionados y, en consecuencia, decretar la medida de privación judicial preventiva de libertad de Pedro Francisco Carmona Estanga por los delitos de rebelión y usurpación de funciones. Ordenó, igualmente, que su detención se llevara a cabo en un centro de reclusión.

## PEDRO “EL BREVE” SE ASILA

**Ordenó, igualmente, que su detención se llevara a cabo en un centro de reclusión.**

Esa orden judicial no pudo ser cumplida porque en horas de la mañana, con el discreto encanto de la complicidad, Pedro Carmona Estanga salió a trotar, como lo hacía todos los días con la venia del tribunal y de la Disip.

Con la ayuda valiosa y solidaria de un conocido comisario general que hacía las veces de jefe de seguridad tras bastidores, se trasladó a la Embajada de Colombia y pidió asilo.

Una periodista, también muy conocida, jubilada del reporteroismo, fue quien le aviso que “se moviera” porque le habían revocado el arresto domiciliario.

Sus abogados siempre estuvieron enterados de todos los acontecimientos y con la impasibilidad de unos buenos jugadores de poker, hicieron bien el papel que les correspondía en el tribunal donde actuaban para el momento en que Carmona se daba a la fuga y pedía asilo.

Nadie sabe aún, a ciencia cierta, qué pasó con el cambio de guardia, ni por qué no se tomaron las medidas correspondientes de seguridad. El Ministerio Público tiene todavía

abierta una investigación contra tres subinspectores y un detective de la Disip que, en algún momento, pudiera disipar las interrogantes.

Supuestamente, Carmona salió con ayuda policial por una entrada no controlada y hasta con la solidaridad cómplice de un vecino o de una vecina que, desde un apartamento cercano, compartía con el prófugo el área residencial del condominio en el cual habitaban.

A las 8 y 45 de la mañana del 29 de mayo del 2002, Pedro Carmona Estangallegó a Bogotá. Fue recibido en la Terminal Militar del aeropuerto de Bogotá por el director de protocolo del Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia, acompañado por los jefes militares del Estado colombiano. ¿Serían los honores que nuestra hermana República le dispensaba a un exjefe de Estado *de facto*?

Llama poderosamente la atención que Pedro Carmona Estanga se mueva hoy en nuestra recordada Santa Fe de Bogotá con una gracia y unas facilidades que no se corresponden con las de un ciudadano que tiene el estatus de asilado político. Muchas de sus actividades no guardan relación con ese estatus jurídico de “inmigrante” protegido por un convenio internacional que le otorga inmunidad pero no impunidad.

¿Tendrá esta situación algo que ver con el regocijo expresado por Clemencia Forero en San José de Costa Rica, el mismo 12 de abril del 2002, en su carácter de encargada del Ministerio de Relaciones Exteriores? ¿No acompañaba Clemencia, en ese instante, nada más y nada menos que al entonces presidente Pastrana? ¿O tendrá que ver con las declaraciones de la ministra Ángela María Orozco, quien alabó la vocación integracionista de Carmona Estanga?

¿O con la apología que del asilado hizo el ministro de Hacienda colombiano, Juan Manuel Santos, quien incluso después de restaurada la legalidad constitucional en nuestro país, en un acto insólito de arrogancia, reiteró y repitió sus expresiones laudatorias para el tristemente célebre Pedro Carmona Estanga?

Lo cierto es que el estatus del asilado desborda las proporciones de una persona protegida por un acuerdo internacional por razones políticas. Participa en actos públicos contra el Gobierno venezolano, preside foros con el presidente del Congreso de Colombia, senador Germán Vargas Lleras, y se reúne públicamente con miembros de los grupos que participaron en Venezuela en el golpe de Estado durante los días 11 y 12 de abril del 2002.



## EL ASILO QUE NO DEBIÓ OTORGARSE

**Se reúne públicamente con miembros de los grupos que participaron en Venezuela en el golpe de Estado de los días 11 y 12 de abril del 2002.**

Siete días permaneció Pedro Carmona Estanga en la Embajada de la hermana República de Colombia. Para el Ministerio Público venezolano, este asilo nunca debió otorgarse.

“No es lícito —expresa la Convención Sobre Asilo Diplomático suscrita en Caracas el 28 de marzo de 1954— el asilo a personas que, al tiempo de solicitarlo, se encuentren inculpadas o procesadas ante los tribunales ordinarios por delitos comunes”.

Así está contemplado en el artículo 3 de dicha Convención y en los mismos términos está establecido en el Tratado Sobre Asilo y Refugio Político de 1939, suscrito en Montevideo.

Para Colombia, por lo demás, el caso no era nuevo. El 3 de enero de 1949 Colombia otorgó, en Lima, asilo diplomático a Víctor Raúl Haya de la Torre.

El dirigente del APRA, al igual que Carmona, había fracasado en un intento de golpe de Estado y desde el 3 de octubre de 1948 huía de la justicia ordinaria. Perú, por estas razones, se negó a otorgar el salvoconducto a Haya de la Torre.

La controversia se sometió a la Corte Internacional de Justicia y esta determinó que Colombia no podía calificar el delito, de manera unilateral, ni mucho menos hacerlo vinculante y obligatorio para la República de Perú.

Lo más importante de esta decisión, sin embargo, es la declaración mediante la cual la Corte Internacional sentenció que el asilo “fue mal otorgado” por Colombia. La apelación de la hermana República fue rechazada “por prohibición expresa de conceder asilo a personas procesadas por delitos comunes”. Fue, por demás, especialmente significativo que la Corte calificara la rebelión militar como un delito común. Constituye la rebelión, expresó el Alto Tribunal, un delito común y sentó, de esta manera, una jurisprudencia que no ha sido debidamente respetada.

Más claro no podría ser.

Colombia en el 2002 repetía, en Caracas, los hechos de Lima de 1949, y otorgaba asilo político a quien no se le perseguía por sus ideas, sino por unos delitos absolutamente comunes, previstos en los artículos 144 y 214 del Código Penal Venezolano.

Nunca fue Carmona un perseguido político, sino un delincuente procesado en Venezuela conforme a la Constitución y la ley, en el ámbito de los tribunales ordinarios del país.

## EL PUEBLO SE RESTEA CON LA ESPERANZA

**Nunca fue Carmona un perseguido político, sino un delincuente procesado en Venezuela conforme a la Constitución y la ley, en el ámbito de los tribunales ordinarios del país.**

La gente, como loca, se debatía entre movilizarse o resguardarse. El vacío de las calles era sobrecogedor. Una sensación de soledad y de torpeza lo habitaba todo.

La angustia, la persecución, los detenidos, la impotencia, el temor a ser señalado; el sobresalto de los dedos incriminadores; las imposturas de los cobardes; la falsedad de los que se cambiaron; el terror sembrado por los conversos; toda esa ansiedad desconocida, que nadie presintió, se presentó desprevenida, llena de miedo.

Esa noche la oscuridad daba tumbos como un pordiosero de luciérnagas, hasta que, ya sin sustos, todo comenzó a tener vida, a volver a la vida. El sonido metálico de las ollas domésticas resucitó en la gente la voz y las miradas.

Esta vez el cacerolazo era del pueblo. Exactamente, a las ocho de la noche del doce de abril del 2002, la gente descubrió la inagotable capacidad de no perder su esencia. Se subía al

cielo en la luz quemada de los cohetes y se encaramaba sobre sí misma, con una energía llena de ritos nuevos, para izar una bandera de denuncias contra la brevísima dictadura de Pedro Carmona Estanga.

Como siempre, el pueblo devolvía el alma a la esperanza.

El 13 de abril en la mañana se alza en Aragua el general Raúl Isaías Baduel, jefe de los paracaidistas, y en La Placera, en Maracay, frente a la 42.ª Brigada de Infantería, comenzó el pueblo a aglomerarse. A las 8 de la noche de ese día había 50.000 personas dispuestas a morir por la democracia y por su presidente.

Las parroquias caraqueñas de El Valle y el 23 de Enero, así como Guarenas, en Miranda, y la carretera vieja de La Guaira decidieron resistir. Los estados Aragua, Guárico, Táchira, Mérida, Sucre, y Venezuela entera no se rendían. La protesta ardía en todos los barrios y en todas las ciudades.

El pueblo estaba en todas las calles peleando por su presidente y su proceso social.

Los medios comunitarios intentaron levantar la señal de Venezolana de Televisión. La Guardia de Honor le hizo honor a su nombre. Decenas y decenas de comandantes, mayores, capitanes y tenientes, inconformes con el decreto que había leído el tristemente célebre Daniel Romero, se pronunciaron abiertamente contra el autoritarismo primitivo y fascista de los golpistas de abril.

Un numeroso grupo de oficiales emplazó a 17 de los generales insurgentes para que restituyeran los Poderes Públicos. El general Efraín Vásquez Velazco no encontró forma alguna de contener ese huracán de peticiones y, por ello, accedió a revisar el decreto de Carmona.

El general García Carneiro, con el documento en la mano, le exigió a Vásquez Velazco el reconocimiento de la Constitución y la ratificación de los comandantes naturales. El general Vásquez Velazco sintió que el mundo se le venía encima y no tuvo otro remedio que aceptar el petitorio.

Ese 13 de abril las avenidas de la ciudad capital: Libertador, Sucre, Baralt, Urdaneta y las calles aledañas al Palacio, eran ríos enfurecidos de gente decidida. Esquinas, redomas, plazas y calles en todo el país se llenaron de hombres, mujeres, ancianos, jóvenes, muchachas, muchachos y hasta niños.

Las marchas, las manifestaciones, las caravanas, las concentraciones y toda cualquier otra forma de protesta se hicieron estandarte, pancarta, consigna y muchas veces canto.

Por cierto, extrañamente los cantos estaban hechos de rabia y alegría y todo desembocaba en el Palacio, como si el pueblo hubiera descubierto un nuevo Camino de Santiago.

Frente a las puertas de Fuerte Tiuna dos enormes tanques de guerra, con la gente encaramada sobre ellos, parecían dos cerros cargados de banderas. El triunfo estaba consumado. El poder que el pueblo había construido a pulso, con su voluntad, no se lo quitarían nunca más.

Como el Melquíades de García Márquez, ese pueblo había hecho caso omiso al tiempo convencional de los hombres y, a propósito de aquellos acontecimientos trascendentales, concentró varios siglos de episodios cotidianos y los hizo coexistir en un único instante.

Fue en ese momento, aparentemente fugaz, súbito, cuando después de muchos años el pueblo, al fin, logró rescatarse a sí mismo; y, héroe y protagonista al mismo tiempo, construyó una historia que antes se la habían hecho otros.

Desde entonces, esa historia y las masas populares del país marchan codo con codo, hombro con hombro, paso con paso, y cada vez más se siente cómo el peligro esclarece la conciencia colectiva de los pueblos.

## LA VIOLENCIA ES UNA CANCIÓN

**Cada vez más se siente cómo el peligro esclarece la conciencia colectiva de los pueblos.**

La conversación con el embajador siempre fue grata. Era un hombre culto, con sensibilidad, sólido, buen conocedor de la historia, perspicaz, agudo, con experiencia, observador político objetivo, analista serio y profundo y, además, hecho y cortado para la diplomacia.

Hablamos mucho sobre mi país y su país.

Le hablé de la violencia en Colombia y él me habló de la violencia en Venezuela. Apenas discutíamos. Casi siempre la conversación fue para coincidir y, en mi caso, para aprender. Él podía vernos desde afuera y sus percepciones tenían mayor alcance que las mías:

—Ustedes no han visto nada —me decía.

Y yo sabía, por ejemplo, que entre los años 88 y 89 habían ocurrido en su país por lo menos 80 masacres, donde murió mucha gente inerte, desarmada, que nunca logró defenderse.

—En Colombia —me decía el embajador— hay que derrotar a la muerte, no al enemigo.

Y el mensaje ulterior hacia nosotros era:

—Cúidense, cuiden a su país, cuiden su democracia, cúidense de la violencia.

Ya yo sabía de los sicarios...

—... Allá si llegan a los 25 años deben darse por bien servidos. Les gusta la música de Héctor Lavoe, el fútbol y su trabajo. Su trabajo es asesinar. Allí es una profesión como cualquier otra. Hablo de una profesión no de un oficio. Hay gente que vive de ello y para ello; que han sido formados para ello, con convicciones para ello. Son capaces de decir: "... cuando tengo un encargo, primero yo, segundo yo y de ahí para adelante quien decida... No nacimos para semilla y por eso sabemos que quien nos contrata para matar a alguien, y uno va y lo mata, también puede contratar a otro para que nos mate a nosotros".

¿Usted sabe, fiscal, que nuestros asesinos van a misa? ¿Y que cada vez que se les encarga matar a alguien se encomiendan a la Virgen del Carmen, porque ella los va a recibir en el purgatorio?

El embajador me veía cuando hacía sus conjeturas y afirmaciones, con una mirada especial que medía con detalle y especificidad todas y cada una de mis reacciones, y que evaluaba, con acuciosa curiosidad, mi perplejidad.

—Además, fiscal, se confiesan. Después de cada homicidio se confiesan —continuaba hurgando mis reacciones—. Cargan escapularios bendecidos con las imágenes de María Auxiliadora y de San Judas Tadeo y se los colocan en los tobillos.

Intuía que el embajador quería decirme que todo eso lo hacían por dinero, pero nunca lo dijo.

Yo, sin embargo, lo sabía.

El tema me apasionaba y, con soltura, lo había trabajado bastante. Había leído el asunto hasta la saciedad. Yo sabía que los sicarios, no sé si con inocencia o con sorna, afirmaban: “... es que nosotros no vivimos del clima, tenemos que comer y, además, comprarnos zapaticos...”.

—Nuestra violencia no es como la de ustedes, fiscal —reanudó su plática el embajador—; la nuestra es de verdad. La de ustedes es de la boca para fuera y quiera Dios que así la conserven siempre. La nuestra es distinta, allí no se insulta. Allí, sin mirar hacia los lados, simplemente se mata. ¡Cuiden su país! ¡Cúidenlo, que ustedes no saben lo que tienen!

Lo había dejado hablar a sus anchas. Me encantaba su tono de voz, su dicción y su desenfado. Por mi parte, ya estaba enterado, por crónicas que había leído, cómo vengaban los ataques de la policía. Iban a los barrios ricos y acribillaban en las discotecas a los hijos de la clase alta.

Desde hace años, no ahora cuando Chávez está en el poder, la sociedad venezolana viene confrontando una gravísima crisis de violencia social. Ella se ha enseñoreado; a veces raya en la locura y nos llena de estupor. Su crecimiento nos puede llevar a la destrucción.

La exclusión de las masas empobrecidas, a quienes se les convoca al consumo de cosas que ellos no necesitan, es una verdadera incitación al egoísmo y a que no importe el otro. De esa manera legitiman la guerra de todos contra todos y de esa forma excitan el inconsciente autodestructivo:

—En Venezuela, embajador, hay varios tipos de violencia: una que segrega y excluye agresivamente, y otra que es discursiva, esa que usted llama “de la boca para afuera”.

Eso lo dije para retomar la conversación y acoté de inmediato:

—Nuestro problema son las armas, el pillaje, los negocios ilícitos con el consentimiento de la policía, dentro de una perversa normalidad. Pero no es a esa violencia a la que me quiero referir, embajador, quiero que me hable de la violencia política. Usted me ha hecho referencia al sicariato. Hábleme de la violencia política:

—Fiscal, no son muchas las diferencias y cuando le he dicho que cuiden a su país me he referido esencialmente a la violencia política y no a la otra.

No me dejó responder y continuó con una exposición que amenazaba con ser larga y abierta:

—Fíjese, fiscal, cómo nos afectó la muerte de Gaitán. Y ustedes, en febrero del 89, se lanzaron a las calles a obtener por la fuerza los bienes a los que no tenían acceso. Digo ustedes, refiriéndome al pueblo. Pero fíjese, también vinieron después las prácticas terroristas y luego dos intentos de golpe de Estado.

Traté de atajarlo para hacerle un comentario, pero estaba definitivamente desatado:

—El problema hoy es la forma como ustedes se han polarizado. Afortunadamente tienen el petróleo para maniobrar, pero... y la participación popular. Ustedes no llegarán a la guerra civil, pero la paz se ve ahora como muy provisional. Cuídese del fascismo, fiscal.

—Le entiendo, embajador —le respondí para interrumpirlo—. Hay debilidad en las instituciones. Estamos en un proceso de transición. La Constitución acaba de ser aprobada hace apenas tres años y tanto; viene de un proceso constituyente. Los factores de poder han cambiado y la

gente no se resigna a perder el poder. Mucho menos cuando ese poder es el de un país petrolero, en donde esos factores ponían presidentes, escogían diputados y decían quién iba a ser el ministro de Finanzas. Lo entiendo, pero...

No me dejó terminar:

—Fiscal, déjeme decirle algo que a usted le parecerá raro y con esto termino. No le he dejado hablar, pero esto es importante. Volvamos al comienzo: la violencia de ustedes no es como la nuestra. La de ustedes es un gran espectáculo, es un *show* y tiene música. No se imagina usted cuánto les admiro. En Colombia los insultos, aunque sean verbales, se cobran con la muerte, mientras que ustedes se agreden con palabras y de allí no pasan...

Lo iba a interrumpir y me dijo:

—Qué pena que no le deje hablar, pero oígame: ustedes no saben el país lindo que tienen. No se fijó usted que el nuevo gobierno lo instalaron con una canción: “Se fue... se fue... se fue...” —el embajador tarareó la música— y cuando el presidente regresó el pueblo respondió con otra canción: “Volvió... volvió... volvió...” —de nuevo tarareó la música—. En Colombia nos hubiéramos matado el día que se fue, y otra vez el día que volvió. Ustedes lo arreglaron todo cantando. Dios bendiga a su pueblo, señor fiscal.

Acepté aquello como un cumplido y me despedí de él como si hubiéramos estado hablando en Macondo.



## LA LIBERTAD DE EXPRESIÓN EN VENEZUELA

**Acepté aquello como un cumplido y me despedí de él como si hubiéramos estado hablando en Macondo.**

*El Nacional* abrió el 11 de abril con esta mancheta: “HAY QUE MARCHAR HASTA QUE SE MARCHE” y, a ocho columnas, editorializó en una segunda edición del mismo día con un titular: “La batalla final será en Miraflores”.

El vespertino *Tal Cual*, en su primera página, titulaba: “REBELIÓN CIVIL” y en su editorial llamaba a una “jornada de rebeldía”. El 12 de abril, en otro editorial, despidió al presidente: “CHAO, HUGO”, le dijo, y uno que conoce a Teodoro se lo imagina moviendo, desde lejos, la mano derecha para gestualizar su adiós.

*El Universal*, a ocho columnas, informaba: “CONFLICTO TOTAL”. y el antetítulo era: “GUERRA DE DESGASTE”. En sus páginas interiores hacía énfasis en el crecimiento de la sociedad civil y en la decisión de Fedecámaras de refrendar todas las acciones que “se estaban tomando”.

El 12 de abril, en edición especial, este mismo diario se abrió totalmente de capa y su titular era: “¡SE ACABÓ!”.

“RENUNCIÓ CHÁVEZ”, informó después *El Nacional* y, en primera página, con un sabor a octavita de carnaval, *El Universal* le bailaba pegado al periódico de los Otero con un titular que era un disparo a boca de jarro: “¡UN PASO ADELANTE!”.

Los medios se habían desatado.

Todos los instintos primarios y secundarios, reprimidos o no, salieron a flote. Aparecieron sus demonios interiores; toda esa sed acumulada de venganza, todas las retaliaciones y los odios, absolutamente personalísimos algunos, fueron expresados.

La libertad de expresión —o de información— salía de los infiernos y no hubo paila que no hubiera calzado una noticia especial para destacar lo que estaba ocurriendo en el país.

El “latifundio mediático”, como acaba de decir en estos días Aram Aharonian, era total y se regalaba a la coyuntura con una complicidad que no tenía interés alguno en esconder, ni en disimular, ni en paliar, ni en disfrazar.

¡Nada de tratar de ocultar afinidades!

Por el contrario, había que darla a conocer y, aún más, descubrir la fórmula de hacérsela sentir a la gente. De comunicarle que aquello que estaban viviendo era la verdadera, la auténtica, el alma nacional recién encarnada. En otras palabras, había llegado el juicio final y la cola para entrar al cielo comenzaba en las páginas de cada uno de los grandes medios.

Cada escrito, cada programa informativo o de opinión, cada declaración, cada imagen, debía encajar en aquella alegría diferida. Uno veía que cada quien se peleaba por ser fanáticamente más radical que el otro, y fantaseamos visualizándolos con los puños apretados y las manos en

alto, frotándose las para expresar con insolencia: “¡Así es... Carajo! ¡Así es, como había que terminar con esta vaina!”.

Juzgaban como si nada. Pedían renunciaciones, establecían culpas y sometían a todo lo que oliera a Gobierno al escarnio y a la condena pública.

Pablo Antillano fue muy gráfico al comentar estos acontecimientos:

“¿Sabéis ustedes lo que es la mediocracia? Sencillamente un sistema donde los medios absuelven y condenan. Donde la verdad la tiene quien muestre más videos. Donde las imágenes que se transmitan son solo para acusar y destruir. La mediocracia, señores, informa titulares y esconde contenidos. En ella, el golpe de Estado, lo que ha tomado son las señales de televisión, mas no el gobierno”.

Néstor Francia, por su parte, advirtió que todo este escenario no era más que “la representación envalentada de intereses sectarios de grupos de poder económico y político” o como dijo el Ibsen Martínez de aquellos tiempos, “la insidiosa ideología del supremacismo”, puesta en práctica por “una cofradía de ultraderecha y de miembros del Opus Dei”.

Como bien lo señala ese extraordinario narrador que es Luis Britto García, las televisoras privadas trataron de hacer ver, con imágenes sobrepuestas, muchas veces falseadas o falsificadas, editadas a la medida de lo que les interesaba, absolutamente envenenadas, descontextualizadas, una realidad distinta a la que ciertamente existía, desdibujándolo todo para tratar de hacer desaparecer el país real.

Se dieron instrucciones para no mostrar, en pantalla, a los “chavistas”. No cubrieron las protestas pacíficas frente a Fuerte Tiuna, ni se divulgó la noticia comunicada por María

Gabriela Chávez de que su padre no había renunciado, ni tampoco la rueda de prensa de los paracaidistas en Maracay.

Nada se dijo de la condena al golpe de Estado en Venezuela por parte de México, Francia y Argentina. Todo eso estaba prohibido.

Andrés Izarra lo denunció sin esperar los desenlaces del golpe: “Renuncié porque el canal —Radio Caracas TV— impuso una línea editorial desde arriba, que censuraba toda información relacionada con el chavismo”.

Alertó Izarra que en la sociedad venezolana había que dar una discusión sobre el rol de los medios de comunicación y su parcialización.

Los espectadores que buscaban información en los medios privados nacionales solo encontraron dibujos animados, películas norteamericanas y las imágenes de peloteros que batean 300 puntos en las grandes ligas.

La línea informativa estaba demasiado clara. La idea era dar a entender que todo estaba en calma, que no se había matado ni una mosca, que el ambiente estaba tranquilo, sereno, resignado, entregado y sin capacidad de respuesta, total y absolutamente controlado.

Lo más atrevido, si es que quisiéramos entrar en ese mundo sórdido de lo patético, fueron las disculpas de los dueños de medios para justificar su silencio informativo.

Explicaron —o pretendieron explicar— que sus reporteros no debían correr el riesgo de ir a la calle y enfrentar las brutales agresiones y amenazas de los círculos del terror y de las pobladas irracionales: “No están nuestros reporteros en capacidad de cubrir nada, porque las bandas del Gobierno los han condenado a muerte”.

Y, vaya contradicción, esas eran las mismísimas “bandas” de un gobierno que ya ellos habían sentenciado como caído. Por lo demás, como bien lo manifestaron varios periodistas extranjeros, bastaba con “pegarse” a las informaciones que todas las agencias y cadenas internacionales de radio y televisión transmitían las 24 horas del día.

De allí, si lo hubieran querido y alguna chispa de respeto hubiera quedado por la ética periodística, habrían salido las noticias que las “bandas” del Gobierno les impedían colocar en el aire.

La acción acoplada de las televisoras, tergiversando la realidad y mintiéndole descaradamente al país, no solo ofrecieron y entregaron su poder mediático para cercar al presidente, sino que, violentando todos los códigos éticos del periodismo, participaron abiertamente en la conspiración y dieron su apoyo al golpe de Estado.

En *Le Monde* pudimos leer, con ocasión de estos hechos, frases que nos reconfortaron con el periodismo.

Ives Charles afirmó que la cosa era al revés: los medios debían someterse a la democracia y no la democracia a los medios. Expresaba el periodista francés, que el funcionamiento autorreferencial de los medios afectaba y degradaba las libertades individuales y colectivas:

En efecto, aprovechando los recursos más modernos de la tecnología informática, se apoderan del pensamiento y de la voluntad de quienes, ingenuamente, se dejan influir por el conjunto de imágenes y de ideas repetidas, detenidas, colocadas en cámara lenta y hasta musicalmente sostenidas.

Es lo que, en el argot comunicacional, se denomina “matriz de opinión” y que, con experticia, puede convertir un

suceso o una acción en un hecho que buena parte de los televidentes son capaces de defender como cierto y verdadero. Es tan cierto esto, que muchas veces he oído decir a personas con títulos y grados académicos “es verdad, porque lo dijo la televisión”.

Ignacio Ramonet hizo afirmaciones que paran los pelos de punta:

“La clase media alta, blanca, veía con pavor la perspectiva de ver subir a la gente de color, cobriza o negra, que aquí, como en toda América Latina, ocupa los lugares inferiores de la sociedad”.

Tenía, esa clase, el pavor de compartir sus privilegios.

Lo grave, sin embargo, fue que en ese salvajismo decadente, cavernario, inhumano y brutal, cayeron también algunos intelectuales intolerantes.

Fue esta singular agresión total y absolutamente desmedida a la chusma, a los tierrúos, a las hordas, lo que llevó a algunos sectores de la población a enfrentar el carácter sectario, social y racial de los noticieros.

Se plantaron frente a esa casta cerrada y oligárquica que, desde los programas de opinión, no concebían el debate sino entre quienes tenían los ojos azules o creían tenerlos, y entre ellos mismos.

Las pobladas se fueron a pie, en autobús, en metro y en motocicletas hasta las plantas de televisión y las rodearon. No las agredieron físicamente, pero les vocearon todas las consignas que consiguieron y, con su presencia, les expresaron que ellos no eran convidados de piedra y no estaban dispuestos a que se les manipulara, ni con el silencio informativo ni con la calumnia, ni tampoco con la mentira y el desparpajo.

Se habían olvidado los dueños de medios, de aquello que identificó por mucho tiempo al periódico más importante de los Estados Unidos, el *New York Times*, “Nuestra principal responsabilidad no está dirigida al ciudadano que lee el periódico en el tren, sino al que vendrá dentro de 50 años”.

*El Times*, moderadamente liberal, conocido por su fobia a la obscenidad y a los chismes (murmuraciones) es, como afirmara James Reston, editor asociado, “... un material de primera agua, que no debe envenenar nunca la corriente de la historia”.

Ocurrió y suele suceder, que en Venezuela la política se casó con la publicidad y cada quien, por su lado, tuvo unos hijos bastardos que ahora pretenden escribir esa historia “al revés” que refiere Ives Charles.

Como bien lo expresa Luis Britto, “animadores de televisión”, por obra y gracia de los propietarios de medios, pasaron a ser “analistas” y a realizar “diagnósticos sociales, económicos y políticos”. Y uno los veía, además, haciendo noticias con los rumores y los chismes. Y, además, haciendo de protagonistas sin respeto alguno por el entrevistado.

Se convirtieron en oráculos. ¿Serían esas las instrucciones de los dueños? ¿Es que habían decidido definitivamente sustituir los liderazgos partidistas por animadores? ¿Hacer, exactamente, lo que hizo Orlando Urdaneta en Chuao?

¿Es que las instrucciones eran usurpar las funciones que la ley atribuye a las organizaciones políticas? ¿Con la excusa de que en el país había o hay crisis? ¿Cuál crisis: la de los partidos, la del país o la de los medios?

¿No será esta, acaso, la razón por la cual se acusó, nacional e internacionalmente, al golpe de abril como un golpe mediático? ¿No es cierto que en esa contingencia los

medios, sin ver para atrás, asumieron el papel de partidos? ¿Y sus imágenes y sus ideas fueron más efectivas que los megáfonos, las tarimas, los discursos y hasta que el poderío militar? ¿No serían esas las armas de destrucción masiva a las cuales se refirió el presidente Bush cuando invadió a Irak?

Solo una cosa es cierta: los medios no jugaron limpio. Se hicieron de una ventaja que no tenían, ni tendrán jamás los partidos políticos. Y es que cualquier ataque del Gobierno —de este o de cualquier gobierno— a las embestidas de los medios, jamás podría verse ni valorarse, como un debate franco y abierto, público y democrático, entre Gobierno y oposición, sino tal y como los medios habilidosamente, con astucia, lo señalaron: “Los ataques del Gobierno no eran otra cosa que una vulgar escalada contra la libertad de expresión y una agresión inexcusable a la libertad de información y una arremetida dictatorial contra el derecho a opinar”.

¿Qué tal?

Pues bien, así, con ese caradurismo, sin escrúpulos, artificioosamente dándole la vuelta a la tortilla, denunciaron, cínicamente, ante las mismísimas instancias internacionales, lo que para ellos no era una discusión política entre factores de poder con criterios y posiciones distintas, sino una flagrante y autoritaria manera de abusar del poder de la información.

Uno se queda corto y absorto. Uno no entiende nada. Uno se queda impávido. Es tanto el descaro y el atrevimiento que uno no encuentra cómo calificarlo. Y es que ese silencio informativo del mes de abril del año 2002 será siempre un estigma en nuestro país y pesará eternamente sobre el desempeño periodístico en la Venezuela de hoy y de mañana.

Fuimos nosotros, los venezolanos, los únicos seres vivientes en todo el planeta que, para esos momentos,

nada sabíamos de lo que estaba ocurriendo en el territorio donde comíamos, donde trabajábamos y donde, también, dormíamos cuando las balas no eran lo suficientemente intimidantes como para quitarnos el sueño.



## MARACAY EN MI HISTORIA

**Fuimos nosotros, los venezolanos, los únicos seres vivientes en todo el planeta que, para esos momentos, nada sabíamos de lo que estaba ocurriendo en el territorio donde comíamos, donde trabajábamos y donde, también, dormíamos cuando las balas no eran lo suficientemente intimidantes como para quitarnos el sueño.**

Harry Almela, en sus *Cartas en la batalla*, habla de “esa aldea absurda y gomera que es nuestro Maracay”. Y, en efecto, Maracay es mi aldea. Es mi Luvina, mi Macondo, mi Comala. Este pueblo ha venido construyéndose, terca y pacientemente, desde hace más de tres siglos.

A comienzos de 1700 ya se le conocía como el valle de Maracay.

Cuarenta y dos jefes de familia, dedicados a la ganadería y a la agricultura, le solicitaron al obispo Diego de Baños que se erigiese el pueblo en parroquia eclesiástica y el 5 de marzo de 1701 nació El Valle de Maracay y Tapatapa. Desde entonces, la historia se ha hecho larga en esa tierra que de descansadero de bestias pasó a ser sembradío de semillas y patio de bueyes mansos.

El 22 de enero de 1814, veintiún días antes de la derrota de Morales por José Félix Ribas en la ciudad aragüeña de La Victoria, el Libertador elevó a Maracay a la categoría de ciudad. Después, en 1820, tuvo ayuntamiento y alcalde, y desde ese mismo año pasó a ser el centro principal de abastecimiento de las armas y de las municiones. ¿Sería esa la causa por la que con el tiempo le han venido dando el nombre alterno de “plaza militar” o “ciudad de los cuarteles”?

En ella, José Antonio Páez se convirtió en el Jefe Supremo de Venezuela y en 1830, en el Congreso Constituyente de ese año, Maracay se hizo presente ocupando escaños importantes, y participando polémicamente en los debates. La política le comenzó a sobresaltar su placidez y su dulzura de caña sombreada de samanes.

La especial predilección de Juan Vicente Gómez por Maracay, desde su primera visita en 1899 hasta su instalación en ella, en 1910, amplió su territorio urbano y alimentó una infraestructura militar que diseñará luego toda una teoría arquitectónica de la autoridad.

Las plazas comienzan a mirar los cuarteles y, estratégicamente, la ciudad se convierte en eso, en la plaza militar que antes aludimos.

La Venezuela llanera parió todas las guerras y Gómez, astuto y zorro, se ubicó en el mero centro del país, en una verdadera encrucijada de caminos, para controlar lo que Juan Rulfo llamó mucho después *El llano en llamas*.

Gómez era un campesino a quien le gustaban los toros y las mulas. Las tardes de toros en un improvisado circo de madera se instalaron en las cercanías de lo que hoy es la plaza Girardot. Las viejas estampas del medievo las trajo el general desde su tierra, en sus ferias andinas. Era una forma de acercar la ciudad al gobernante y de crearse la imagen de

protector. Tanto lo logra que aún hoy, en algunos zaguanes de Maracay, hay unos azulejos donde se lee “En esta casa se ama a Dios y se venera a Gómez”.

Tantas fueron las leyendas que se tejieron sobre Maracay que la gente venía a curarse el asma con el humo de sus ferrocarriles.

Las pasiones de Gómez eran muchas. La pasión taurina era una de ellas y es por ello que el 20 de enero de 1933 inaugura la Maestranza de Maracay.

La ciudad se revienta en un pase por alto y el capote es una mariposa enorme que engaña las furias de los miuras. La muleta es una herida en el aire por donde sangra el viento y la espada un estoque que atraviesa el músculo oscuro de las reses. Ya García Lorca había definido esta fiesta como un baile donde uno no sabe en qué se diferencia la vida de la muerte.

Pero para Gómez la gran locura era el poder. Anuncia por ello la modernización del Ejército y crea, el 17 de abril de 1920, la escuela para instruir pilotos. Es de esa manera como la Fuerza Armada instala sus tropas en las nubes y acuartela el aire en un azul que alguna vez fue inalcanzable. El 10 de diciembre de ese año el Congreso de la República sanciona la Ley de Aviación y se firma el acta de instalación de la Escuela de Aviación Militar.

Las maniobras de los nuevos aparatos asombran a los pájaros. Como un alfabeto de metal, el cielo de Aragua se llena de ruidos y de alas. El nombre de Juan Vicente Gómez hace piruetas sobre el motor de un Caudrón G-3 que pilotea el capitán francés Robert Petit.

Desde entonces una simbiosis de tierra y metal identifican a Maracay con un azul hecho de alturas y una respiración ruidosa entre las nubes, que parecía un silbido de hélices.

Esa es “mi aldea gomera”. La “aldea absurda” a la que alude Harry Almela cuando me dirige su agresiva misiva. Cuando llegué a esa aldea la vía hacia El Limón era todavía un camino de polvo que apartaba la ruralidad para subir desesperado a esa montaña de ríos y de quebradas que es el Henry Pitier. La fui conociendo y queriendo poco a poco. Rebelde, iconoclasta, irreverente me invadió. Su realidad sin rostro definido está en mis angustias y en mis sueños, en mis posibles y en mis imposibles, como vinculada a un inconsciente hecho de puro azar.

Maracay es para mí una fidelidad que tiene lenguaje y que combina los sentimientos más comunes: el amor, la amistad, la camaradería, el ocio, la constancia, la convicción audaz y la perpetua comunicación entre el tiempo y la esperanza. Es un instante que he vivido como un absoluto.

Allí me hice amigo, abogado, intelectual, político. Allí me libre de los dogmas y de los esquemas ortodoxos y aprendí que la vida y la civilización son absolutamente inseparables de la democracia y de la libertad. Allí aprendí que “la aragüenidad” es una cantera donde hay morada siempre.

La poesía de la presencia me abrió sus puertas en esa ciudad y el compromiso sin escombros, formado en la soledad de mí mismo, vaciado de egoísmo, se me convirtió en una audacia que me ha hecho soldado de un proceso social en el cual he crecido desde Aragua para todo el país.

Aquí confirmé que aprender es debatir y que para ser fiel a las realidades sociales hay que ponerlas en duda, no para desecharlas sino para insistir en ellas. Sin soberbia, sin ínfulas y sin desplantes, comprendí que la certeza es la lealtad que, sin miedo, cada uno de nosotros tiene a sus propias confusiones.

Esa es mi aldea. La Maracay “gomera” de mi historia.

## FALTA PRISCILA LÓPEZ

### **Esa es mi aldea, la Maracay “gomera” de mi historia.**

En Maracay conocí a Priscila López, a Priscila López Villasana. A la Gordá. A la camarada. A la textilera. A la abogada de los pescadores. A la amiga incondicional. A la mujer que tenía la palabra tejida con hilo de rueca. A esa montaña humana que creía de verdad en la lucha armada. A la que amé profundamente. Con ella el socialismo se volvió un hermoso dolor y de ella nacieron la vida y el combate.

Pisaba firme. Era corta y precisa como una granada de mano. Las lecturas de Marx y de Lenin le dieron postura frente a la vida. Soñaba con una sociedad sin patronos y luchaba como una fiera por los trabajadores. Su odio de clase tenía ternura, una ternura que nunca más he vuelto a ver en nadie más.

Como todos los revolucionarios, soñaba:

“Un día esos sueños, tesoro, serán realidad. Tú los vas a ver. Cuando menos lo esperes, tú los vas a ver” —me decía.

Y yo, que la quería tanto, la imaginaba entonces en aquel aviso de prensa que vendía fantasías:

“Usted puede hacer lo que desee, desde pasear en camello por la avenida Pennsylvania, hasta descender por el Potomac con una barca de esclavos”.

Cada vez que ella hablaba de sus sueños —que también eran los míos— yo la veía bajar en camello por la avenida Pennsylvania o descender en una barca por el Potomac.

Tanto ella como yo lo habíamos visto todo: los despojos de los fueros sindicales; la venta de los fallos para autorizar despidos injustificados de obreros; el asalto a los sindicatos; el automóvil verde que le regalaron a aquel dirigente sindical después del conflicto textil y la camioneta para pasajeros que le dieron al otro, luego de aquel conflicto que terminó en masacre.

Por eso mi melancolía y mi tristeza después del “... tú los vas a ver...”; después de aquellos sueños armados de palabras que, como disparos, le estallaban en la boca y en el alma.

Restos de pólvora, cartuchos vacíos, jaguares negros en los ojos y unas cajas de balas, eran sus alegatos cada vez que armaba y desarmaba sus sueños.

¡Cómo te extrañamos, Priscila! ¡Cómo extrañamos tu gorda humanidad! ¡Cuánta falta nos haces, Gorda! ¡Son absolutamente necesarias todas esas palabras que nadie más que tú engastabas en los truenos de marzo! ¿Por qué no esperaste unos años más, para que vieras lo que tanto ansiabas?

La bienaventuranza del instinto y la inocencia de lo primitivo, por fin, Gorda, han derrumbado las antiguas lealtades. Y al fin, Gorda, estamos más cerca de tus nubes. Para alguna gente tú vivías en ella. Para otros eras el ser más real y más humano que se haya conocido.

Mano a mano peleaste por tus sueños y por eso uno no puede entender que ahora no estés aquí, metida con nosotros.  
¿Te acuerdas de tus frases?:

¡Cómo me gustaría el terremoto social de una clase resucitada que haga añicos el pasado sumiso! ¡Las lágrimas, como el amor, aspiran a ser recíprocas! ¡Voy a la emergencia de los hospitales y a las cárceles a reforzar la ternura de mi odio de clase! ¡La manera de vivir determina la forma de pensar! ¡El pensamiento y la acción deben ser uno solo! ¡No basta haber sido, hay que seguir siendo!

¡Gorda, cómo quisiéramos que te aparecieras en cualquier parte, con cualquier edad, para continuar el trabajo difícil de esos días duros que nos faltan! Hay una geografía imaginaria donde te vemos con una fe que hace de la vida un territorio inmenso para avanzar.

Exiliada de los viejos pánicos, te vemos enfrentada aún a quienes, durante tanto tiempo, han expropiado la soberanía política de los pueblos.

Hoy, Gorda, solo faltas tú. Necesitamos tu inmenso y solemne desorden para buscar el lugar donde converge lo que se está muriendo y lo que está por nacer. Lo necesitamos para construir el nuevo orden.

Tú que siempre te fugaste del tiempo, en un azar fatal, apretada de apuros, tienes que aparecer como una invención de ti misma. Los insomnios repiten para ti las palabras de Gioconda Belli. ¿Te acuerdas, Gorda, de la guapa poeta nicaragüense? Ella dijo un día, repitiéndote a ti, que “la razón de ser de los ideales no está en la realización de los mismos, sino en lograr para los más pobres un desafío que nos lleve a todos a transformar la realidad para el bien colectivo”.

Hoy, que estoy terminando estos apuntes, esta historia necesaria de estos días. Hoy, que estoy concluyendo este pequeño viaje por mi vida, necesito invocarte.

Ese afán tuyo de escoger para todo la ruptura lo llevaste a lo insólito. Te moriste como te dio la gana. Fuiste irreverente hasta con la muerte. Ella vino a buscarte unos días antes y le dijiste que esperara a que te diera la gana de morirte.

Tú, que jamás estuviste bajo la sombra de ningún género; tú, que inventaste un lenguaje insolente para que la denuncia no se escapara de las frases; tú, que creíste en la igualdad de los sexos, creaste con tu muerte unos ecos sonoros que se repiten interminablemente.

¡Seremos tu relevo! ¡Juramos que seremos tu relevo! Buscaremos las lágrimas con que concluías tus frases incompletas para inventar un nuevo socialismo. Yo no sé si el del siglo XXI o el del XXII o uno que nos mandes desde la eternidad.

Sabemos que estás sentada en las puntas del mundo, con los pies colgando sobre pájaros rotos. Caminando hacia un lugar donde todos te esperan. Sola, por ahora, llena de días largos, como una niña grande a quien se le han perdido las adivinanzas.

Sabemos que en cualquier lugar donde tú estés estarán contigo todas tus ganas locas de clausurar el mundo. Siempre supimos que estabas hecha de madera liviana, como una guitarra gorda, que en lugar de música de cuerdas desbordaba violines y sonatas de piano.

Todo eso lo sabíamos. Lo que nunca supimos era cómo íbamos a hacer una revolución sin contar con tu ayuda y, Gorda, lo estamos aprendiendo. Con humildad, con paciencia, con constancia, con voluntad, con templanza, con firmeza, con honestidad, con dulzura y con seguridad.

¿No sé si lo recuerdas? Alguna vez dijiste que tú querías que te “enterráramos en el agua”. Así eras. Jamás renunciaste a los absurdos. Así fueron tus funerales. Te cremamos y te volviste un polvo que parecía arena de playa. No eran propiamente cenizas. Era una arena nueva hecha de huesos como una rajadura de la memoria.

A diferencia de la Mamá Grande, solo tenías retazos desordenados de amor que la gente te había entregado. Estabas hecha de hebras y de utopías. Tus enemigos se encargaron de llamar utopías tus verdades y eso te volvió leyenda y mito.

Por eso te sepultamos en un mar verde con flores y canciones. Yo sé, Gorda, lo supe siempre, que un día llena de azul y de gaviotas tú vendrás a entregarnos la fuerza de ese mar donde te enterramos. Necesitamos esas crestas furiosas de todos los océanos para ir dándole forma a esto que estamos construyendo con pasión.

¿Sabes?, siempre quisimos que alguien como tú nos combatiera desde adentro. Nos enseñara a anclar la luz con una boya. Y es que, Gorda, todo responde a un tiempo y a un espacio.

¿Sabes?, un proceso histórico inconcluso hace inasible el tiempo de hoy. La ruptura con el pasado tiene aún mucho de pasado, y el presente es una línea difusa entre un futuro que aún no lo es y una raigambre ideológica de la cual nos cuesta despegarnos. ¡Es posible que el tiempo de ahora sea la suma de todos los tiempos anteriores más los del porvenir!

Este, Gorda, es un tiempo de ráfagas, de búsquedas, de encuentros y desencuentros, de creación permanente y cotidiana. Es un tiempo de fragmentación donde el movimiento, cada vez más intenso, nos desafía las certezas. Hay algo

de reconstrucción en ese tiempo que a veces no logramos percibir en nosotros mismos. Es el tiempo esperado que ¡vaya paradoja! nos desespera.

Como tanteando sombras, Gorda, empujamos los pasos hacia definiciones cada vez más plurales, cada vez más colectivas, cada vez más solidarias. Sé que aún están por hacerse.

Un ambiente de movilización, como el que tú querías, se ha instalado en las calles, y en las casas, y en cada ciudadano, y en cada barrio con un vocerío que oscila entre certidumbre y riesgo. Hay una esperanza con incertidumbre que se parece al futuro y una inseguridad llena de fe que se hace compromiso para diseñar nuevos destinos. Es, Gorda, el tiempo de una gente más cerca de sí misma, armada de una identidad extraña que la hace diversa y diferente.

¿Qué más te digo, Gorda? Hay, también, un espacio. Uno no sabe bien si es ese espacio el otro protagonista que buscamos. Tú siempre lo decías, hay espacios concretos: la casa, la calle, el trabajo, la ciudad, el partido, el país. Cada uno de esos espacios es nuestro y también es de otro; lo habitamos y nos habitan; protegen nuestra existencia y al mismo tiempo nosotros también los protegemos. Nos vacía de momentos y de épocas. Nos reta a que los inventemos y nos alientan para seguirlos como si fueran actos de creación perpetua.

Esos espacios, Gorda, ¿recuerdas?, vienen de la naturaleza, de las plazas, de la familia, de la tradición de los antepasados y de los retos históricos. Son espacios por conformar, donde nos damos en tiempo presente con potencialidades que no nos conocíamos, expresando a través de ellas una reserva inagotable de audacia.

Los espacios, Gorda, lo conversamos muchas veces, pueden ser reales y físicos, utópicos e imaginarios, seguros

e ilimitados, cerrados o fijos, virtuales o abstractos, inciertos, flexibles y abiertos; planos, profundos, pequeños, anchos, largos, horizontales o verticales. Son, Gorda, espacios hacia arriba y hacia abajo; en ellos siempre hay movimiento.

La luz y hasta la oscuridad mueve periódicamente esos espacios para que los identifiquemos y para que ellos, también, nos identifiquen. La memoria infinita de los espacios, tú siempre lo dijiste, solo se cambia cuando el ser humano se convierte en otro.

Contigo aprendí que los pueblos desde su soledad, a golpes de imaginación, alteran realidades para inventar nuevas verdades, y es de esa manera como el pasado puede convertirse en futuro.

Los procesos toman distancia de sí mismos y se miran, pero también nos miran. Es así como las transiciones se vuelven memoria mientras que las acciones, nuestras acciones, hacen del espacio otro espacio y del tiempo otro tiempo.

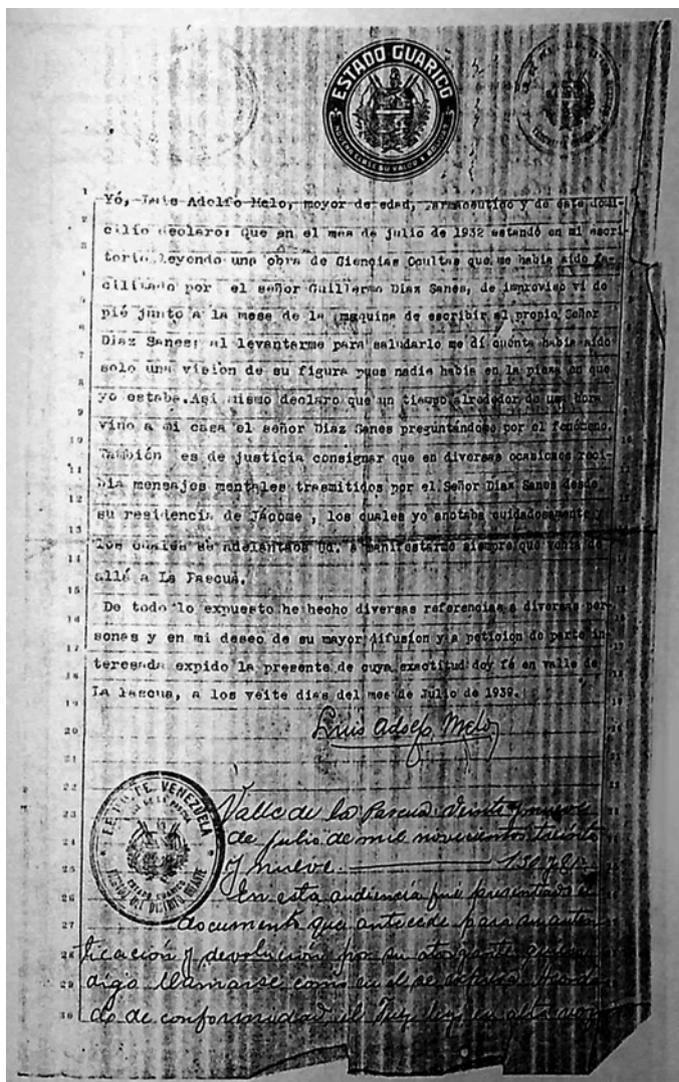
Es allí donde todo se vuelve pueblo y la revolución salta para construir las nuevas maneras de vivir.



Priscila, solo faltas tú...



# DOCUMENTOS



El farmacéutico Luis Adolfo Meló certifica, ante un juzgado de Valle de la Pasqua, que mientras leía un libro de ciencias ocultas contempló, “no estando en la pieza más que yo”, la presencia a su lado de don Guillermo.

21. Dicho documento y habiendo oído el jurado de comen- 21  
22. fies de su referido otorgante, este bajo juram- 22  
23. ento legal lo reconoce como cierto en todas 23  
24. sus partes. En consecuencia, el Tribunal al 24  
25. lo declara auténtico ad y des anota ad bajo el 25  
26. N.º 13 folios 15 y 16 del Registro respectivo, el 26  
27. tercer trimestre del corriente año. Termina 27  
28. y firman con los Testigos de Ley. 28

29. El Jefe de oficio

30. Manuel Pizarro

30. Luis Adolfo Melo

31. Testigo:

31. Juan de Dios Quintanilla

31. Testigo:

31. J. M. Ruiz

32. El Secretario del  
32. Tribunal, Raúl Rodríguez

Volto de la Pascua-Julio 23 de 1937.

Sr. Guillermo Díaz Sanes.

Ciudad.

Entiendo antes: lo saludo cordialmente y al mismo tiempo quiero decirle, que a mi también me corresponde dar a Ud. mi justificativo, para que figure, entre tantos que está recibiendo de las curaciones practicadas en infirmerías de personas.

Del año de 1900 al año de 1937, estuve en tratamiento de los honorables médicos, Drs. Ríos, Crespo, Molina, López, Zamora, Díaz Vargas, Chasin, Lunafer, Walvordo y Ron Pedrique; y Ud. fue el que me curó de un perenne dolor de cabeza, que ya me había adicando tanto, que mi vida habría perecido, sino hubiera sido por Ud. que me lo hizo desaparecer.

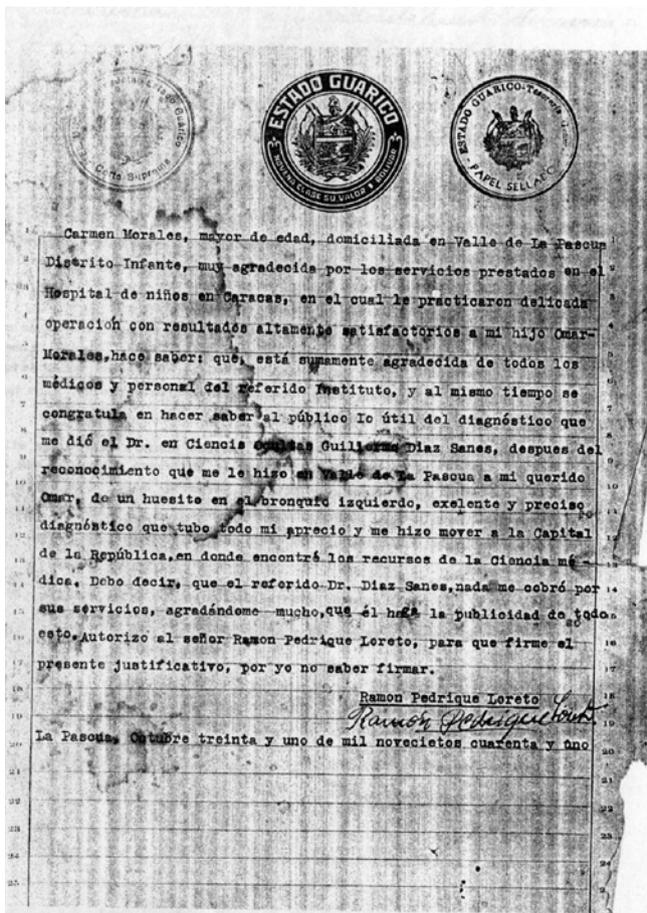
Ud. me asegura que los remedios no fueron, los que proporcionaron tan milagrosa curación, y que los otros médicos cumplieron de manera material, con la conocida profesión de la medicina. Que Ud. hizo uso de la ciencia de curar sin remedio; pero de todos modos, me encuentro agradecida, y ago especial demostración de tan rarísima curación, que no había podido conseguir en tanto tiempo de mi enfermedad.

Puede Ud. hacer uso publicamente, como a bien guste de este justificativo.

No suscribo de Ud. MS y amiga.

Juana de Hernández  
Cristiane  
Jose del Brando

En el mes de julio de 1937, una tal Juana de Hernández le escribe a don Guillermo Díaz Sanes para agradecerle el haberla curado de un perenne dolor de cabeza que eminentes médicos no pudieron diagnosticar



La señora Carmen Morales se congratula de hacer público lo útil del diagnóstico que le dio el doctor en Ciencias Ocultas Guillermo Díaz Sanes, después del reconocimiento practicado a su hijo.

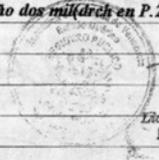
La Pasqua 26 nov. 1934  
El suscrito médico cirujano  
certifica que ha practicado  
en la Sra. Pardo Repita de Matos  
una intervención quirúrgica  
(Curaje y curetaje uterino) bajo  
anestesia por sugestión despierta  
por el Sr. Guillermo Díaz Lanes  
este certificado lo expido  
a petición del interesado Sr.  
Díaz S.  
La Pasqua nov. 1934  
D. Rodríguez

Certificado de anestesia bajo un proceso psíquico realizado por don Guillermo en presencia del doctor Ochoa.



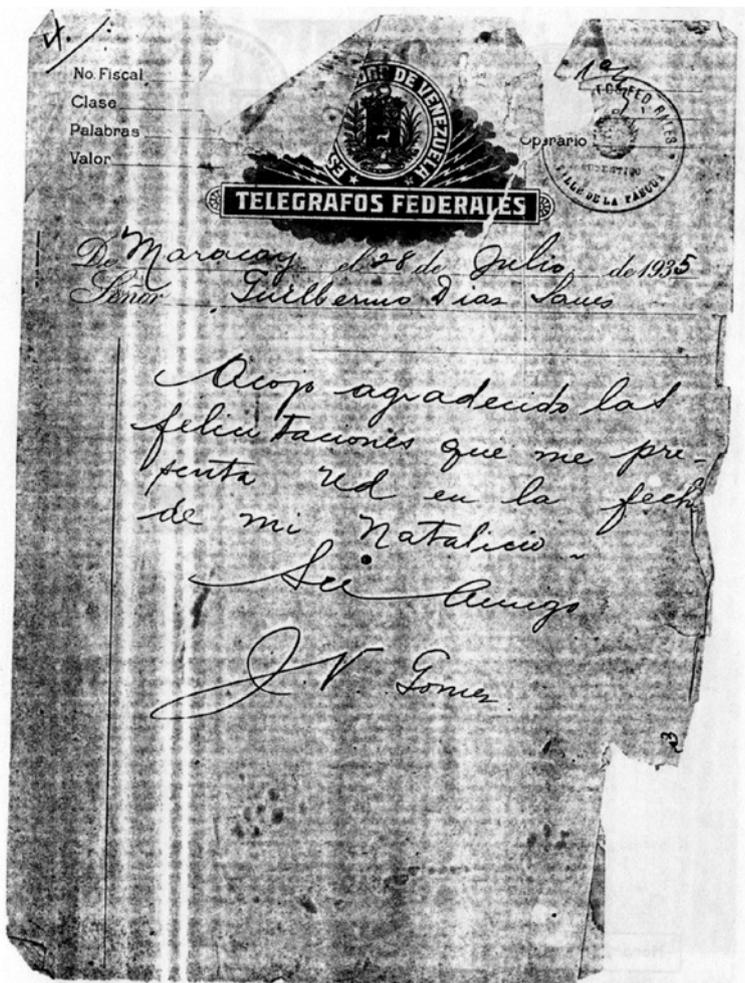
GU - 96 N.º 00527073

1 *—Lic. Inés H de Sandoval, Registrador Principal del Estado Guárico en atención a* 1  
2 *solicitud de parte interesada CERTIFICA: Que bajo el No.426 folio 137 fie del libro* 2  
3 *de Registro Civil del Municipio Autónomo Ynfante de éste Estado, correspondiente* 3  
4 *al año de mil novecientos cuarenta y tres(1.943), archivado en esta Principal se* 4  
5 *encuentra un acta de nacimiento que copiada fielmente dice así.....* 5  
6 *...Julian Carreño España, Jefe Civil del Distrito Ynfante del Estado Guárico, hago* 6  
7 *constar. Que hoy trece de octubre de mil novecientos cuarenta y tres, FRANCISCO* 7  
8 *RODRIGUEZ RICCO, mayor de edad y vecino, presento en este Despacho un niño* 8  
9 *que lleva por nombre. JULIAN YSALAS y manifestó que el niño cuya presentación* 9  
10 *se hace nació en esta ciudad, el día diez y seis de diciembre de mil novecientos* 10  
11 *cuarenta y dos a las diez a.m. y que es hijo legítimo del presentante, de treinta y* 11  
12 *nueve años de edad y de: LUISA DIAZ SELJAS, de veinte y cuatro años, ambos* 12  
13 *mayores y vecinos.- Fueron Testigos presenciales de este acto los ciudadanos-* 13  
14 *Agustin Pumar C y Jorge Castillo, mayores y vecinos.- Terminó se leyó y conformes* 14  
15 *firman.-El Jefe Civil(fdo)ilegible.-Presentante(fdo)ilegible.- Testigos(fdos)ilegibles.-* 15  
16 *Secretario(fdo)ilegible.,-----* 16  
17 *—Así consta del libro a que me he referido cuya exactitud Certifico.- San Juan de* 17  
18 *los Morros: cuatro de diciembre del año dos mil(doch en P.24.800)gdr.....* 18  
19  
20  
21  
22  
23  
24  
25  
26  
27  
28  
29



Lic. Inés Hernández de Sandoval  
Registrador Principal Acc.  
del Edo. Guárico

El jefe civil del Distrito Infante del estado Guárico hace constar que 13 de octubre de 1943 fue presentado, ante su despacho, un niño de nombre Julián Isaías, hijo legítimo de Francisco Rodríguez Rico y Luisa Díaz Seijas.



Dos felicitaciones a don Guillermo: una del general Juan Vicente Gómez y la otra de Emilio Arévalo Cedeño, el también militar que se enfrentó al régimen autócrata del "Benemérito".



TELEGRAFOS FEDERALES



Distan para No. el P. de Enero de 1938

No Fiscal \_\_\_\_\_ Clase: *fg* Palabras: *26* Valor Bs. \_\_\_\_\_

Operario \_\_\_\_\_

Señor Guillermo Díaz Sances.

Afectivos abrazo retintuyendo  
do su felicitación año nuevo,  
el cual deseo muy feliz para  
vd y los suyos, con mi ansio-  
dad de siempre = Do abrazo  
por amigo

E. Arevalo Cadenas

Hora *10:00*





## ÍNDICE

	Agradecimientos / 9
El cometa azul de Isaías Rodríguez / 11	
	La historia necesaria / 17
	La campanada de las siete / 29
	Un evangelio desconocido / 33
	El vértigo de las agresiones / 37
	La flores de Bach / 41
	El opio de la política / 45
	La cabra de capricornio / 49
	El odio me sacó de mi casa / 51
	La señora tapada de collares / 55
	El bisabuelo colombiano / 59
	El abuelo paterno / 65
	El regreso a la sabana / 69
	Espino y la crisis del año quince / 71
	El cuerpo astral de Don Guillermo / 73
La historia más o menos real de Don Guillermo / 77	
	El héroe del deber cumplido / 81
	Don Guillermo, el médico / 83
	Doña Juana y la muerte de mi abuelo materno / 87
	Un hombre extraño y ceremonioso / 89
Transportaciones espirituales y curas milagrosas / 93	
	El imaginario popular y Don Guillermo / 97

Vientos de dictadura / 101
¡...Cayó Pérez Jiménez! / 105
Caracas y la universidad / 111
La nueva militancia / 115
La muerte de mi padre / 119
El drama de un país / 123
El 27 de febrero de 1989 / 125
El fin de un ciclo histórico / 131
Mujer y Constituyente / 135
Un singular cuento de hadas / 139
El sincretismo de los amuletos / 145
Los sabios consejos de Boabdil / 149
Topamos con la Iglesia / 153
De la Vicepresidencia al Ministerio Público / 159
La justicia sigue siendo artesanal / 163
La vida me cambió en la Fiscalía / 167
Y el dolor llegó a la Fiscalía / 173
Mi viaje por la vida / 179
Mi hermana Lucila / 185
Los amigos se aflojan / 191
Los compañeros dejan de acompañarnos / 201
La gloria embucha / 207
Abril comienza en octubre / 211
La patronal se para / 215
El acuerdo de la Quinta La Esmeralda / 219
Suele suceder / 225
El ingenioso encanto de la disimulación / 227
Una huelga no es un paro / 233
Unos meses después / 235
La cinta tricolor y la tarima / 237
El día del golpe / 241

Los tiros telescópicos /	245
Carmona durmió vestido /	249
¡El presidente no ha renunciado...! /	255
52 minutos de declaraciones /	259
¿Y qué pasó después? /	263
No es tan fuerte “Fuerte Tiuna” /	269
La Casa Blanca se oscureció /	273
Carmona se entera de los hechos /	277
Pedro “El Breve” se asila /	279
El asilo que no debió otorgarse /	283
El pueblo se restea con la esperanza /	285
La violencia es una canción /	289
La libertad de expresión en Venezuela /	295
Maracay es mi historia /	305
Falta Priscila López /	309
Documentos /	317

Isaías Rodríguez se propuso un proyecto intelectual lleno de riesgos: escribir los recientes acontecimientos históricos del país y, en forma paralela y simultánea, su historia personal.

EARLE HERRERA

*ABRIL*  
*COMIENZA EN OCTUBRE*

Digital  
julio de 2022,  
Fundación Editorial El perro y la rana  
Caracas, Venezuela,





**Isaías Rodríguez** nace en la ciudad de Valle de la Pascua, estado Guárico, en el mes último del año 1942. Cursó estudios de Derecho en la Universidad Central de Venezuela y se especializó en Derecho Laboral en el año 1985. Se ha desempeñado en el área profesional como abogado laboral en diferentes organismos del Estado, fue procurador del estado Aragua, Senador al Congreso Nacional por el estado Aragua, Primer Vicepresidente de la Asamblea Nacional Constituyente, Primer Vicepresidente Ejecutivo de la República Bolivariana de Venezuela y Fiscal General de la República Bolivariana de Venezuela.

Ha sido colaborador de diversos diarios regionales y nacionales. Isaías Rodríguez también ha cultivado el mítico y asombroso arte y oficio del leer y escribir, y en esas instancias ha publicado libros varios; unos en el ámbito del estudio jurídico como *Defensa Penal del Sindicato de Cerámica*, *El Nuevo Procedimiento Laboral*, *La Estabilidad Judicial del Trabajo*, y en el género poético los siguientes títulos *Pozo de Cabrillas*, *Con las aspas de todos los molinos*, *Los Tiempos de la Sed*, *Antología poética y Glosas y poemas*; con este último libro obtuvo el primer lugar en el Primer Concurso Internacional de Poesía Llanera “Ángel Eduardo Acevedo”; también recibe el primer premio en el Concurso para la Letra del Himno del Instituto Pedagógico de Maracay, una mención en el Concurso de Poesía Casa de la Cultura de Maracay, y reconocimiento en los Juegos Florales del Soneto en Valencia. Ahora nos regala *Abril comienza en octubre*. Con este nuevo libro se descubre una nueva faceta del escritor al encumbrarse en el género de lo narrativo.

